This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

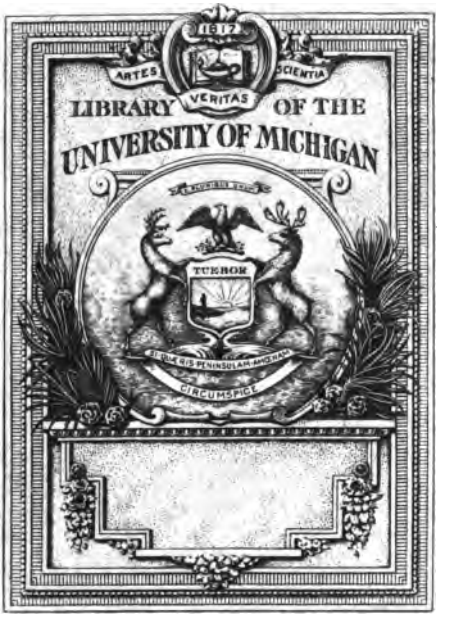
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

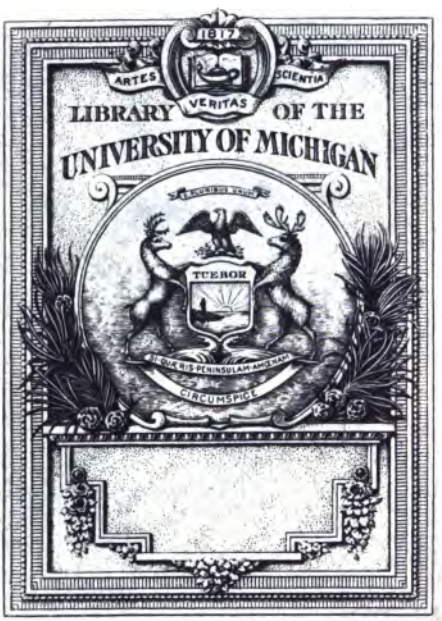
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464092 DUPL


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

101
HAS


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

101
HAS

CARTAS

DE

LA REINA WITINIA

Á SU HERMANA

LA PRINCESA FERNANDINA

CARTA PRIMERA.

MADRID
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.
1822.

868
C323

657143-176

ADVERTENCIA.

Costumbre fue entre los autores de todos los tiempos (y regla es tambien de la retórica) presentar como ciertas las cosas probables para aprovechar la ocasion de publicar pensamientos útiles.

Si estos mismos pensamientos los transmitimos ahora nosotros figurándonos acá en nuestra mente las sensaciones que podrá experimentar en circunstancias críticas una criatura que reuna las gracias del sexo y de la hermosura á los encantos de la virtud, creemos no merecer la reprension de los hombres de bien.

Para hacer menos insípida esta novela queriamos figurarnos y hacer hablar en ella á una señorita tal que reuniese estas relevantes dotes: Cándida como la paloma: inocente como un angel: sen-

cilla sin segunda: que hermanase en su semblante con maravillosa armonía la augusta magestad con una modesta timidez que casi la divinizáran á los ojos de cuantos la observasen, á semejanza de lo que supo hacer el Ticiano con su lindísima Perla. Buscábamos (y nos complacemos en repetirlo) una criatura que reuniese todas esas prendas para poner en su boca verdades provechosas. Si la hemos encontrado, si hemos acertado á adivinar sus pensamientos, estamos seguros del triunfo de sus razones. No hablará en vano una persona tan amable; y mucho menos cuando refiera con sencilla ingenuidad sus sucesos, sus observaciones, sus temores y sus esperanzas á pechos tan bizarros como son los que deben leer nuestras cartas, que sucesivamente se publicarán si ésta mereciese alguna aceptacion.

Cranja Ludovica 24 agosto 1821.

Hermana mia: Muy quejosa te muestras de mi silencio, acusándome de olvido, y aun de falta de cariño; y sin saberlo aumentas mis pesadumbres, como si ellas no fueran suficientes á acibarar mi penosa existencia. Yo espero y necesito consuelos, y esos debia exigir de mi hermana y mi familia, en vez de reconvenciones. Redúcense éstas á las generales de que mi ausencia ha resfriado el afecto hácia los mios, que desean continuamente saber de mí; que parece hago incompatibles mis nuevos de-

beres con su frecuente correspondencia; y que ignoran lo que por mí pasa, sabiéndolo únicamente por el estruendo universal y por la espectacion en que han puesto al mundo lós sucesos de mi nueva patria y familia. Y tú, amada hermana mia Fernandina, compañera inseparable de mi niñez y de mis mas preciosos dias, quieres que satisfaga á la vez tu cariño y tu curiosidad, haciéndote una narracion sucinta y minuciosa de cuanto me ha sucedido desde el momento de nuestra separacion; del estado en que ahora me encuentro; y de la perspectiva que á mi imaginacion se presenta para lo venidero. Ni se contenta tu deseo si no te describo el caracter de los habitantes de esta nueva patria adonde me ha traido la Pro-

videncia, y el de los individuos de la familia con quienes la suerte ha venido á enlazarme. Disculpára tu curiosidad si con ella no renováras muchas cosas tristísimas para mí. Tambien cuando me hallaba contigo escribía yo á nuestra Carolina que me participase cuanto le acontecia en la patria y entre la familia que la buscó para su princesa; por donde vengo en conocimiento de que es achaque comun á todas las mugeres, y muy disculpable entre hermanas que tan tiernamente nos amábamos. Pero los sucesos acaecidos por mí salen tan de la esfera ordinaria, y se han multiplicado y agolpado de tal manera, que no podrá mi conturbada imaginacion coordinártelos, ni escribírtelos mi pluma. Haré sinembargo, hermana mia,

pues tú lo quieres, un esfuerzo que acaso servirá para entristecerte. Por lo que á mí toca las lágrimas que algunas veces caerán de mis ojos sobre el papel que te dirija serán acaso las menos amargas que de algun tiempo acá he derramado sobre las cosas humanas: las que algunas veces vierto en lo escondido de mis gabinetes, las que bañan mis ojos é inundan mi corazon de que Dios solo es testigo y objeto, son las únicas que me fortalecen y alientan mi angustiada existencia, dándome ánimo para sobrellevar las amarguras presentes y las que puedan sobrevenirme. En mi edad, y en el abandono de todas las criaturas que fortalecieron mi juventud he mirado esta resistencia como un don benéfico y señalado del Omnipo-

tente, volviendo á él solamente mis humedecidos ojos y mis trémulos labios en todos los momentos de tribulacion, que no dejan de ser frecuentes, y tambien en los harto escasos de mi contento, como á única fuente de salud y de vida. ¡Ojalá que mis plegarias sean gratas á su Divinidad!

Comenzaré desde nuestra separacion para que puedas formar bastante idea de los favores que debo al cielo en haberme dejado llegar hasta hoy por enmedio de tantas aflicciones y sentimientos; y si todo no pudiese decírtelo en esta carta, dirételo segun pueda y se me ocurra en las sucesivas.

Cuando la casualidad hizo, segun costumbre entre personas de nuestra calidad, que se concertase mi casamiento, envidiábais to-

dos los de la familia mi suerte, ponderándola sobre todo encarecimiento, mirándola como superior á nuestras esperanzas y categoría, y persuadiéndome que ademas de mis personales ventajas daba consistencia y aumentaba el lustre, la consideracion y el respeto de nuestra casa, recientemente herida y amenguada por insolentes combinaciones de insidiosa, injusta y bárbara política. Yo (no puedo negártelo, hermana mia, y tú fuiste participante y confidenta) lisonjeada con tan halagüeña y brillante perspectiva, no sintiendo todavía mas estímulos ni deseos que los primeros que en nuestro sexo se manifiestan, que son los de hacer figura en el mundo, aunque refrenados como tú sabes por las leyes de nuestra religion y por el ejemplo de nues-

tros venerables padre y tios; me dejé arrastrar de nuestra debilidad: lisonjeéme, y casi estoy por confesarte que llegué á envanecerme de la próspera suerte que en apariencia se me deparaba; y como la imaginacion da siempre á las cosas mas valor del que en sí tienen, mucho mas en nuestro sexo y en nuestros primeros y mas fogosos años, todavía parece que algun asómo de orgullo quiso apoderarse de mí. ¡Ay, hermana querida, y cómo me ha humillado el cielo por este primer desvanecimiento! Aquellos instantes de soñadas venturas pasaron tan brevemente que ni aun dejaron saborearse; ¡y creo que pasaron para siempre! En ellos se aprestaron mis ricas galas y atavíos; y (confiésotelo tambien, querida mia, y bien lo

sabes tú) entonces empecé á mirar con aprecio el ornato de mi persona, que hasta allí sabes me habia sido indiferente. ¡Ay, cuán presentes estan de continuo en mi memoria las palabras, las dulces, las venerables palabras que nuestra respetable tia me dijo cuando por la última vez fuí á verla y á despedirme, y me vió por la vez primera de mi vida vestida de régias y pomposas galas. Su llanto y sus gemidos resonaron por las bóvedas de aquellos claustros sagrados y silenciosos que habian encerrado mi niñez: ninguno pudo dejar de verter lágrimas, y tú tambien mezclaste las tuyas con las nuestras. "Hija mia! hija mia! que así puedo llamarte! (dijo llena de angustia) ya saliste, ya estás en el gran mundo! ¡Ay de mí, qué car-

rera tienes que andar! Esos brillantes bruñidos y pulimentados que te adornan la cabeza, hija mia, se convertirán en agudas y penetrantes espinas que te la traspasen. Mirà, mira hija, de mi alma, la corona que adornó la cabeza del Justo (*y me señalaba el Crucifijo de su oratorio*): ese ha de ser tu libro: ese tu arbol de salud. Aquí está la leccion cotidiana (*y me puso en las manos el testo del Evangelio*): si quieres su misericordia, sin la cual no puedes vivir, sé siempre misericordiosa y benéfica con todos los vivientes, y mas con los que busquen tu amparo y proteccion: ningun mortal se aparte de tí sin llevar consuelo y remedio. Tú tambien mil veces, hija mia, por mas encumbrada que te encuentres necesitarás el amparo y mi-

sericordia de los demas, y tendrás que buscarlo. Anda: yo me quedo en este retiro á llorar dia y noche á los pies de Jesucristo para implorar su proteccion para tí, para tus hermanas, y para todas las criaturas." Desprendióse de mí desatalentada, todos redoblamos nuestos gritos, y volviéndose hácia su celda con aparente entereza cayó en tierra desmayada como sabes. ¡Ay! ¡ay de mí, y qué escenas, y qué preludios! Sinembargo todo se preparó como presenciaste entre el gusto de mi brillante colocacion y la pena de separarnos. Llegó este último momento, que yo no necesito describirte. Mi corazon experimentó tan fuerte conmocion cual hasta entónces no habia experimentado, y parecia presagiarme que era la pri-

mera pesadumbre de las muchas que habia de sentir en la nueva carrera. Todavía me quedaba el consuelo de mi buena aya y mi virtuoso preceptor. En su compañía atravesé las provincias y naciones que median entre ese y este pais. Observé y me hicieron observar los diferentes caracteres y costumbres de sus moradores. La fama de mi casamiento y de mi futuro esplendor atraía las miradas, la concurrencia, los obsequios y aun el respeto de todos. Era nuevo para mí el hacer figura en el mundo: los consejos de nuestro padre y preceptor me sirvieron para no envanecerme. No sé lo que hubiera sido de mí sinó. Considero muy excusable la debilidad de las que sin haber tenido un fuertísimo freno en la niñez se ensober-

becen cuando todo el mundo las tributa aplausos, y las rinde acatamiento y homenages. A medida que me aproximaba hácia la nacion donde venia á reinar crecian los miramientos y consideraciones hácia mí. Llegáronse tambien á implorar mi favor y mi mediacion para con mi esposo un número considerable de personas que gemian ausentes de su patria de resultas de las grandes borrascas que en estos últimos tiempos han agitado toda la tierra. Me lastimé, y hubiera querido alargarles una mano consoladora; pero mirando como el primero de mis deberes la ninguna intervencion en los negocios políticos, segun he aprendido al lado de nuestros mayores, hube de reprimir el deseo de hacer bien. No faltó en el tránsito quien me

dijese que en la monarquía donde iba á reynar todo lo podria en ganándome el corazon y la confianza de mi esposo, pues estaba en él concentrada toda la autoridad sin que su voluntad conociese límites ni restriccion. Mi buena aya y aquel respetable consejero tan conocedores del mundo impedían que se abrigase en mi corazon el orgullo con estas cosas.

Llegamos por fin á las fronteras de esta monarquía. Yo quisiera poder y saber describirte las cosas que por mí pasaron, querida Fernandina; y las escenas y demostraciones que presencié. Al momento que divisamos la brillante y numerosa comitiva que salia á nuestro recibimiento, y el inmenso pueblo que alborozado nos esperaba, atraido del deseo de obsequiarnos

y de la curiosidad de verme, demudándosele el rostro á mi buena aya me dijo: " Señorita mia: cesaron ya las confianzas y la familiaridad: V. M. (*hasta entónces no me habia dado este título*) ve allí á sus súbditos: desde hoy está constituida por madre suya, y viniendo á saludarla le dicen que son sus hijos: no tiene ya otra patria"; y sin llorar derramaba lágrimas. " De hoy mas, señora, (dijo el venerable consejero) tendreis quien os adule, no quien os aconseje: ni aun hablaros á solas podrá ninguno que no sea vuestro marido: quedais entregada solamente en manos de vuestra educacion, de vuestro consejo, y de la ley y el santo temor de Dios. Huid siempre de mezclaros en los negocios de la política: sed esposa consoladora, reina afable,

y madre cariñosa, tierna y compasiva de vuestros súbditos. No desmintais la educacion que habeis recibido entre los vuestros; y perdonad si considerais ya esta última leccion como arrojo y osadía." No te sabré decir cómo quedé: las lágrimas se asomaban impetuosamente á mis ojos; pero hube de hacer un esfuerzo grande para reprimirlas viendo ya aproximarse hácia nosotros los magnates de la lucida comitiva que nos salia al encuentro. Desde aquel instante, querida Fernandina, desde aquel señalado instante cuento la nueva época de mi vida: No mas fraternidad, no mas familiaridad, no mas confianzas, no mas amistad para mí en la tierra. Mis confianzas, mis coloquios familiares son con Jesucristo arrodillada á sus pies en

lo mas escondido de mis gabinetes, y eso aun recatándome con vigilancia de los que me rodean, por no aparecer mística ridícula y adústa á sus ojos.

Todos los que componian la comitiva me mostraban aficion y respeto, y aun se la mostraban á mi aya y consejero; pero yo considerando en ellos una costumbre, un deber y aun una especulacion el hacerlo, no hallaba satisfaccion cumplida en sus rendimientos: ansiaba mas mi corazon el de los sencillos habitantes del pais primero que pisé en esta nacion. Confiésote, hermana mia, que en medio del azoramiento que inquietaba mi imaginacion experimenté una complacencia inexplicable cuando ya me ví entre una inmensidad de ciudadanos, aldeanos y aldeanas

de todas edades, trages y condiciones, que mostraban un júbilo no estudiado ni aparente, sino lleno de pureza y sencillez: atropellábanse por mirarme, y no se hartaban de vitorearme y bendecirme. Músicas infinitas de mil variados instrumentos, danzas, flores, enramadas, arcos por todo el tránsito, y sobre todo miradas y bendiciones inocentes de habitantes no interesados ni corrompidos, nos hicieron compañía hasta la estancia que me estaba ostentosamente dispuesta. Todavía en ella hube de asomarme varias veces á los balcones aun de noche y rodeada de luces para satisfacer los votos y deseos de aquellos moradores, que ansiaban mi vista: dábanme con esto gusto y satisfacion, y yo empezaba á quererlos: sus votos eran inocentes, eran pu-

rísimos, satisfacian el alma. Entréme luego adentro. Los magnates y las damas de mi nueva comitiva estaban atentos á mi semblante: yo me hallaba en su presencia con un embarazo inexplicable sin saber qué decirles, ni poderles hablar en su idioma que desconocia: en el idioma comun á todas las personas de calidad y educacion me daba á entender algun tanto con la principal de las matronas que me estaban destinadas, á la cual desde luego cobré aficion, por haberme parecido de buen caracter, como es en verdad. Conocia yo que mi conversacion y confianza con mi aya y mi buen consejero ya no podría agradarles; y así procuré excusarla para no causarles celos ni incomodidad. Cené poco, me retiré á mi dormitorio, repasé muchas cosas en mi

imaginacion, dormí algo, y me reparé un tanto para presentarme el dia siguiente al pueblo, y continuar mi viaje. Mas á la mañana estando todavía en mi tocador se me hizo saber que se habia ordenado por el gefe de la nueva comitiva, conforme á las instrucciones que traía de su amo, que desde aquel punto se volviesen mi aya, consejero y cualquiera otra persona de mi país y comitiva á su patria, y que yo sola debia caminar á la corte con los individuos que venian destinados á conducirme. A poco rato entraron mi aya, consejero y criados menores en mi estancia en trage de camino hechos un mar de lágrimas. Este golpe inesperado era muy superior á mis débiles fuerzas. Si conforme á los impulsos de mi corazon me hubie-

ra sido lícito obrar en aquel instante: si no hubiera considerado el disgusto de nuestros buenos padre y tios, el escándalo del mundo, y otras mil cosas, allí mismo habria retrocedido y abandonado una carrera que tan desabridamente se me presentaba. Pero ¡ay Fernandina! teníame destinada la Providencia para tragos y angustias mayores, de mas grave importancia, y ésta era una pequeña prueba. Todos los esfuerzos de mi naturaleza y los auxilios de la divinidad que imploré no fueron suficientes á conservar mi entereza. Hice no obstante lo que yo misma no creia poder: contuve mi llanto. Considerando lo poco decoroso, lo poco delicado y urbano de la resolucion, que aun sería mal mirada entre familias vulgares, procuré re-

vestirme de un cierto aire de dignidad y noble orgullo que me hicieran superior, no á la pesadumbre que afligía mi corazon, sino á las demostraciones de flaqueza de alma que indicasen un abatimiento indecoroso, cual era la accion que conmigo se ejecutaba. En fin llorando amargamente, y sin poder articular una palabra salieron de mi presencia aquellas personas respetables y cariñosas con quienes me habia criado. Ya estaban en el coche; quise tener la entereza de asomarme al balcon, y echarles la última mirada enviándoos á todos, y á tí, amada mia, un adios significativo. Mi aya se asomó á la puertezuela, echó una mirada, clavó de improviso sus ojos en los mios, y se cubrió repentinamente el rostro con ambas manos: no podia mi-

rarme sin deshacerse de dolor: el coche arrancó precipitadamente; yo quedé extática y sin accion. Todos conocieron y aun hicieron demostraciones de compadecer mi turbacion interior: hice un violentísimo esfuerzo para mostrar serenidad: me retiré por último á mi cuarto para repararme un poco, buscar fortaleza y socorro en el Unico en quien podia encontrarla; y meditar en cuantos sucesos presenciaba y me acontecian, que sin duda eran preludios y ligeros amagos de otros todavía mas considerables.

Aquí tienes, Fernandina, mal contados los primeros y mas pequeños incidentes de mi carrera despues de nuestra dolorosa separacion, y todavía no he llegado á indicarte ninguno de importancia de los de esta nueva vida. Ya pue-

des considerar lo envidiable que ella será por esa primera perspectiva que se me presentó cuando todavía no habia probado ni ensayádome en el oficio de reina, ni en el de esposa, ni aun en el de novia y amante; cuando aun estaba en los momentos tan envidiados y ponderados de todas las criaturas; en aquellos instantes de ilusion que todas las plumas alaban, y anhelan y envidian los corazones de la juventud; en aquellas situaciones de merecimientos y de cariños, de halagos y de esperanzas, en que todo se concede á nuestro sexo, aun entre las mas rústicas y humildes familias; ya en aquellos momentos yo me ví sin padres, sin hermanos, sin parientes, sin consejeros, sin amigos, sin compañeros, sin confidentes con quie-

nes consultar, ni á quienes hacer participantes de mis satisfacciones, ni de mis inquietudes y cuidados; sin conocidos con quienes tratar, sin paisanos que me entendiesen el idioma aun para pedir un vaso de agua, ni las demas menudencias que nuestra débil humanidad á cada paso necesita. Nada, hermana mia, nada, querida Fernandina, me quedó desde aquellos primeros instantes sino las lecciones y el ejemplo de nuestros padres, el ausilio del Todopoderoso, y la generosidad, la grandeza de alma de los habitantes de esta nacion, que puedo asegurarte, amada mia, es imponderable y muy superior á cuanto la fama de ellos publica. Si estas prendas sublímes que conocí y experimenté desde el principio no me hubiesen inspirado se-

guridad, confianza y amor sin límites hácia ellos, ya yo hubiera acabado á los golpes de tantas y tan graves pesadumbres. Yo ví, yo noté su despecho y su indignacion porque se me privaba de la compañía de mi aya, y del necesario desahogo que en ella encontraba: yo conocí que á porfia los habitantes se afanaban á indemnizarme con sus oficiosas demostraciones y agasajos de aquella falta, y no pude menos de enternecerme, y procurar alegrarme para mostrar mi agradecimiento á tanta generosidad y condescendencia. Emprendí á los dos dias el viaje hácia la corte donde venia á reinar y padecer entre la comitiva desconocida.... Caminamos un dia siempre acompañados de buenos habitantes que me felicitaban y obsequiaban á porfia; y...

pero.... no mas por ahora, hermana, de la historia de mi sucesos que con tanto empeño deseas saber. En otra carta, ó en otras, te los iré refiriendo como pueda. Me llaman ahora mismo de parte de mi esposo, (que ya se ha levantado de lo que aquí llaman *siesta*, y es un rato de sueño despues de comer, al cual yo no he podido acostumbrarme) para que bajemos acompañados de sus hermanos y cuñadas á pasear por los jardines que hermosean estos contornos, y ver correr las hermosísimas fuentes que los adornan, que por costumbre antigua se hacen correr esta tarde y mañana. De vuelta concluiré de escribirte.

P. D.

Efectivamente nos hemos distraido un rato observando la hermosura y magnificencia de estos contornos, que no sé si te acertaré á describir.

Hállase situada esta Granja en un terreno elevadísimo al pie de cerros muy encumbrados donde pocas veces se acaba la nieve á pesar de lo caluroso y meridional de estas regiones: este ha sido uno de los años mas ardorosos que la han derretido toda. Sin embargo no falta frescura y lozanía en los espesos y frondosos bosques que faldean la parte de poniente, á cuyo pie se hallan unos vastísimos y deliciosos jardines, donde los abra-

sados soles de julio y agosto apagan sus rayos, y permiten disfrutar en esta estacion una primavera no interrumpida. A la grandiosa perspectiva que presenta la naturaleza se han reunido los primores del arte, que á porfía con la opulencia han prodigado aquí todos sus tesoros para presentar un cuadro asombroso y hermosísimo. La imaginacion se pasma y se complace al considerarlo. La caida de la tarde es sobre todo imponderablemente encantadora y magnífica. Saliendo de los bosques que han guarecido de los ardores del sol, se mira por un lado esta lumbrera del firmamento ir á llevar á otras regiones su luz y su vida, trasponiéndose por unas llanuras dilatadas que semejantes á las ondas del mar miradas desde lo alto, asemejan

que se domina á ese astro, y como que se inclina la vista para mirarlo esconderse debajo de nuestro hemisferio. Volviendo la cabeza ácia la cumbre se ve á ese mismo sol, ya desaparecido de todas partes, brillar todavía en los árboles que coronan las cimas y faldas de los cerros, y en las clarísimas aguas que de ellos se deslizan para fertilizar los jardines y surtir sus fuentes, cuyas aguas antes de descender reciben los últimos reflejos del astro vivificador, y parece que apagan sus fuegos. Entonces un viento norte fresco hace gustoso el abrigo. Las habitaciones régias estan de fachada al cerro mas elevado, pendiente, poblado y grandioso, defendidas del viento norte, y tienen delante de sus balcones las fuentes y cascadas mas suntuosas y mag-

níficas de los jardines: en la parte mas alta de estos tocando el pie mismo de la montaña está el gran depósito que recibe todas sus aguas para suministrarlas á las fuentes y cascadas; se asemeja á un gran lago, pero no de aguas salobres y sucias, sino dulces y cristalinas, llenas de sabrosos peces; en las cuales especialmente al reflejo de la luna se retratan los árboles, los arbustos, la montaña, y cuantos objetos rodean el contorno, aumentando su tamaño y hermosura. El susurro de las aguas, y el suave movimiento de los árboles agitados por un vientecito ténue en estos parages solitarios á las horas sosegadas y silenciosas de la noche, tiene no sé qué de sublime y augusto, que encanta y embelesa mi alma, embriagándola en

una dulce melancolía que no te puedo explicar cuanto me complace. Algunos ratos procuro evadirme de los que me rodean para quedarme sola en el balcon de mi gabinete gozando de esta escena silenciosa que recrea mi alma, y parece que la dá nuevas fuerzas. Otras noches estoy en conversacion con mis dos cuñadas, que son discretas y afables, mientras mi esposo y sus hermanos juegan al billar. Ambas me tratan con afabilidad y cariño, y yo procuro corresponderlas del mismo modo, pero sin distincion ni preferencia. La mayor es mas festiva y cariñosa: la otra sin dejar de ser jovial es de genio mas animoso, y resalta en ella una educacion mas franca y brillante: como son de diversos paises cada una participa de los modales del suyo, y esto ha-

ce mas variado y ameno su trato y compañía. No pocas veces tenemos ratos sabrosos refiriendo todas tres las cosas de nuestros distintos y remotos paises, haciendo aplicaciones y comparándolas con las de éste donde la suerte á las tres nos ha hermanado. Las dos están favorecidas de la naturaleza con muchas gracias y atractivos, que la menor sabe aumentar con trages y tocados interesantes por su gusto y elegancia. Tienen la satisfaccion de ser madres, y me divierten las gracias de sus niños. ¡Ay, hermana! Todas las mugeres apetecen llenar este deseo de sus maridos; porque la naturaleza se complace en la reproduccion. Los seres, despues de haberse criado y alimentado, todo lo emplean en criar y alimentar. El mundo perecería, no hubiera

llegado á hoy sin esta propension irresistible é imperiosa. Mi esposo es de condicion afable, y para mí cariñoso y complaciente cuanto puedo apetecer: en esta parte no debo culpar á la suerte. Su figura es fornida y varonil: no deja de tener luces, discernimiento y discrecion, aunque en los negocios políticos me parece que no sabe emplearla oportunamente; y esto aumenta sus compromisos y mis temores. Tiene un buen fondo de religiosidad, y no carece de prendas morales: en fin es excelente como hombre particular: como gefe no creo que sabe conducirse ni para su provecho ni para el de sus súbditos. ¡Ay de mí, cuánto siento conocerlo! Unas veces carece de astúcia, otras de constancia y energía; pero nunca de honradez. Su hermano inmediato ni

me parece tan franco, ni aun tan discreto. Es de rostro menos varonil; y tiene un exterior displicente y desfavorable: se advierte en su semblante y aun en sus palabras y acciones cierta reserva sombría que desagrada: no es jovial, y eso da lugar á que muchos presuman que la sinceridad y la franqueza no pueden abrigarse en su pecho, ni encubrirse bajo su ingrato exterior. Mas esta es sin duda maligna acusacion de enemigos encubiertos, que no dejan de abundar. Al otro menor le conceptúan los mas como insignificante en todos sentidos, asegurando que casi peca en ridículo: que sus gustos, sus aficiones, sus entretenimientos y aun su figura son los de un ente de aquellos que no han nacido para que nadie en el mundo fije en ellos sus miradas ni

su consideracion, y que no han de hacer ningun papel en el juego de la máquina política. ¿Pero qué concepto merecen imputaciones de personas interesadas en el descrédito del eje para desconcertar la máquina?

Esta tarde hemos recorrido juntos, como te he dicho, las calles de los jardines, que estaban llenas de gentes de los contornos y de la corte, atraidas de lo señalado del dia, y producian escenas mas animadas que causaban una variedad grata que aun favorecia á las bellezas naturales y artificiales del sitio, lo cual le hacia resaltar de una manera singularísima. Las fuentes han corrido la mayor parte: algunas se hallan lastimosamente maltratadas por las injurias del tiempo y algunos años de abandono; pero todas

persentan perspectivas, juegos, figuras, grupos, caidas y escenas tan variadas y caprichosas, que dejan maravillados aun á los que han visto otros mas renombrados primores. Los asuntos principales de la mitología puestos en accion con toda su hermosura recrean el ánimo, alimentando al mismo tiempo el espíritu. Diana en los baños asistida de sus doncellas y espiada á hurtadillas por sus amantes: Eolo sujetando los vientos: Neptuno ejerciendo su imperio sobre las aguas: Venus, Cupido, los Amores y las Gracias con sus lisonjeros atractivos: las Estaciones ofreciendo sus frutos: los Vicios y las Virtudes personificadas con sus respectivos atributos: Las Ranas sedicionadas y aturdiendo con su desapacible vocinglería: la Fama lle-

vando á larga distancia el nombre de las personas, el estruendo de las cosas y la gloria de las hazañas, pareciendo querer desafiár al tiempo y á la misma montaña de donde recibe sus aguas, que parece aspirar á sobrepujarla elevándolas otra vez hasta las nubes, humedeciendo y refrescando toda la atmósfera, asustando con su estruendo y deslumbrando con sus cristalinas aguas heridas de los rayos del sol á las aves que giran en derredor y redoblan sus cánticos; con otros muchos y variados asuntos los mas señalados y caprichosos, magníficos por su grandiosidad y hermosísimos por su delicada construccion, hacen este lugar una mansion de delicias. ¡Ojalá tuviera la tranquilidad de ánimo suficiente para disfrutarlas! Copia innume-

rable de aves diferentes y lindos pajarillos que giran por las enramadas recreando con sus variados cánticos, aumentan todavía el placer de los concurrentes, que (como te he dicho) en este dia han sido muchos, y todos aquí se miran risueños. ¡Ah! hoy mismo he experimentado cómo la sociedad aumenta los placeres, y casi es la madre de ellos. A pesar de que me agrada muchos ratos el retiro, el silencio y la soledad, y en ella me consuelo, conozco que el corazon halla su centro entre sus semejantes, y allí es su mansion natural. Todos los objetos de este sitio, tan bellos como te he descrito, gozados á solas por mucho tiempo entristecen en vez de recrear. Es lástima que no hayan podido hermanarse con una concurrencia fre-

cuente, brillante y numerosa; pero pasado mañana se convierte este ameno recinto en un desierto ingrato. Y ademas de ser gustosa para mí la sociedad y compañía de mis semejantes en general, la que proporcionan los moradores de estos contornos me es particularmente grata: ellos me deben un entrañable afecto por sus buenas cualidades; y me corresponden con sus agasajos y demostraciones sencillas y respetuosas. Quisiera mil veces morir antes que darles por mi parte el menor motivo de disgusto. Veíanse hoy mezcladas sin distincion toda clase de personas con variedad de trajes mas ó menos costosos y elegantes. La vivacidad de las fisonomías, lo airoso de las figuras hacia tambien un bello contraste en los hombres

con cierto aspecto grave y varonil que los adorna, y en las mugeres con las gracias de su sexo, que aun serían mas gratas si fuesen acompañadas de aquella modesta timidez que tanto realza el sexo, y libres de cierto desenfado, que pica en desenvoltura en las que se precian de señoras de corte, que nunca me ha podido agradar, porque es poco conforme á la prenda mas preciosa de nuestro sexo, que es el recato. Y como en este pais se desconoce la distincion de gerarquías por la de trajes, cada persona lleva el que cumple á su capricho é intereses, y nadie conoce por él si el otro corresponde á clase elevada ó inferior; se agrupan mezcladas y alternan en absoluta igualdad y armonía todas las personas que llevan ropaje decente: contri-

buyendo esto á que todas las reuniones sean mucho mas amenas, gustosas y variadas, quitándolas aquel aire de monotonía insípida y desagradable que una escala de aristocracias ridículas tiene establecida en casi todos los paises que se llaman cultos, en que las clases de ciudadanos viven aisladas, y desdeñan el contacto con las inmediatas que creen inferiores: resto de un feudalismo que siempre me repugnó. Las costumbres é índole de estos habitantes ha llegado á esto naturalmente y sin violencia: ahora que se quiere hacer de ello una ley, puede ser que produzca el efecto contrario. He ahí el mundo.

Las gentes rústicas de esta nacion son por lo comun pobres, desaliñadas, gastan ropas sumamente toscas, y estan acostumbradas á po-

cas comodidades. Este es uno de los males mas graves y extendidos de esta vasta monarquía, de que provienen otros muchos. El corto número de habitantes que pueblan sus dilatadas y feraces provincias, y las pocas comodidades que gozan los mas de ellos, ocasiona su pereza é inaccion, pues satisfaciendo las solas necesidades que les apremian de comer, beber y mal cubrirse casi con solo arrojar y envolver en la tierra unos puñados de semillas, podar sus bosques de viñedo, y cuidar los ganados que giran libremente por sus campos, faltándoles en otros objetos de placer y comodidad que disfrutan otros pueblos estímulo á la laboriosidad, se asemejan á los moradores de las felices riberas del Nilo, que situados en el recinto mas fértil y hermoso del firmamen-

to se alimentan con raices, frutas silvestres, patatas y trigo machacado, visten andrajos sucios, y duermen sobre asquerosos pajares. No solamente proviene esa falta de actividad de sus cortas comodidades: proviene igualmente de otra causa que ellos consideraron un tiempo como muy ventajosa: las clases acomodadas y que mas gozaban era expendiendo su dinero para pagar y alimentar la industria extrangera. Dueños de otras regiones abundantes de metales preciosos cultivaron solamente este tráfico, desdeñando los demas, y abandonándolos á las manos que ellos llamaban mercenarias y groseras: se infatuaron con la idea ridícula de que teniendo metales, tendrían á su devocion y sueldo á todos los habitantes del globo; pero las vicisitudes humanas han castigado

en esta parte su orgullo y su ignorancia. Los habitantes de aquellas regiones sacudieron su yugo cuando se les presentó ocasion favorable y segura de conseguirlo. Por no dejarse escapar la presa se han hecho aquí esfuerzos ruinosos é impotentes, los cuales unidos á otros mas heróicos y loables los han puesto al borde del precipicio. Doce años de la falta de aquellos metales, y otros tantos de sangrías abundantes, los han dejado sin jugo y reducidos á la mayor desesperacion. Fáltanles los metales, y no tienen industria ni aficion al trabajo: el poco numerario que les queda tienen que prodigarlo á los extrangeros, de cuya industria dependen hasta que la fuerza de la necesidad les acomode á tenerla. Esta rabia y la humillacion que les produce con res-

pecto á otras naciones, los devora. De aquí los apuros y las inquietudes que tanto estruendo han causado, y causan y causarán todavía, porque aun quieren ostentar opulencia, y no confesar ni acomodarse á la idéa de vivir con poco dinero y mucho trabajo, que les es tan odiosa y humillante, y tienen por indecorosa. Con este motivo se reproducen quejas y rivalidades continuas, inquietudes interminables (todas aguijadas por la penuria de la situacion) entre familias y pueblos y provincias y naciones. Entre naciones, sí; porque has de saber, hermana mia, que esta vasta monarquía es compuesta de otras varias que se le agregaron en diversos tiempos y con ocasiones diferentes; y habiendo cada una conservado sus usos y leyes distintas, ahora que

á todas llega la calamidad estan desconformes en sus opiniones, intereses y deseos: lo que á la una agrada á la otra disgusta: lo que á la una es provechoso, otra lo reclama como perjudicial. Hay pocos caracteres que les sean comunes á todas, y en pocos intereses se conforman. Esta contraposicion produce trabajos nuevos, porque de ella dimanan increpaciones animosas entre unos y otros partidos que se han formado con diferentes motivos, y todos á porfia declaman contra sus contrarios achacándoles la causa de los males públicos: el pueblo (*siempre propenso*, segun un famoso sabio de aquí *á atribuir á los que le gobiernan los males que no quisiera sufrir*) abriga frenético la idea de hallar personas á quienes culpar, y no cosas: no dis-

curre ni quiere buscar el origen de los males que le fatigan en lo imperioso de sus necesidades, en sus costumbres mismas, y aun en su ley fundamental; sino que se complace en hallarlo en la marcha á su parecer tortuosa ó equívoca de los individuos; murmura, se queja de ellos, los acusa, los culpa, y se halla dispuesto á perseguirlos atroz y desapiadadamente: muchas personas, aun las muy virtuosas, se cansan, y las mas viven zozobrosas y disgustadas de esta penosa situacion.

Ahora se quieren amalgamar todos aquellos elementos dándoles cierta unidad y armonía útil; pero se tocan las grandes dificultades de chocar con los hábitos y preocupaciones de los pueblos y con su régimen anterior; y he aquí

otro germen de disgustos. El monarca era el único vínculo de union de tan diversas partes: revestido de una autoridad que no conocia límites, á cada una gobernaba á su modo ó segun podia, y si alguna se le desmandaba sojuzgábala con la rivalidad y la fuerza de las otras. Para que á este centro de unidad que formaba su persona sola suceda el de la ley, hay que superar mil dificultades, por no decir imposibles. El monarca es comun á todos estos diversos paises; en su legitimidad y reconocimiento todos estan conformes; pero muchos repugnan admitir unas leyes que todavía no conocen, y que chocan con sus envejecidos hábitos. En fin el monarca es necesario, es indispensable en este y en todos los grandes estados que

han absorvido otros pequeños, porque es el único lazo que los une y estrecha, roto el cual, todo se hace trozos, y cada uno tira por su lado; porque ninguno se tiene por menos que otro, ni quiere recibir la ley de su vecino, entre los cuales siempre se despiertan rivalidades antiguas que á cada uno recuerdan épocas gloriosas.

Ahí tienes bosquejada una parte del cuadro que tengo que pintarte. Colocada en medio de estos elementos podrás tú discurrir si necesito valor para resistir, prudencia para conducirme, y destreza para describirte con fidelidad y exactitud todas las cosas que habrán llegado á tus oidos ciertamente exageradas ó desfiguradas por la ignorancia, por la malicia ó por el espíritu de partido de que no es-

tán libres hoy ningunas plumas en este ni en los demas estados. Desconfía de todas, hermana mia, hasta de las que parecen animadas de buen celo y deseo: cuando las opiniones y deseos son tan encontrados como ahora se manifiestan en todas las naciones, apenas hay quien no se halle tocado de uno ú otro espíritu que le haga mirar los sucesos y las cosas con ojos diferentes.

No quiero dejar de advertirte algunas cualidades y costumbres de estos habitantes, omitiéndote para mas adelante los asuntos políticos, de que ciertamente tiemblo hablarte, y á que no llegaría si no me obligase tu deseo de saber la verdad.

La pobreza y desaliño no abate ni humilla á los moradores de estas regiones, y en esto son igua-

les los de todas las provincias que he visto. Andan todos con la frente erguida, ostentando un aire de libertad, de dignidad y de franqueza que casi toca en orgullo: su mirar, su continente, su hablar y sus modales son desconocidos en todas las naciones, aun las que pasan por mas libres: ninguna persona tiene consideracion á otra: el mas pobre y andrajoso da en la calle un empellon al primer magnate para arrojarlo del puesto preferente: y esto no es nuevo: sucedía antes de esta época, segun he averiguado. No se advierte en ellos aquel encorvamiento de cuerpo, mirar humilde, y lenguaje comedido y sumiso que aun en nuestro pais distingue á las clases de habitantes, é indica el hábito de considerse inferiores unas á otras. En es-

ta parte aquí todos son iguales, y tienen mucho aventajado para la igualdad legal y social que apetecen. Al examinarlos, nadie diría que han vivido bajo leyes opresoras, sino que han estado en costumbre de no obedecer ningunas. Se podria creer bajo cierto aspecto que la insubordinacion é indocilidad les es genial y habitual. Sin embargo sus escritores veo que ponderan la opresion anterior: imposible parece que dejen de ser exageradas sus declamaciones, á lo menos comparando lo que aquí se advierte con lo que ha pasado y pasa en todas partes.

No me dejan de agradar hasta cierto pnnto estas cualidades: la especie humana ostenta aquí toda su dignidad, y no aparece marcada con el sello del oprobio y envi-

lecimiento que noté aun en paises mas envanecidos.

Los hombres son de regular estatura, de semblante grave y de condicion fogosa. Las mugeres participan tambien de esta última cualidad: sin ser muy hermosas, son por lo comun agraciadas, y airosas en estremo. Unos y otras tienen generalmente mucha agudeza, aunque poquísima instruccion. En muchas poblaciones grandes y en casi todas las pequeñas es contado el número de hombres que sabe leer, y apenas se halla alguna muger que conozca el abecedario. El pueblo bajo no es tan nimiamente crédulo como el de otros reinos. Las adivinaciones, los agüeros, las hechicerías, las yerbas, los encantos, los vaticinios, el decir la buena ventura, los sortilegios, las brujerías,

y demas invenciones de esta clase, que en nuestro pais y comarcanos dan de comer á mil bribones aventureros y aventureras, no alimentan á quí á ninguno: de estas cosas solo se conoce el nombre, sin tener sobre el pueblo influencia ninguna; y todo esto se debe á su buen sentido y genio despejado.

No escasean sin embargo de cualidades reprensibles. Blasónan y se precian mucho de *cristianos católicos*; pero es una cristiandad y un catolicismo á su modo, nada conforme con la doctrina de Jesucristo, ni con su Evangelio: en general el pueblo todo no ha oido mas que el nombre de este libro: su leyenda muy pocos la conbcen, y su doctrina casi ninguno la practica. No obstante tienen siempre en su

boca la *Religion de Jesucristo*, y estan animados de un intolerantismo brutalmente feroz. No puedo menos al considerarlo de acordarme del filósofo que examinando los caracteres que las diferentes religiones habian impreso en los hombres, extrañaba que el Alcoran que aconseja la fuerza y la violencia, hubiese hecho á la mayor parte de sus secuaces tolerantes; y el Evangelio que lleva el espíritu de tolerancia hasta un punto que asombra á nuestra imaginacion, y á que solo podía llevarlo un Dios todo bondad, poder, misericordia é indulgencia, haya hecho á sus súbditos tan bárbaramente perseguidores. ¡No puede uno concebir cómo llegan á tanto los extravíos de la flaqueza humana! Los intereses mundanos han influido en esto. ¡Ah!

Los sacerdotes aquí en lugar de exhortar y enseñar, declaman. Como su ilustracion y la instruccion pública es géneralmente tan escasa, hacen creer al pueblo mil errores y tonterías de que ellos mismos estan imbuidos. Distantes por su posicion geográfica del contacto con los demas paises, y faltos por consecuencia de aquella suavidad de costumbres y de aquella civilizacion que produce el trato y roce frecuente con gentes de diversos paises, creencias, ritos, costumbres y caracter, y de la necesidad de vivir entre ellos, participan de una rudeza agreste, y de una aspereza é incondescendencia que parece estúpida grosería. Vive el pueblo persuadido de que no son prójimos suyos sino los que observan el culto *católico apostólico roma-*

no tal como ellos lo practican; de manera que cualquiera que viniera á establecerse entre ellos, especialmente en los pueblos de las provincias, con solo dejar de practicar este culto ó alguna de sus ceremonias tan disparatadamente como ellos á semejanza de máquinas las practican, correría riesgo seguro en sus propiedades, familia y persona: creerían que asesinándole hacian una obra acepta á los ojos de Jesucristo. ¿Qué te parece, hermana mia?

Estan en la persuasion (porque así se lo han enseñado y enseñan) de que todos los hombres de otras creencias religiosas (cuyos nombres confunden groserísimamente) son unos irracionales que andan por casualidad ó equivocacion en dos pies, y mas ignorantes que ellos; sin

ocurrirles jamás la idea de que siendo los habitantes de otras naciones mas ilustrados, pues buscan y traducen sus libros, mas artistas y laboriosos, pues prefieren y consumen sus géneros y manufacturas, las cuales suponen muchos grados de ventaja, adelantamiento y aplicacion, han de ser mas instruidos tambien en las cosas espirituales y religiosas, y por consecuencia han de tener mas virtudes, mejores costumbres y modo de vivir. Para ellos el ateista, el materialista, el deista, el jacobino, el fracmason, el iluminado, el idólatra, el kuácaro, el judío, el mahometano, el herege, el griego cismático, el calvinista, el luterano, y aun el jansenista, ¿qué digo? el que habla otro idioma que el suyo, son una misma cosa; á

todos los hacen iguales: juzgan que todos viven en una crasa ignorancia, sin pensar en Dios ni tener idea de su divinidad, sin leyes, sin pudor, sin orden, y entregados á todos los excesos imaginables como otras tantas furias vomitadas por el infierno. Así se lo han hecho y se lo hacen creer los sacerdotes; y con esta idea ¿cómo han de ser sociables? Hasta las leyes civiles las han puesto acordes con esta intolerancia impía y desmoralizadora. Los que las han formado bien prescindirían de estas ideas y aun de otras menos escrupulosas; pero sostienen que es preciso contemporizar y transigir con las preocupaciones, los errores y la ignorancia, y aun algunos defienden que la intolerancia religiosa, autorizada por otra intolerancia civil, preservará su estado

de las contiendas é inquietudes que de la diversidad de creencias y cultos se originaron en otros tiempos y paises. En esto imitan á los que por 300 años estuvieron anteriormente encargados de limpiar su heredad de lo que llamaban cizaña, contra quienes tanto han declamado, y á quienes parece quieren justificar: no hicieron aquellos mas que transigir como estos con las preocupaciones vulgares, seguir su impulso, y satisfacer los deseos del ciego intolerantismo que á gritos pedia hogueras, en ellas se complacia, y á ellas acudia con celo ardiente y furibundo á saciar su rabioso frenesí y su estúpida ignorancia, como hoy acude á las tremendas luchas de fieras y hombres, con que tambien me quisieron agasajar en los primeros dias de mi advenimiento.

Apoyan esto en los principios de la política. Pero yo vivo persuadida de que nunca la política puede aprobar lo que la sana filisofía, la razon y la religion misma altamente reprueban y condenan. ¿Ni cómo puede ser bueno ni povechoso el continuar haciendo á los hombres feroces, insociables y malos cristianos? Porque tú sabes, hermana, que no pueden ser cristianos, ni buenos, los que sean intolerantes, puesto que la tolerancia es la virtud mas recomendada en el Evangelio, como la piedra angular que sirve de base y fundamento al magestuoso, sacrosanto y divino edificio de la religion inmaculada de nuestro pacientísimo redentor Jesucristo.

Pero aun te maravillarías mas si cotejases su creencia tenaz y lauda-

ble en la religion cristiana con el modo de practicarla. Ya te he dicho que desconocen generalmente la letra y el espíritu del Evangelio, y por tanto han hecho de él sin saberlo y como por instinto dos partes, una teórica ó ceremoniosa, y otra práctica, dejando esta última (que es la mas sublime, esencial y augusta porque consiste en el sacrificio del corazon, en el dominio de las pasiones, en el cumplimiento de la ley y en el constante ejercicio de las obras de misericordia); y adoptando solamente la teórica y accesoria, que consiste en fórmulas y ceremonias exteriores poco gratas á la divinidad cuando no las acompaña una intima sumision á los preceptos del Criador, que como sabes solo quiere el corazon en espíritu y verdad. Aun esas ceremo-

nias no son tan piadosas y multiplicadas como entre otros pueblos, y las observan con una especie de tibieza é indiferencia sumamente chocante, y en contradiccion absoluta con su ciega creencia; de cuyo achaque estan tocados hasta los que conocen el Evangelio, que impelidos sin duda de la fuerza de la costumbre general consideran este divino escrito como un modelo de perfeccion imposible de reducir á rigurosa práctica. Un escritor insigne de este país, declamando sabia y cristianamente contra esa tibieza anti-evangélica, dice que los casuistas y congregaciones de individuos que se decian propagadores del Evangelio, á fuerza de indulgencias, y multiplicadas prácticas, rezos, devociones, y festividades particulares á imágenes, en

que iban envueltas miras interesadas, inspiraron la vana confianza que en los moradores de este pais se advierte en su ciega cuanto estéril creencia, y pervirtieron la sána moral. ¡A tanto llega la codicia del interes! ¡Por todas partes hay algo de esto, Fernandina! ¡Do quiera es débil nuestra naturaleza!

Yo me quedé asombrada cuando observé las primeras veces la concurrencia en los templos agolpada en confuso tropel á ofrecer á Dios el augusto y tremendo sacrificio de la sangre de su Hijo para la expiacion de los pecados: se me figuraba estar en un teatro de profano pasatiempo. Esas mismas gentes que te he pintado tan ferozmente intolerantes, que asesinarían á sus propios padres ó hermanos en el nombre y en obsequio de Dios

y de su Hijo si no los vieran concurrir al templo, estan en él con tanta distraccion, con tan poco recogimiento, con tal indiferencia ó desenvoltura, como si se halláran en los juegos del circo, ó en la mercadería de vino. Un cuarto de hora ó menos que procuran dure esta maquinal y profana concurrencia cada domingo ó dia festivo es toda su cristiandad: no tienen reparo en ir á ella despues de haber bebido vinos y licores espirituosos; y he visto muchas veces personas embriagadas, sin que ninguno las reprenda ni separe de aquel lugar sagrado. Es muy comun estarse celebrando el augusto sacrificio á un mismo tempo en distintos altares contrapuestos de un mismo templo, lo cual ocasiona continuas irreverencias y desacatos. ¡Qué con-

traste hallarian estas gentes entre su conducta dentro del templo, y la de los protestantes, si pudiesen compararla! ¡Aquellos (que adoran en sombras y figuras) los vemos guardar el mas profundo recogimiento, y una veneracion edificante, todos cubiertos el rostro, compungidos, con el santo Evangelio en la mano para meditarlo, estudiarlo detenidamente por algunas horas para despues poner en ejecucion sus lecciones y preceptos. Estos (que creen la presencia real) parece que van á insultarla familiarizados con ella. Se levantan y vuelven la espalda al Hijo de Dios vivo para tributar adoracion á una imagen de barro ú de otra materia bruta, que aunque la Iglesia tiene reconocido y recomendado, no de esta manera tan material y ofensiva á la

Divinidad. Los dias á ella consagrados son aquí los del pasatiempo y de todos los juegos, festines, convites, paseos, diversiones, espectáculos, danzas, músicas, canciones, mercados, ventas y tráficos, teatros y ocupaciones profanas comparables á las mas lúbricas de la gentilidad.

Empero si esa falta de ilustracion y de contacto con otros pueblos; si el escaso conocimiento del Evangelio; si las equivocadas ideas que tienen de su doctrina les hace desmerecer á los ojos de la sana razon; las ventajas naturales con que por otra parte estan suplidos esos defectos, los hace sumamente apreciables á los ojos de todas las criaturas. Su entendimiento claro y despejado vale por muchos libros: la viveza de su imaginacion importa mas que algunos años de ense-

No quiero omitirte una ocurrencia que me sucedió el dia de novia, que me llevaron por la noche al teatro. Es este pequeño, y el concurso era grande y lucido, todo fijo en mi semblante y atento á observar hasta mis menores movimientos y demostraciones. Acabado el primer acto de la ópera, que era italiana bastante bien ejecutada, salieron dos parejas á danzar bailes del pais de bastante gracejo, pero de una desenvoltura cual yo jamas habia presenciado, y que sin poderlo remediar me ofendia extremadamente. Los espectadores todos se manifestaban codiciosos de mi aprobacion: no me era esto dable sin desmentir mis principios religiosos, mi educacion y mi natural repugnancia á movimientos y actitudes que provocaban la deshonestidad

mas repugnante; antes al contrario procuré con una fria indiferencia, y aun con una tibieza que tocaba en seriedad, dar á entender mi desaprobacion; lo cual produjo una sombra de amortiguamiento y de tédio en todo el concurso. Mi esposo, sus hermanos y cuñadas, que acostumbrados á presenciar aquellos bailes no los extrañaban, estaban en una especie de inquietud desagradable viendo que yo, que era la persona obsequiada, no demostraba alegría ni complacencia. Esta incómoda situacion se comunicó á todo el concurso: mirábanme de hito en hito; yo ni podia reirme, ni sabia qué hacer ni qué hablar ni aun con mi esposo y hermanas cuyos caracteres todavía no conocia, ni me habia familiarizado en confianza con ellos. Se me figu-

raba leer en el interior de todos un resentimiento de que no me agradase lo que justamente creen como peculiar y característico de su pais. Empezóse por fin el segundo acto de la ópera, que me sacó de aquella embarazada posicion, una de las mas singulares y penosas en que me he hallado en toda mi vida: concluyóse éste, y volvieron á bailar en seguida nuevos bailes de la nacion, no mas decentes que los primeros. Ya no pude resistir: volvía la cabeza con disimulo, ó me cubria la vista con el abanico para no verlos; pero todos lo advirtieron: me levanté y me retiré antes de acabarse la fiesta, porque conceptué ya que no debia complacerme en diversiones que ofenden el recato, y hice propósito de no autorizarlas ni solemnizarlas jamas con mi pre-

sencia. Despues supe la frialdad displicente que se apoderó de todo el concurso. Me pesó mucho; mas era mi deber, y yo no fuí dueña de impedirlo.

Tambien voy á darte idea de uno de los objetos que mas claramente manifiestan el verdadero estado de las naciones: hablo del cultivo de la literatura y de las ciencias. Se pueden considerar aquí los que las profesan divididos en dos clases, ó bajo dos diferentes aspectos. Unos que empapados en las doctrinas escolásticas y en las fórmulas antiguas, y fuertemente aferrados á ellas, desdeñan todo cuanto huele á novedad: y otros que entusiastas de teorías modernas, orgullosos despreciadores de los primeros, quieren amoldar á su capricho el resto de los hombres, ensa-

yando establecer en su patria doctrinas é instituciones no acrisoladas por la experiencia en ninguna otra, y muy difíciles de consolidar. Ni unos ni otros tienen destreza ni docilidad para combinar ni adaptar con oportunidad á su pais, circunstancias é índole, una teoría racional y ventajosa unida á una práctica activa y útil. Nada entienden de régimen administrativo, que es el único que hermanando esa práctica ventajosa con la teórica ilustrada hace prosperar á las naciones. Cuéntanse no obstante algunas escuelas económicas, y cátedras de ciencias naturales y exactas; pero los que las frecuentan no es para hacerlas aplicables á algun objeto, ni ejercitarlas en sus casas, ó terrenos, ó fábricas, ó talleres, ó mostradores, ó gabinetes; sino por especulacion para

buscar con eso los modos de adquirir un empleo del estado. Han hecho de estos unos estudios meramente de perspectiva y de estrado, de que ningun provecho sacan, porque á nada los aplican. Un sueldo del erario público es al que se aspira á todo trance, y el que estudia lo hace con solo este objeto; porque has de saber que ninguno en este pais sabe darse importancia ni tener consideracion sino por ese medio, único que les suele dar esplendor y provecho. Hasta los que ejercen las augustas funciones de representar á su patria en el santuario donde se forman las leyes, esas funciones sublímes tan codiciadas en todos los paises, por cuyo logro como el mas honroso timbre de familia se prodigan tesoros, se emplean dádivas, y se usa todo género de condescen-

dencias con el pueblo, reciben aquí su paga; y se codician por el salario.

Con estas noticias preliminares puedes considerarte al alcance de percibir la narracion histórica de mis sucesos que reservo para otro dia, que probablemente te escribiré desde el alcazar de Isabela, ó desde el gran monumento de Filipo. Entretanto, amada hermana mia, dulce compañera de mis mas preciosos dias, tomando leccion en mí para tu gobierno sucesivo, y encomendándome con los de casa á la misericordia del Todopoderoso, recibe el angustiado corazon de tu afligida hermana

Vitania,

y consuélala en tu respuesta.

CARTAS

DE

LA REINA WITINIA

Á SU HERMANA

LA PRINCESA FERNANDINA

CARTA SEGUNDA.

MADRID
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.
1822.

Palacio de las Vicisitudes 29 setiembre de 1821.

Amada Fernandina: ¿Qué inquietud, qué impaciencia es la tuya para quererme estrechar con tanto empeño á que te refiera muy aprisa todos mis sucesos? En tu curiosidad no desmientes el sexo. Pero ¿quieres por esto que yo apure de una vez la copa de mis pesares y amarguras? mucho pides, y yo no puedo tanto. Así pues, hermana mia, templa, templa un poco tu impaciencia, que yo tengo que ejercitar la mia demasiado para complacerte cumplidamente: no podré hacerlo si no empleo

en ello algunos dias de meditacion, y por lo menos cinco ó seis cartas como la primera, y no tengo el tiempo tan sobrado como te imaginas. Dices que aquella ha llamado tanto la atencion de todos los de casa, que os habeis puesto en congojosa inquietud; y añades que nuestra buena tia está inconsolable, y redobla su devocion á los pies de Jesucristo. Hace bien; no esperaba yo menos. A tí te corresponde tranquilizarla y consolarla: asegúrale que mi alma se encuentra sumamente sosegada; y aunque me dices que no eres tú poderosa para persuadírselo, confírmaselo de nuevo; haz que lea esta carta, y lo creerá ciertamente, porque sabe que los labios de su sobrina jamas han pronunciado la ficcion ni la mentira.

Estrañarás que no te escriba desde alguno de los parages que te indiqué; pero sucesos que yo prevía, y que no me era posible ni debido evitar, me han trasladado á otro punto. Considera pues los gustos y la libertad de los que gobiernan.

Yo deseaba con eficacia visitar y reconocer el alcázar donde la célebre Isabela se ensayó á desplegar las heróicas prendas que han dejado tan grata memoria en los habitantes de esta monarquía, cuyas partes dispersas reunió, estendiendo sus límites prodigiosamente valída de su astucia, de su prudencia y de felices casualidades que diestramente supo aprovechar. Lástima que así como reunió tantas porciones separadas no les diese el impulso de unidad necesario en

todos los estados, y de cuya falta ahora se resienten; pero algo habia de dejar por hacer para que luego la motejasen: sus sucesores pudieron y debieron remediar este daño, y no lo han hecho. Fuí en efecto á ver ese edificio, y cumplí mi deseo; pero el viaje se hizo con tanta rapidez, y en un estado tal de inquietud, que apenas puedo hablarte nada de aquel para mí respetable recinto, construido sobre una escarpada y durísima roca decentemente conservado con los restos primorósos del ornato antiguo, que causan recuerdos siempre gratos y venerables á quien los observa. Cerca de él se admira uno de los monumentos mas auténticos y famosos de la grandeza romana, que testifica la importancia que aquellos dominadores daban al pais

donde lo construyeron.....Pero á tí te llama mayormente la atencion lo que mas á mí me intimida. Oye:

Al segundo dia de mi viaje por las primeras provincias que te dije, llegué á la capital de una, por camino siempre acompañado y no desagradable: los obsequios que me prodigaban crecian mas y mas, y en la ciudad se multiplicaron con el número de concurrentes que la curiosidad acrecentó. Quisieron en ella obsequiarme á la usanza del pais, y para ello me significaron en el idioma que te he dicho, y sabes es comun á las personas de calidad, que habian dispuesto presentarme un combate de fieras: fuí á él persuadida por la idea que de estas luchas tenia de que la pelea sería de bestias á bestias que probasen y compitiesen su feroci-

dad y fortaleza, ó su astucia. Pero ¿cuál fue mi sorpresa cuando apenas me presenté en el balcon, y recibí los obsequios y felicitaciones del numeroso alborozado concurso, vi salir al circo, aguijoneado para mas irritarlo, un animal embravecido de una manera desconocida en nuestros paises entre los de su casta; el cual, buscando en quien saciar el daño del aguijon recibido, arremete furioso contra el primer objeto que corre en su busca á ponérsele delante y burlarlo, que era un hombre con lanza en mano montado sobre un no fuerte caballo? Y salir, arremeter, y caer pór tierra el caballo muerto, el ginete á medio morir, y porfiar la fiera en rematarlo, y acudir otros lidiadores á su socorro, fue todo obra de tan corto momento, que no me

habia dado espacio para sentarme: todo lo cual produjo en mí una alteracion tal, que no fuí dueña de evitar un involuntario estremecimiento, que me dejó atónita, consternada y sin saber lo que me pasaba. Ya no pude ni quise ver mas de aquellos lances. Me retiré un poco para sosegarme, y luego me coloqué de manera que pudiera ver y ser vista del concurso por no hacer desaire á sus obsequios y felicitaciones placenteras, pero sin que mis ojos pudieran traer mas sobresalto á mi corazon. En medio de estas ocurrencias inquietaba mi ánimo la idea de que no estando mi semblante acostumbrado á disfrazar los sentimientos del corazon, ni al disimulo, ni al artificio, debia casi por necesidad aparecer á los ojos de cuantos me miraban y

empleaban todo su conato en agasajarme como una criatura esquiva, insípida, injovial y casi desagradecida ó falta de educacion. No tenia con quien consultar, ni de quien aconsejarme: casi ninguno me entendia; y yo mucho menos á los que me hablaban. La accion muda era la única expresion que suplia; y esa en mi situacion ¿cuál habia de ser? Deseaba corresponder con mi agradecimiento á las expresivas demostraciones de aquellos sencillos moradores, que en mi obsequio empleaban los únicos medios que tienen de costumbre: no era culpa suya que éstos no me pudieran ser agradables: debia yo pues manifestar cierto aire de satisfaccion; pero mi corazon estaba afligido. ¿Qué hacer en tal caso, Fernandina? En todos los momen-

tos mi alma acudia á la Bondad suprema, suplicándole con mas y mas instancias se dignase derramar sobre su sierva el mas necesario y precioso de los dones de su Espíritu Santo; aquel don sazonador de todas las virtudes, conciliador de todos los estremos, la Prudencia; esta prenda sin la cual nos perdemos á cada paso, y que en aquella ocasion era para mí tan indispensable como que estaba en riesgo de desacreditar la educacion que hemos recibido, y mi propio decoro, si no procuraba llamarla en mi auxilio. En fin, se acabó aquel dia como Dios quiso, y al siguiente continué mi viaje, internándome por otras provincias, en las que advertí mas desaliño, mucha pobreza, y sobre todo una despoblacion asombrosa, que me hizo concebir

malísima idea de la administracion del reyno. Tal vez anduvimos el espacio de doce millas ó mas por campos solitarios y desiertos, donde no se halla poblacion pequeña ni grande: y al cabo de esta distancia solíamos dar en algun grupo de chozas, cuya agreste construccion y toscos arreos podian compararse con lo que nos cuentan los viajeros de los aduares de los cosacos, tártaros y kalmucos.

Como yo no entendia ni me entendian el idioma, en el estraño lo hacía con alguna dificultad, y no tenia persona de confianza con quien conversar, caminaba como una muda; pero esto mismo dejaba mi imaginacion mas desembarazada para reflexionar sobre cuantos objetos se presentaban á mi vista, y examinarlos con mas aten-

cion. Aunque advertia los paises casi desiertos, no obstante pocas veces faltaban gèntes por donde yo transitaba, que atraidas, como te he dicho, por la novedad y curiosidad salian á nuestro encuentro desde largas distancias: observaba mucho sus fisonomías, y procuraba leer y descubrir por ellas el fondo de los interiores, y la mayor ó menor sinceridad de las demostraciones, en lo cual habia siempre una notable diferencia entre los rústiços y sencillos aldeanos, y los habitantes de ciudades ó poblaciones grandes, las cuales son poquísimas por este tránsito, y no buenas.

Por fin llegué á un parage donde me esperaban un cuñado y una cuñada: despues de los abrazos y salutaciones que puedes discurrir, y de comer juntos, seguimos

la marcha hasta que en otro, no lejos de la capital, nos salieron al encuentro mi esposo, los otros cuñados, mucha comitiva suntuosa y numerosísimo pueblo, que nos acompañó entre el estruendo y la alegría hasta la habitacion donde yo debia hacer noche, y prepararme para entrar en la capital, que es en un sitio ameno aunque desierto.

¿Te sabré yo pintar el estado de mi imaginacion en aquella noche? No será fácil: la multitud de ideas y reflexiones que de tropel me asaltaron fue como un torbellino que me tenia aturdida y fuera de mí. Eché muy de menos en aquella ocasion á mi aya: me parecia que hubiera hallado en ella desahogo y alivio; pero no teniendo á quien volverme, Jesucristo fue mi refugio: á él dirigí mis coloquios.

Pasé la noche sin que mis ojos se cerrasen. La algazara y voces del gentío anunció la venida del dia: todo se puso en movimiento; dí gracias; me preparé para asistir al sacrificio de la misa; en ella recibí la Santa Eucaristía, y desayunada en seguida, me puse al tocador para ataviarme segun requerian el dia y las circunstancias: y ya me tienes en una situacion harto delicada y muy poco envidiable. Iba á empezar las funciones del destino á que era llamada, y cuyo ejercicio desconocia. Debia presentarme en la Córte, á la faz de lo mas selecto, escogido y artificioso de la sociedad; donde todo se investiga, todo se analiza, todo se observa; nada se tiene por indiferente ni insignificante: una mirada, el mas pequeño movimiento de fisonomía, la menor de-

mostracion se califica y gradúa: ni se mira ni aun se pestañéa sin que mil ojos astutos y ansiosos de penetrar hasta lo mas recóndito del alma acechen y espíen para formar juicios y deducir consecuencias, que no pocas veces influyen en la suerte de las criaturas, y aun de las naciones. Subimos, pues, en un magnífico coche tirado de arrogantes caballos: en otros proporcionalmente lucidos se acomodó la comitiva; y acompañados de un pueblo numerosísimo y alborozado, anduvimos cosa de cuatro millas por un hermoso tránsito á orillas de un rio no crecido, pero de márgenes amenas y frondosas, hasta llegar á las puertas de la capital. ¡Oh hermana, y cuántas cosas echaba yo de menos entonces enmedio de un fausto tan magnífico y de un estruendo tan

nuevo para mí! Felicitada y cumplimentada por las autoridades con arengas, que no comprendí, pero que presumo contendrian las generalidades insignificantes que para tales casos han establecido la urbanidad y la etiqueta, durante cuya pausa un gentío inmenso se agolpó á observar atentamente mi semblante y fisonomía, comenzamos á atravesar la poblacion. ¡Ay cuánto réparé y cuanto ví en este tránsito! Entonces me fué útil la ignorancia del idioma: yo ni hablaba ni entendia; pero fijaba la atencion en todo. Observé el numeroso gentío de la poblacion, que será próximamente de ciento cincuenta mil almas, y este dia no bajarían de doscientas mil, agrupado por la carrera, voceando festivo y alegre; pero formando la mezcla confusa de ciudadanos y

trages una igualdad y una variedad tan grata y amena, cual no se advierte en ninguna otra Córte del universo: yo nunca habia visto á las varias clases de ciudadanos hermanados con tanta franqueza y familiaridad. Muchas calles, especialmente las que aquel dia atravesamos, son suntuosas, los edificios regularmente buenos; y adornados y ocupados por personas ataviadas, alegres y bien parecidas, tenian un realce imponderable, y ofrecian un espectáculo sobremanera maravilloso y agradable. Calles y casas son en mucha parte, aunque vistosas, de figura irregular, y las mas de las primeras tienen un declive, que al paso que facilita su limpieza, las aleja de aquella regularidad monótona é insípida que suele cansar en muchas po-

blaciones de otros reynos. La atmósfera que aquí se goza es constantemente despejada y alegre: el sol la ilumina todos los dias del año sin celages ni estorbos, y aquél dia brillaba sereno y alegre.

Ademas de estas cosas que veía, yo observaba, examinaba y estudiaba otras. Se me figuró leer en los semblantes y en los aplausos de las personas que descuellan algo sobre la plebe, alguna cosa mas de lo que la escena requería: reparaban como con estudio en mi fisonomía. No hacia yo menos: se me antojaba leer en sus rostros cierto deseo de que mi llegada fuese ocasion de alguna variacion ó mudanza política, y como que analizaban el mio para indagar si yo era capaz de ocasionarla, y para concebir ó no esperanzas. ¡Triste de mí! En fin,

entre las gentes que componen la sustancia y nervio de la sociedad reparé algo de extraordinario, y que apenas reynaba por allí la indiferencia. Atravesada de este modo la Córte, llegamos al palacio. Yo no ansiaba mas que quedarme sola un rato; pero no lo pude conseguir. Siguiéronse unas escenas á otras (entre ellas las que te referí del teatro) hasta que solemnizado mi casamiento y bendecido con las ceremonias sagradas de costumbre, quedé al cabo de dos dias en disposicion de volver en mí, tranquilizarme, y meditar sobre las cosas pasadas, presentes y venideras.

Estos son, hermana, los pormenores de mi viaje, que, tales cómo se consideren, poco ó nada interesarán á quienes no tengan ni tu curiosidad, ni tu interes en la

suerte de la que tanto te estima y tan tiernos suspiros le cuestas.

Tú juzgarías (¡y quién no se forma semejantes ilusiones! yo un dia tuve el desvarío de esperarlo) que llegada á este punto, colocada en el trono de la dicha, mis esperanzas y deseos serían satisfechas y cumplidos, sin que nada tuviese ya mi alma que apetecer mas que perpetuar los momentos de gozo y de alegría, alternándolos con el ejercicio del bien obrar y con el deleite de hacer felices, único que satisface cumplidamente el corazon. Pero ¡ay! que aunque tantos libros, tantas historias y sucesos podrian desvanecernos esas ilusiones, parece que todos queremos probar fortuna, ser excepcion de la regla comun, y no aprender sino á costa de desengaños propios,

causarme pesadumbre. No obstante yo veía aumentarse en todos la zozobra y el desasosiego, y no podía tranquilizarme por mas que aparentasen serenidad en mi presencia. Procuraba consolar á mi esposo; pero las frecuentes reuniones que tenía con sus secretarios, que aumentaban la perplegidad y la zozobra, me dieron á entender que se trataba de asuntos graves, cuyo orígen habia yo de buscar en principios mas elevados, y que debian tener raices harto profundas. Hícelo así: traté de investigar los sucesos políticos de esta nacion, analizarlos, recorrer su historia, y combinar el enlace que tenian sus ocurrencias particulares con los grandes sucesos del resto de las naciones, cuyo conocimiento sabes que nuestros mayores han procurado

que nos fuese familiar y formase una parte principal de nuestra educacion. Mas no extrañarás que te repita cosas que tú sabes perfectamente, pero que no pueden menos de referirse por el íntimo enlace que tienen con las que deseas saber.

Desde que Jesucristo enseñó su doctrina no era dudosa la regeneracion de la especie humana: la ilustracion, la igualdad, la libertad, la tolerancia, la beneficencia y los demas principios consiguientes debian un dia extenderse hasta los últimos rincones de la tierra. Pero si sus máximas, difundidas con prodigiosa rapidez por los zelosos discípulos que inmediatamente recibieron de él su divina mision, hicieron en poco tiempo rapidísimos progresos, tambien luego se paralizaron, porque los medios de difundirlas y

hacerlas transmitir no eran fáciles ni seguros: faltaba á la humanidad un vehículo de comunicacion: las vicisitudes, la ignorancia y el interés se habian conjurado de consuno para inutilizar aquella obra. Mas despues de algunos siglos de luchas y oscilaciones apareció la imprenta en el mundo (tú sabes cuándo, cómo, dónde, y las personas que este bien le trajeron). Desde entónces todo debía cambiar y cambió: vulgarizada aquella augusta doctrina, y extendidos los principios del órden social que de ella emanan, los errores habian de disiparse, y los pueblos habian de querer ser gobernados por principios mas razonables conforme á las nuevas ideas y luces que iban adquiriendo. Los progresos de éstas eran mas ó menos rápidos segun los obstáculos que encontraban en la te-

nacidad, en el interés ó en la ignorancia; pero nunca dejaron de caminar ácia su fin. Con la imprenta empezó la reforma de las ideas políticas y religiosas: á la par de ella han seguido á todas partes; y juntas habrán de caminar hasta dar término á su obra. La imprenta fué acogida con empeño en algunas partes; en otras favorecida por orgullo y ostentacion; en otras contrariada por ignorancia y apego al mando despótico. Bien sabes la historia del monarca fastuoso que por hacer brillar su Córte sobre todas (en lo cual lisonjeaba la índole inquieta y vanagloriosa de su nacion) favoreció á los poetas, á los literatos y á los filósofos, que á vueltas de los elogios desmedidos que le prodigaban, sembraron los nuevos principios del órden social que ya otras

naciones habian ventilado, pero que del todo no se habian puesto en práctica, y que á esa nacion le enseñaban la contradiccion que habia entre el hecho y el derecho. Despues de su fallecimiento sus sucesores ya tuvieron que luchar continuamente con ese contraste de ideas. El choque aumentó como siempre la resistencia y la obstinacion, y avivó los deseos de ensayar la novedad, hasta que por fin llegó el famoso rompimiento que todavía habia de añadir nuevo impulso, y dar mayor rapidez á las reformas sociales. Todo el mundo se alteró; pero la lucha era entre la luz y las tinieblas, y su éxito no podia ser dudoso, porque éstas se disipan á la salida del sol. Hizo esta nacion á que yo he venido, como otras, sus esfuerzos para sofocar lo que

no podia ser sofocado. Mas el Gobierno conoció su debilidad, y que ya no podia sacar de sus individuos así gobernados gran partido. Procuró pues un acomodamiento que le dejó arrastrar una existencia lánguida y casi precaria. En ese intermedio sabes que la casualidad ó la Providencia colocaron á la cabeza de la inquieta nacion al Hombre cuyos hechos están todavía muy recientes para que puedan ser medidos ni graduados; el cual, sacando aquel pueblo de sus límites, le extendió por casi todas las partes del mundo civilizado, superando cuantos obstáculos se le opusieran con rapidez y facilidad inconcebibles. Sabia el astuto que lisonjeaba á los pueblos pregonando los principios liberales, y ensayando ponerlos en práctica, y de ese mo-

do desarmaba á sus contrarios, que no se atrevian á hacerle frente, ó eran víctimas de su valor y sabiduría. Así los cortos años de su poder valen por siglos en la mutacion de las ideas: ellas desde entonces giran y regiran sin cesar, van y vuelven incansablemente desde las chozas hasta los palacios, desde las majadas pastoriles hasta los divanes y senados; pero con una precipitacion desconocida hasta el siglo de este Hombre solo, y que ya no ha de dejar en sosiego á los demas hasta llegar á un término de todos ansiado y á todos mútuamente ventajoso, que concilie el interes y el respeto de los que mandan con el interés y la libertad de los que obedecen; refrenados empero los prestigios y las ilusiones exageradas de unos y otros.

Había aquí otro, que gozando de gran privanza y favor con sus monarcas, llegó á manejar casi esclusivamente el timon de los negocios: hombre en mi juicio (segun lo que diligentemente he averiguado) de genio despejado, de no grande instruccion, pero de buenos deseos: á quien atribuyen crímenes famosos que yo no encuentro en la série de su administracion. Veo que los amantes de las reformas le culpan de las pocas que hizo con tanta autoridad; que los enemigos de ellas le culpan de haber hecho demasiadas: y yo presumo que en medio de esta situacion, que él conocía, hizo lo que pudo hacer. En cuanto á las dilapidaciones, traiciones, excesos, &c. que le atribuyen, ¿quién hace caso de vulgaridades? Bastábale tener favor, po-

der; y haber hecho beneficios para crearse ingratos. ¿Qué culpa podía tener él de que una nacion, que puede alimentar 40 millones de ricos habitantes, no tuviese sino 10 de pordioseros? ¿qué parte podia tener en lo disparatado de su organizacion anterior? ¿ni qué dilapidaciones necesitaba para estar exhausto un erario cuyos gastos fueron irremediablemente dobles ó triples que sus ingresos por espacio de diez ó mas años? Como quiera que sea, la nacion se cansó de su privanza (¿y de qué no se cansan los pueblos?); mas en su época se alimentaron é introdujeron aquí todas las doctrinas y teorías que habian circulado por los otros pueblos, al través de la vigilancia de un tribunal encargado de rechazarlas y castigarlas:

él se preciaba y vanagloriaba de buscar, protejer, estimular y poner á cubierto de las asechanzas de aquel tribunal anonadado á los literatos que procurasen adoptar y difundir por esta patria las doctrinas regeneradoras. Eran ya comunes entre todos los que estudiaban y leían; cuando no satisfecho el Hombre del siglo de la aparente amistad y bajas deferencias que este gobierno le mostraba, ostigó su paciencia para provocarle á una lucha, cuyo éxito no le fuera dudoso. Mas este débil gobierno, sin valor para hacerle frente, desconceptuado, envilecido, se dejó sorprender y aprisionar en su propio trono. La nacion magnánima sintió el peso de esta afrenta ignominiosa; se enfureció, se alzó por rechazarla y castigarla..... Tú sabes lo demas:

escritos están los sucesos; no hay para qué yo te los refiera cuando todo el mundo habla. Hace á mi propósito solamente la influencia que estas novedades han tenido en las que ahora experimento. Muy luego empezaron á desplegarse y vulgarizarse las ideas que hasta allí estuvieran encerradas en las aulas, gabinetes y academias. Los dos gobiernos beligerantes aquí formados empezaron á difundir estas ideas muy aprisa entre la multitud para lisonjearla y atraérsela. Los medios empleados por el invasor no eran pequeños ni desacertados: ganóse un partido entre la secta de literatos, que á haber triunfado, habrian sido tan orgullosos é intolerantes como ahora son sus contrarios. El bando de éstos se acrecentó tambien, y empezaron

unos y otros poniendo en ridículo y abominacion el régimen de servidumbre y oprobio que á tal extremo les habia conducido: bendiciendo unos la mano del Héroe que había venido á poner término á su vilipendio y á sus males; y prometiendo los otros que ya en adelante se sujetaría la autoridad del trono en términos que no se temiesen las privanzas odiadas, y que se asegurasen irrevocablemente las libertades públicas. Unos y otros, ó, por mejor decir, las mismas ideas por ambos partidos difundidas ganaban terreno: el prestigio de algunas ventajas reales; la pronta aplicacion de la pena á los delincuentes, que los invasores amaestrados por la necesidad y la experiencia establecieron; la rápida enagenacion de bienes na-

cionales que procuraron; la actividad en la administracion buena ó mala, todo parecia bien á muchos; y ambos partidos á su modo contribuyeron á que la masa general de la nacion tomase conocimiento y se empapase en las doctrinas que hasta allí desconocia. El invasor por especulacion les dió una ley fundamental: era necesario que los invadidos se formasen otra á su modo. Pudiera analizarte el mérito y los defectos de cada una; pero lo omito por ahora. Despues de los lances que sabes, aquel poder colosal se anonadó, y sobre sus escombros se alzaron otros no mas justos, aunque menos útiles. Esta patria se halló al mismo tiempo libre y con una ley fundamental formada, que en el regocijo de su libertad no podia parecerle mala, aunque

no la entendiese: mirábala como un don del cielo. Sin embargo, no tardó mucho en conocerse que era poco menos que impracticable, pues contrariaba demasiado los intereses, las opiniones, los hábitos y aun los privilegios; y falta ademas la nacion de un gefe vigoroso que la pusiera en ejecucion, empezó á producir la contradicion, la rivalidad, las animosidades, y casi la guerra civil. Los partidarios del nuevo régimen se distinguian con su nombre; y con el suyo se distinguian y vanagloriaban los aferrados al antiguo: en fin, todo iba á presentar un caos, cuando el heredero legítimo del trono, á quien no se le suponia parte en los desmanes y desaciertos atribuidos al último gobierno que destruyó el invasor, y por cuyo jóven habian

suspirado los habitantes, porque le amaban tiernamente, libre del poder que lo aprisionára, se presenta en las fronteras, y todos miran en él un iris de paz, una señal de consuelo y una tabla de salvacion. ¡Pero ay! preséntase éste en la capital de una provincia: corren en su busca no pocos ambiciosos, muchos bribones, algunos tontos, y pocos hombres de bien; pero todos pertenecientes á la faccion humillada, ansiosos de sobreponerse á la otra para humillarla, y de hacer al monarca instrumento de su mal deseo.

He aquí á este gefe incauto y mal enseñado, despues de escuchar mil pareceres mas ó menos desatinados ó cuerdos, pero todos sin conducto ni fórmula, ni aun apariencia legal que en ningun tiem-

po le pusiesen á cubierto, adoptar el mas estúpido y funesto, porque era el que mas le lisonjeaba. ¡Infeliz! ¡No sé, hermana, si te asegure que aquel dia comprometió para siempre su reputacion y su tranquilidad! Hizo algunas promesas; ¡pero ah! ¡que el nombre, la sombra de lo que habia prometido le estremecia! Despues no las cumplió: ocupó al parecer con aplauso de la multitud fascinada un trono que ya no podia ser dirigido como en los tiempos remotos; y quiso que aquellos volviesen *como si otros no hubieran pasado.* ¡Qué insensatez! Llamó, ó le hicieron llamar *tiempos buenos y felices* á los que hasta entonces la nacion toda habia maldecido: humilló y persiguió á la faccion dominante para contentar á la que se le agre-

gó. ¡Oh desacuerdo fatal! Restableció instituciones despreciadas por la opinion: hizo devoluciones innecesarias, y dió recompensas desmedidas, que habian de convertirse en aumento de las urgencias del erario, y privarle por consecuencia de muchos recursos oportunos. En el régimen judicial y administrativo restableció la mezcla y confusion que de antiguo traían un semillero de desatinos. Estaba de largo tiempo la administracion de la justicia en un caos inexplicable. Ya te dije que componiéndose esta monarquía de otras muchas unidas en diversas épocas, y que habian conservado en gran parte sus instituciones, leyes y usos, resultaba una desconformidad enorme en su conjunto: y añadiendo á ella la de las leyes de distintas

épocas, y la multiplicidad de fueros particulares ó escepciones del derecho comun, establecidas en favor de categorías y clases privilegiadas, cuyas jurisdicciones no bajarian de 24, se habia aumentado la incoherencia y la confusion de un modo inconcebible. De todos los códigos formados en una serie de 13 siglos ninguno se habia abolido: unos hacian referencia á otros, ó se malcopiaban ó modificaban sin enlace ni conexion: y á ellos se habia agregado una coleccion dispersa de órdenes, cédulas reales, decretos, reglamentos, instrucciones y determinaciones particulares y generales (que valian por leyes) que reunidas no bajarian de 75 gruesos volúmenes en folio; en cuyo cúmulo infinito y monstruoso encontraban cuantas

contradiciones podian apetecer los jueces para juzgar conforme á sus deseos, ó á las insinuaciones de quien tenia medios y valimiento. Las penas señaladas por muchas de aquellas leyes de tiempos bárbaros á los delitos, como quiera que no estuviesen abolidas por nuevos códigos, eran sin embargo variadas ó mitigadas por la fuerza de la opinion y de las luces; y para ello se sustituyó á la ley escrita la arbitrariedad de los jueces coloreada con el honesto nombre de *prudencia*. Así fue que en los tiempos modernos para salvar la falta de oportunas leyes, que refrenasen ó castigasen, se acostumbró estatuir que las penas serian aplicadas *á arbitrio del magistrado, y conforme á la gravedad del exceso y á la calidad de las per-*

sonas. ¿Qué tal, Fernandina? Pues asómbrate mas: Ningunos medios efectivos de correccion se conocian, ni estableció el monarca para impedir los grandes crímines y escusar los grandes castigos, sin embargo de que para todo habia tantas y tan variadas determinaciones legales.

Pero crecerá todavía tu sorpresa al saber que esa masa inmensa y deforme de leyes sigue hoy mismo en vigor, á pesar de cuanto algunos juiciosos han declamado contra ellas, y de que sus daños se dejan sentir á todas horas y en todos los puntos de la monarquía; mas con la diferencia notabilísima de que habiéndose abolido por la nueva ley fundamental la facultad de fallar *prudencialmente* sin haberse antes formado ó redactado leyes adecuadas al si-

glo, costumbres, &c. se ha venido á dar hoy en otro escollo no menos funesto, que aumenta el rigor de la situacion, y dá gran pábulo á la fermentacion é inquietud general. Los tribunales justamente separados de la intervencion en los negocios gubernativos se creen desayrados ante la sociedad, y no estan en perfecta armonía con el nuevo órden de cosas. A los jueces, amenazados á cada paso con la responsabilidad, les sale continuamente al encuentro la ley que proteje ilimitada ó indeterminadamente la libertad individual de los ciudadanos: y entre esta coartacion y aquella inmensidad de malas leyes la administracion de justicia está mas obstruida y embrollada que estuvo jamás: las fórmulas en vez de simplificarse se han multiplica-

do y encarecido. De aquí el diluvio de quejas, de recriminaciones, de amenazas y aun ataques que caen sobre el poder judicial, que le tienen en apuro y consternacion. Las bocas y las plumas se han desencadenado contra él, y los aceros amagan atentarle; y como el espíritu de faccion agita todos los ánimos, cada uno quisiera (ejerciendo la mas bárbara tiranía inquisitorial) que el rigor de las leyes guardára y descargára toda su furia contra los que no son sus secuaces: si no cumplen este frenético deseo, se acusa á los jueces de morosos, parciales ó contrarios al régimen adoptado. ¡Ay! el monarca sin aplicar la mano con tiempo á la reparacion de estas faltas, descuidó otros muchos objetos de no pequeña importancia, cuidó de

muchos que ninguna merecian: hizo en fin, arrastrado de malos aconsejadores, de lisonjeros indecentes y estúpidos, todo lo que pudo hacer para algun dia caer en un abismo de donde no le fuera fácil levantarse. Rodeado contínuamente de esas gentes sin concepto ni provecho, ¿qué habia de suceder? No hubo por ventura entre tantos menguados ninguno que dijese á este infeliz monarca: *No persigas, que te pierdes. No reines sobre una faccion, porque serás víctima de otra, como lo han sido, lo son y lo han de ser irremisiblemente todas las que se complazcan en la opresion agena. Reina sobre toda la nacion, reúnela, reconcíliala: dirige sus destinos ordenadamente; cumple tus promesas antes que te las haga cumplir la necesidad, y pierdas la influen-*

cia, el crédito y el ascendiente que no volverás á recobrar. No sé si hubo quien tal le dijera, ni si él prestó oidos á ello. Lo cierto es que no puso en práctica esas máximas saludables: que siguió contentándose de su determinacion, sin prever consecuencias muy fáciles de preverse; que castigó, premió, recompensó, agració con espíritu de parcialidad. ¡Ay infeliz, y mil y mil veces infeliz! ¡Oh falta imperdonable en los gefes de los estados y aun de las familias! No; era imposible que esta falta dejase de costarle carísima. Así proporcionó él mismo el triunfo á la faccion contraria: autorizó sus quejas y sus razones; se privó de todos los medios de contrariarla, y ella con la persecucion santificó hasta sus desaciertos. El éxito que tuvo la faccion á

cuya cabeza se puso, fué el que debia tener, y el que tendrán perpetuamente todas las que sigan el ejemplo de perseguir é insultar. No sabian aquellos necios (ni saben muchos ahora) que las facciones que dominan, cada dia van perdiendo terreno, entre otras razones, por dos muy poderosas: la primera, porque el pueblo se cansa muy aprisa de todo, hasta de la felicidad, que nunca conoce ni confiesa; y la segunda, por el principio que te dije en mi carta anterior; esto es, que siempre se cansa del gobierno que le dirije, atribuyéndole la causa de los males que no quisiera tolerar. Ademas chocaba demasiado aquel régimen tonto y desatinado con las luces y principios difundidos en la nacion por algunos años. ¿Qué mutacion de ideas

no se habia hecho? ¿Quién habia de ser el fátuo que creyese que podria con serenidad y seguridad seguirse gobernando el estado al uso antiguo, ó así como aquí dicen *á ojo de buen cubero*, que es decir de cualquier manera? Lo que hicieron por ese medio el gefe y sus desatinados consejeros fué privarse del ascendiente necesario y de los medios á propósito para correjir, arreglar, contener y moderar los disparates y excesos de la faccion contraria, á lo cual mañosamente parece debieron dirigir sus conatos, empezando por acariciarla, contenerla y sacar de ella todo el partido posible (que no hubiera sido dificil). ¿Pero quién pide nada bueno ni oportuno á los necios? ¿ni quién enseña á los presumidos cuando tienen la autoridad?

Y tal era la necia confianza y la ceguedad en que vivia este gobierno, que yo ciertamente me maravillo al considerarlo; porque habiendo averiguado la série de conjuraciones y planes trazados para su ruina, he hallado que no pasaba año sin que estallase alguna grande, ni mes, ni semana, ni dia en que las chispas del fuego subterráneo dejáran de advertirse por cien partes. Tal vez hubo quien vaticinase y les previniese el resultado que todos sus errores podian tener para que obrasen con mas cordura; y despreciado, dijo: *Piérdase todo, y perdeos, pues lo mereceis, hombres estúpidos;* y luego trabajó á favor del bando contrario, viendo la incorregible dureza del dominante.

He aquí el triste estado en que tu hermana empezó su vida públi-

ca: he aquí el orígen de la zozobra é inquietud que yo advertia: zozobra que luego comprendí no podia calmarse, y que para mí ya no tenia remedio: conocí bien todo el rigor de mi situacion, y el estado de las cosas; manifestaba ignorarlas ó no comprenderlas; era ya esposa; debia consolar á mi marido; no queria mezclarme en los asuntos políticos que con estudio me ocultaban, aunque no me eran ignorados. Los cuidados crecian; los apuros del erario eran espantosos; el descrédito del gobierno no le dejaba recurso para nada; la sumision de las provincias y pueblos era tan remisa y perezosa, que anunciaba una próxîma desobediencia. Las reuniones y consejos eran muchos; los pareceres discordes; los hombres de luces se escusaban de dar dictá-

men viendo que se les llamaba tarde é inoportunamente. Los temores crecian y el desórden tambien: en fin, un desconcierto, una dislocacion universal parecia irse anunciando.

Para colmo de los apuros y empeños se habia formado aquí el insensato, el temerario ó mas bien ridículo proyecto de reconquistar unas dilatadas posesiones, que, como te dije, se habian emancipado, y que ya no era posible bajo ningun aspecto que tolerasen depender de una nacion cadavérica, que no solo no podia dispensar proteccion á nadie, pero ni aun enderezarse á sí misma, ni llenar sus propias necesidades. Una nacion que tiene desierto y abandonado su propio suelo: que no sabe fabricarse las telas con que se ha de cubrir, ni los muebles que

ha de usar, ni las herramientas para construirlos, ¿no es de ridiculizar que todavía en el colmo de su miseria y abatimiento, cuando ni aún sus costas tenia seguras de los mas pequeños piratas, y despues de habérsele frustrado cien tentativas ruinosas, y experimentado reveses terribles; intentase invadir y conquistar de nuevo las dos quintas partes del globo? Ciertamente, hermana, que cuanto mas medito estas cosas, mas crece mi admiracion de ver adónde llegan los descabellamientos humanos y la embriaguez de dominar. ¿Qué querias que sucediera? Cansados todos de todo, rompieron el freno de la obediencia. Entre tantas tentativas para mudar un gobierno desconceptuado se formó una ramificada en todas las provincias con

su centro en la corte, que con suma facilidad lo consiguió: su apoyo estaba en las huestes destinadas á la gran conquista: dieron éstas la señal pregonando la ley fundamental que les fuera incautamente abolida y privada con pena de muerte. (Sin esta prohibicion se habrian hartado de ella hasta la náusea: así son las cosas). Ya todo fue aturdimiento y confusion: las personas sensatas (hasta las que conocian que el cambio no podria de ningun modo dar sosiego ni felicidad á su patria) volvieron las espaldas á un gobierno que nada habia sabido hacer, y cuya opinion se perdió tan perdida, que cualquier mediana persona se hubiera avergonzado de ponerse á su lado para sostenerle, y ninguno tuvo valor para hacerlo. Lo que yo su-

friria en tal coyuntura, y á los cuatro meses de separarme de vosotros, es mas para que tú lo consideres, que para yo referírtelo. Todavía se intentó emplear la fuerza para apagar este fuego, y así se añadió mal á mal; porque manifestada una obstinacion impotente y nula, acabó de dar en tierra con la menguada reputacion del gobierno, y le hizo caer en la odiosidad y en la ridiculez. Las tropas destinadas á sofocar el alzamiento allanaban á las otras el paso, y les indicaban el camino de seguridad que habian de seguir para salir adelante con la empresa, que en verdad por esta razon ni fue tan árdua, ni tan peligrosa, ni tan heróica como se ha ponderado; porque para derribar al caido poco esfuerzo se necesita. Ninguna resis-

tencia encontraron. La tempestad que amenazaba cubrió rápidamente todo este horizonte: mi esposo, sus hermanos, sus consejeros, ni supieron preyenirla, ni conjurarla: quedaron aturdidos: vínoseles encima la nube, y descargó sobre ellos tan de recio, que los dejó atónitos y abismados, cuando ya estaba atada al carro de su suerte tu desdichada hermana

Vitinia.

CARTAS

DE

LA REINA WITINIA

Á SU HERMANA

LA PRINCESA FERNANDINA

CARTA TERCERA.

MADRID
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.
1822.

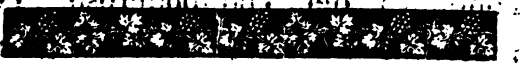
Biblioteca Nacional de España

CARTA

DE LA REINA

DE LA PRINCESA DE LUSIA

MADRID
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.
1830.



Monumento de Filipo 5 noviembre de 1841.

Hermana querida: Hace unos dias que disfruto de un sosiego y recogimiento de espíritu que me satisface: mi alma se eleva frecuentemente á su Criador, y le adora en el parage de la tierra que cree mas á propósito para adorarle: en el mas propio para poseerse de un augusto temor y de un santo respeto. Sí: todo cuanto me rodea en este suntuoso edificio y su magnífico templo me inspira pensamientos sublimes, y me llama á la contemplacion de la grandeza y de las

bondades del Todopoderoso. Yo prescindo ahora de si este gran monumento es un testimonio del orgullo mundano, que indica la soberbia del que lo erigió, su prepotencia, su imperio absoluto sobre los demas mortales, el abuso con que lo ejercía por complacerse á sí mismo; y de si este fastuoso poder hubiera sido mejor empleado en otros objetos mas beneficiosos á la humanidad: en fin, prescindo de considerar este monumento por la parte política y económica; y me place ahora considerarlo solamente por el lado de los sentimientos religiosos que inspira.

Asegúrote, Fernandina, que á pesar de haber visto, como sabes, cosas famosas en esta línea, y de que habia leido con anticipacion

descripciones de obra tan grandiosa; al mirarla de cerca quedé asombrada. Entré por la puerta principal en un patio que sirve de ingreso al templo, y cuya magnitud, ornato y sublime construccion preparan el ánimo anticipadamente, llenándole de un sublime respeto que le pone en disposicion de penetrar con cierta timidez á tributar homenage y acatamiento al Hijo de Dios que dentro habita. Pero pasando adelante, caminando por bajo de las bóvedas siniguales del pórtico, llegando á descubrir el edificio que sirve de morada al Santo de los Santos, todo lo anterior y todo cuanto se ha visto en el mundo parece pequeño y mezquino. Te afirmo que apenas acertaba á dar un paso adelante á pesar de la suavidad y lisura del incomparable pa-

vimento; el respeto embarga mis pasos. El ánimo allí se confunde y anonada: las personas aparecen en su verdadera pequeñez. Y no es la magnitud colosal y gigantesca solamente lo que se admira; lo que eleva y enagena el espíritu es la magestad de la construccion, su arrogancia y valentía; la solidez de la materia, la sencilla gravedad del ornato, la regularidad de las formas, la exactitud y perfecta consonancia de proporciones de todas las partes que componen este conjunto portentoso. En fin, parece que el diestro artífice como que se propuso al tiempo de su ejecucion presentar á los ojos de los mortales una idea material y demostrativa de la inmensidad, de la omnipotencia y de la perfeccion del Autor de la

naturaleza á cuyo obsequio lo consagraba. Las partes accesorias responden perfectamente á la principal y al objeto.

Este monumento con cuantas riquezas y preciosidades naturales, artísticas y sagradas en él se encierran (que son inenarrables y solo para verse) le puso su fundador en manos de una reunion de individuos, que consagrando su vida toda á custodiarle y tributar alabanzas á Jesucristo, ha llenado su intencion en mi concepto mejor que la habria llenado ninguna otra clase de individuos de la sociedad. Todo se ha conservado íntegro hasta estos últimos tiempos; pero prodigando su examen y reconocimiento á cuantos le han deseado ver con un desinteres y afabilidad sin ejemplo. Han tenido siempre indi-

viduos destinados á satisfacer hasta la nimiedad los deseos y la curiosidad de cuantas personas de cualquier clase han querido escudriñar y admirar tanto portento; pero individuos no acostumbrados á usar de las rateras socaliñerías y tráfico indecoroso que sabes suelen emplear en todas las naciones los destinados á custodiar algo que llame la atencion de los curiosos por pequeño que sea. Todo ha sido aquí en todos sentidos profusion y prodigalidad.

Pero la parte mas augusta, y que mas mi alma satisface, es el efecto que en este templo hacen los divinos cánticos que la Iglesia tiene consagrados á nuestro Autor y á nuestro Reparador. Aquellos cánticos, que emanados de la boca de un rey henchido del espíritu

de Dios: de un rey que en la larga y alternada carrera de su vida probó toda la serie de vicisitudes, contratiempos, tribulaciones y bienandanzas que pudieran ponerle en situaciones á propósito para hablar á su Dios de modo que le escuchase, y nos dejase ejemplos y modelos que en todos los momentos nos hablasen al corazon, y los repitiésemos dignamente al Dios de Abraham para que nos escuchase propicio y misericordioso; llenan, consuelan y dilatan el corazon y las esperanzas de los afligidos. Estos cánticos magníficos, acompañados de instrumentos análogos, y recitados con la gravedad, pausa y compostura correspondiente á la magestad del objeto, tienen no sé qué de extraordinario que yo no habia experimentado hasta

hallarme en este lugar; y no sé si te añada que dá algun realce á esta impresion que en mí ocasionan el estado de tribulacion en que á veces me encuentro, y las consideraciones que hago sobre mí y sobre cuanto me rodea.

Estos dias con motivo de la conmemoracion de los Difuntos y de los Bienaventurados, que sabes hace la Iglesia católica, los he pasado casi continuamente recogida allí, y mi alma se ha rejuvenecido y vigorizado: me parecia á veces que las voces del sublime Profeta, entonadas en lo silencioso y opaco de la noche, á la escasa luz de las antorchas, circulando y difundiéndose por aquellos magníficos arcos, bóvedas y techumbres sagradas, ascendian hasta el trono sacrosanto de Jehová, implorando sus miseri-

cordias, é invocando de su clemencia el socorro de nuestras continuas necesidades: mas de una vez las lágrimas han corrido por mis mejillas, hermana querida. ¡Cuánto tenia yo que implorar! ¡Ah.....!

Tú me acusas de que me distraigo del objeto que tanto anhelas: quieres que separe de mi narracion todo lo que no sea la pronta y puntual noticia de cuanto por mí ha pasado y pasa. Déjame por piedad respirar: no me atormentes tú tambien. Yo hallo descanso en apartar la vista y la imaginacion de los acontecimientos políticos. ¡Quién me ha metido á mí en ellos, Dios eterno! ¡Cuántas cosas me veo precisada á referir contra mi voluntad! ¡Cuántos objetos que me rodean é interesan sobremanera tengo que ofender, acaso contra mis

sentimientos y mi misma conveniencia! ¿Y esto por quién y por qué? Por tí, por tu curiosidad, para tu instruccion. Larga violencia y sacrificio me cuestas; pero debó este costosísimo sacrificio á la santa verdad y á tí misma, para que ninguna noticia ni impresion extraña te haga formar errado concepto de cuanto á tu hermana dice referencia.

¿Te sabré yo contar lo terrible y trascendental de aquella crísis que á pocos meses de mi existencia política sobrevino y presencié? Me horrorizo, me estremezco al recordarla: tiemblo comenzar; mas si es preciso acostumbrarme á grandes esfuerzos, sea.

La especie humana, vacilando incierta é inconstante entre deseos, pasiones y esperanzas, no ha en-

contrado (ni esto es posible) un género de existencia social próspero y permanente: aun de este se cansaría, porque el gérmen de la volubilidad reside en el corazon de los mortales. Pero en el mismo flujo y reflujo de la variedad se advierte que en todo el universo han sido mas prolongados y menos turbulentos los gobiernos monárquicos, á pesar de los inconvenientes de que participan, que todos conocen y muchos exageran. Hace algunos siglos que casi no se conocen sino monarquías á que condujo el cansancio y aborrecimiento de las repúblicas. Estas monarquías han estado mejor ó peor constituidas, mas ó menos amplias, con mas ó menos fortuna, pero no exentas de graves inconvenientes: y como justamente estos siglos han sido los

de la propagacion de las luces, se ha hablado mas de este género de gobiernos, y se han pintado sus gravámenes con colores mas denigrativos, porque ya los hombres, olvidados de los males é inconvenientes de aquellos otros, desconocen lo que apetecen, y caminan en pos de ilusiones y de ventajas que ellos mismos con el frenesí y amotinamiento de sus pasiones inutilizarán perpétuamente. Sucede con los gobiernos lo que con los alimentos, que por gratos que sean, muy repetidos llegan á fastidiar, y teniendo maná nos acordamos de la olla corrompida que un tiempo maldecíamos. He leido la historia, y aun he adquirido noticias de lo que hoy mismo pasa en las pocas repúblicas que por su localidad, por su pobreza, por su pequeñez, ó por circuns-

tancias casuales (y de seguro pasageras) hoy existen: las gentes allí viven tan cansadas, que creen ser su país un retrato del infierno, y envidian por lo general la suerte de los que viven bajo los gobiernos monárquicos, aunque sea el de Turquía, y no se creen mas felices.

Es cierto que los abusos de los monarcas, especialmente donde por algunas circunstancias han acostumbrado ejercer una autoridad mas ilimitada, en estos tiempos en que, como te he dicho, las sociedades cultas necesitan ser dirigidas conforme en algun modo á principios conocidos, señalados, prudentes y razonables, han escitado el furor y la indignacion de los pueblos, no sin algun fundamento; y esto los ha constituido á todos en gravísimo peligro. Si conocieran su

interés y el estado de las mismas sociedades que presiden, obrarian esos gefes con suma rectitud, con gran prudencia, y aun con astucia. De otra manera es difícil, es casi imposible que puedan conservar aquel ascendiente, aquel respeto, aquella actitud que es indispensable para su estabilidad y para la conservacion del órden público, que se pierden cuando se pierde el concepto personal, y se acaba el prestigio que casi diviniza la magestad del trono: prestigio que ha inspirado á los pueblos el hábito de una larga obediencia no interrumpida por espacio de algunas generaciones.

Este prestigio, esta especie de adoracion es tan importante, tan necesaria en todos los gobiernos (aun los no monárquicos) que el dia que se llega á desvanecer, puede de-

cirse que se ha desquiciado la máquina, y todo viene á tierra; porque en todas partes la multitud obra, obedece y juzga mas por hábito que por convencimiento: el obrar por raciocinio es de pocos, y acaso este raciocinio los conduce á un refinamiento peligroso para los pueblos mismos: donde falta ese prestigio es necesaria una fuerza superior irresistible que supla sus veces, para que la sociedad no se destruya. No hay otro medio: será una desgracia de la especie humana; pero es desgracia harto evidente, palpable y perpétua. La masa general de los pueblos ó es esclava de sus hábitos y preocupaciones, ó de la fuerza; lo demas es ilusion y charlatanería. Hasta hoy no ha pasado otra cosa en el mundo, ni pasa, ni en algunos siglos pasará. Y

es el caso que muchos viven en el error (y le predican) de que esa veneracion es un tributo usurpado é indebido que los pueblos rinden en holocausto y para provecho de una sola persona ó familia: error ciertamente perniciosísimo y grosero de donde vienen no pocos males; porque ese acatamiento es un homenage sagrado que se ofrece á la conservacion del orden social, á la masa entera de los individuos que viven congregados bajo unas leyes: es un tributo rendido á la ley misma, á la razon, á sus conciudadanos, al respeto de la asociacion entera, al derecho de todos, al mundo, á la seguridad de las familias, á la estabilidad de las cosas, al provecho peculiar de cada individuo, afianzado únicamente en la conservacion del órden público, en la fuer-

za de las leyes, en ese respeto á los encargados de vigilar su observancia y darles cumplimiento; pues en el pais donde no exista ó llegue á perderse sucederá forzosamente lo que entre una familia sin gefe vigoroso que la dirija y dé respeto, ó puesta al cuidado y bajo la salvaguardia de un padre ó gefe desautorizado, vilipendiado y falto de consideracion, donde todo será desprecio, desconcierto, desolacion y catástrofes. Por eso mismo, y porque los hombres, así como de una religion que refrene su interior, necesitan de un prestigio esterior que hiera su imaginacion, y refrene y castigue sus crímenes públicos haciendo aplicar la ley, se ha ideado modernamente (sin poder buscar otro camino) presentar á los ojos de los pueblos la persona de su Gefe

como divinizada y fuera del alcance de la inspeccion de los demas mientras ejerce esas augustas funciones. Pero todavía no está acreditada esta doctrina: no ha pasado de teoría. El hábito es mas poderoso.

¿Y qué perspectiva, qué esperanzas, hermana, se presentarán á mi imaginacion despues de exponerte y conocer estos principios sencillos y ciertísimos, si vuelvo la vista sobre los lances que voy á contarte? Tú lo inferirás y me tendrás compasion.

Llegó el momento: el corage que habia estado comprimido reventó con una violencia igual á la opresion con que habia querido neciamente encadenársele: el rencor, la venganza, el orgullo, la ambicion, todas las pasiones quebrantaron sus diques, y acudieron en tropel á ma-

nifestarse con faz altiva y ceño iracundo en derredor de aquel infeliz á quien un dia condujéran esos mismos menguados seres en fanático triunfo sobre sus espaldas, solemnizando con canciones llenas de vino y de embriaguez la destruccion del edificio que ahora querian levantar presumiendo de mas cuerdos y atinados. ¡Ay de mí! ¿y es posible que yo he de continuar esta historia? ¡Hermana, hermana! ¡tú ignoras lo que me has pedido!

Vieras, vieras despues de haberse apurado ya la copa de los consejos y las contradicciones, y las inútiles tentativas y las necias esperanzas; despues de arrojarse un monarca en medio de un pueblo embravecido sin otro recurso que entregarse á su discrecion; vieras una tarde (¡ay! su recuerdo conmueve

y parece que descoyunta mi máquina) que cambió como yo temia y esperaba toda la escena, ¿pero de qué modo?..... Permíteme que te omita pormenores horrorosos, blasfemos, impíos é impúdicos que ni puedo contar, ni te dejarían continuar la leyenda, por mucho que la apetecieses. Basta decir que allí acabó el respeto y el prestigio: despojado de él el monarca, fué ya por una consecuencia necesaria considerado desde aquel momento hasta por la ínfima plebe como un hombre; pero un hombre ajado hasta el vilipendio, que en adelante habia de vivir de hecho sujeto y preparado á sufrir todo género de reconvenciones y denuestos, por mas que la ley hable en contrario. ¿Quieres mas? ¿te he confesado bastante? ¿No te dije que te habias de entristecer? Me dirás

(parécemе que te oigo) que quién tiene la culpa de todo sino ese mismo mortal, que habiendo observado una conducta mas prudente, mas cauta, no hubiera perdido el concepto personal, y .... Aprieta, aprieta, profundiza el puñal en la herida, y atraviésame el pecho tú que debias aplicarme un bálsamo de consuelo: complácete en avivar el mal que yo misma confieso y conozco, y siento demasiado. Ya te he dicho que esto pudo y debió remediarse años atrás; ¿pero qué consuelo es ese ¡ay triste! para mí ahora?

Mi situacion en aquel señalado dia y en aquellos momentos es mas para considerada que para descrita: retiré mi vista de aquella escena de furor: queria no separarme de mi esposo, y á su lado cumplir mi destino, y si era necesario concluir mi

carrera; mas no me fué permitido: me arrancáron de él con violencia, y me condujeron á mi cuarto. Atribulada, sin saber lo que hacia ni lo que por mí pasaba, no tuve mas arbitrio que arrojarme á las plantas de Jesucristo, tomarle en mis manos, aplicar mis mejillas á sus pies, regarlos con mi llanto, y decirle en medio de mis sollozos: *Aquí está, Dios mio, tu sierva: cúmplase en mí tu voluntad.*

El furor del partido que en aquel instante se sobrepuso á su contrario no cejó ni se aplacó hasta quedar enteramente triunfante y satisfecho, y se hizo mas arrogante al ver la debilidad y descrédito ageno. Ufano entonces de que todo lo habia arrollado sin resistencia, pareció entregarse placentero al gozo de su victoria; y siguiéronse algunos dias de

calma y aun de aparente alegría; ponderándose en ellos con exceso la moderacion que habia usado en el cambio un partido que no encontrando con quien combatir, porque se le habia cedido el campo, no habia tenido ocasion de ejercitar su saña.

Mas puestas en uso las nuevas leyes comenzaron las recriminaciones, y el espíritu de animosidad y de venganza se posesionó del campo, y principió á ejercer su oficio dando pábulo á la discordia. Despertáronse los odios envejecidos. La codicia y la ambicion atizaban y avivaban el fuego de las pasiones; y no tardó mucho en conocerse á dónde iban á conducir la nave del estado. Gran parte de los habitantes indignados y avergonzados de las pasadas cosas y de las humi-

llaciones sufridas, y enardecidos con los escritos que se las ponderaban, quiso desquitarse oprimiendo y humillando á sus contrarios, y aun á sus magnates y bienhechores. Las nuevas teorías pusieron en las manos de la muchedumbre unas armas de que nunca usa con moderacion, porque ni la refrenan los estímulos del pundonor, ni los principios de la educacion, ni el respeto á la propiedad, ni el hábito de las acciones honestas, ni el ejemplo de las heróicas, ni ningun otro de los miramientos que tanto enfrenan á los hombres y aprovechan al género humano, y que tanta distancia ponen entre unas y otras personas y familias: distancia que es una quimera que la ley intente salvar amalgamándolas, porque no lo conseguirá aquí como en ninguna parte ni épo-

ca ha podido conseguirlo. Pero esas armas ya no pueden quitársele de las manos hasta que ella misma, en fuerza de su mal empleo y de sus abusos y horribles demasías, prepare el camino á quien sepa arrancárselas oprimiéndola, reproduciendo ejemplos por desgracia bastante frecuentes y conocidos en la historia de las pasadas generaciones.

Todavía en medio del disgusto y la agitacion esperaban algunos que todo aquello sería pasagero y momentáneo, y que á la borrasca sucederian la calma y la serenidad luego que llegase el iris con la reunion de los encargados de arreglar el estado: ¡Sencillos é incautos! El momento de esa reunion, hija forzosamente del espíritu de faccion incontrarrestable por las circunstancias, debia ser el de los ataques

y los compromisos: allí debian comenzarse á poner en contradiccion y fuerte pugna los intereses, las opiniones, las esperanzas, los deseos, las costumbres y aun las preocupaciones: de allí necesariamente habian de brotar las animosidades, el furor, la venganza, el frenesí, los errores, los desaciertos, que producirían el disgusto, el aumento rápido de la miseria, la discordia, la guerra, los crímenes, y todos los males que en pos acompañan.

Puntualmente, hermana, sucedió lo que debia suceder, excediendo todavía el desacuerdo mas allá de lo que podia presumirse. Aquella congregacion, en vez de exponer franca y sencillamente el lastimoso estado en que encontraba las cosas y el erario, reclamando sacrificios universales y prolongados, cayó en

la necia estupidez ó en la maligna perversidad de prometer rápidas y prontas ventajas, que cualquiera conocia serian ilusorias é inverificables, como ha sucedido. Mas para ponerse á cubierto de las reconvenciones y salvar las teorías, se inventó él modo de achacar la culpa de que esto no se hubiese realizado á la resistencia y simulada guerra del partido contrario, y á la tortuosidad de muchos funcionarios; con lo que irritaron mas y mas, como te dije, el furor de la multitud, y la provocáron á la venganza.

El espíritu reformador debia llevar el disgusto, el desconsuelo y las lágrimas á todos los rincones y aun familias, hasta tocar á no pocos de los mas insignes cooperadores de la mutacion; y como ninguno en el cambio buscaba la

pérdida sino la ganancia, empezó á introducirse la discordia entre ramas de una misma secta, que se ha dividido y subdividido en muy diversas fracciones, ya bastante lejanas unas y otras en su objeto y deseos, y que llegan á hacerse la guerra mas encarnizada, habiendo tomado cada una su nombre y su divisa.

Oponer un dique á este torrente no era (ni es) facil: inclinado todo el peso de la balanza á una sola parte, faltó el equilibrio, y la verdadera libertad, de que no se tienen aquí ideas justas: existe solamente la que permite á un partido ejercer su imperio sobre el otro, de tal manera que no solamente obedezca, sino que se muestre contento y agradecido á la ley que le perjudica: el gefe, caido de concep-

to, y perdida la confianza, parece que hasta el derecho de hacer frente para conservar su línea ha perdido: sus insinuaciones (que se ve precisado á hacer con un aire de timidez desfavorable, aun valiéndose de conductos legales y personas intachables) se desatienden, cuando no se desprecian ó gradúan de sospechosas.

Muchos hombres de bien huyen de los cargos públicos que no ocasionan sino disgustos y compromisos; y otros desestiman hasta el derecho sagrado de eleccion, dejando á su patria expuesta á caer en manos de quienes no tengan intereses ni reputacion que conservar; porque el pacto fundamental no ha asegurado garantía alguna en esta parte: ¿qué inferirás de ahí? Las leyes, los reglamentos y los vastos proyectos

se multiplican interminablemente; pero ni se ejecutan, ni se respetan, ni aun se aprecian. Ya te dije que segun lo que aquí se advierte en muchas cosas mas parece que el pueblo ha estado en costumbre de vivir sin leyes que en la opresion. Los funcionarios tienen á cada paso que transigir con la resistencia de los gobernados, y casi no hay determinacion que se lleve á efecto en su totalidad.

En medio de esto la faccion caida gana terreno, se engruesa y refuerza con los desertores y descontentos de la dominante, que quiso ejercer sobre ella una tiranía superior á la que sufrió, se hizo enfadosa, y casi perdió su fuerza moral y física: confia aquella en la discordia de sus adversarios; pero ambas estan tan faltas de recursos y cabe-

zas, y de opinion, que aunque puedan destruirse, no pueden crear ningun órden de cosas estable ni halagüeño. El pueblo sumido en la miseria y la desesperacion acecha el momento de entregarse al pillage y saqueo universal, envolviendo en la tormenta á caidos y levantados. Cuál será el resultado yo no puedo adivinarlo: selamente veo ante mis ojos un abismo que casi no me dejaría vislumbrar un rayo de esperanza tranquilizadora, si no confiase por una parte en la índole magnánima y generosa de los habitadores de este hermoso clima, y por otra principalmente en la clemencia del Todopoderoso; á la que se acogerá en todas las situaciones de su vida tu desventurada hermana

Vitinia.

se multiplican interminablemente; pero ni se ejecutan, ni se respetan, ni aun se aprecian. Ya te dije que segun lo que aquí se advierte en muchas cosas mas parece que el pueblo ha estado en costumbre de vivir sin leyes que en la opresion. Los funcionarios tienen á cada paso que transigir con la resistencia de los gobernados, y casi no hay determinacion que se lleve á efecto en su totalidad.

En medio de esto la faccion caida gana terreno, se engruesa y refuerza con los desertores y descontentos de la dominante, que quiso ejercer sobre ella una tiranía superior á la que sufrió, se hizo enfadosa, y casi perdió su fuerza moral y física: confia aquella en la discordia de sus adversarios; pero ambas estan tan faltas de recursos y cabe-

zas, y de opinion, que aunque puedan destruirse, no pueden crear ningun órden de cosas estable ni halagüeño. El pueblo sumido en la miseria y la desesperacion acecha el momento de entregarse al pillage y saqueo universal, envolviendo en la tormenta á caidos y levantados. Cuál será el resultado yo no puedo adivinarlo: selamente veo ante mis ojos un abismo que casi no me dejaría vislumbrar un rayo de esperanza tranquilizadora, si no confiase por una parte en la índole magnánima y generosa de los habitadores de este hermoso clima, y por otra principalmente en la clemencia del Todopoderoso; á la que se acogerá en todas las situaciones de su vida tu desventurada hermana

Vitnia.

CARTAS

DE

LA REINA WITINIA

Á SU HERMANA

LA PRINCESA FERNANDINA

CARTA CUARTA

MADRID,
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.
1822.

CARTAS

DE LA REINA WITINIA.

CARTA CUARTA.

Amada hermana mia:

Nada basta á satisfacer tu curiosidad: y siempre triunfas de mi cariño. Dices que no habiendo recibido la 4.ª carta es preciso que vuelva á copiártela, pues la idea que posteriormente te dí de ella, no hizo sino avivar tus deseos de tenerla íntegra. ¡Debilidad humana! ¡curiosidad femenil, caminar siempre en pos de lo que no se posee! Ahí la tienes.

Palacio á las márgenes del malogrado rio
12 marzo 1822.

Antes que me la escribieses ya sabia yo, hermana mia, la infausta noticia de la pérdida de nuestro buen hermano, que como funesta habia llegado muy acelerada. La Providencia parece quiere probarnos: no hay sino humillar la cabeza y bendecir su poderosa mano. No son acasos tan nuevos en el mundo que no sucedan en cada familia muy á menudo. Esta pérdida, sensible para nosotras, el género humano si la mira, es con una indiferencia cual si no pasára. Dices que habia salido de casa con objeto de recorrer los paises meridionales de esta bella porcion del globo, y visitar en ellos á dos hermanas que tanto amaba, establecidas una

[illegible] mía:

[illegible] satisfacer tu curiosidad: y [illegible] de mi cariño. Dices que no [illegible] la 4.ª carta es preciso [illegible], pues la idea que [illegible] de ella, no hizo sino [illegible] integra. ¡Debi- [illegible] curiosidad femenil, cami- [illegible] es [illegible] de lo que no se posee!

[illegible]

Palacio á las márgenes del malogrado rio
12 marzo 1822.

Antes que me la escribieses ya sabia yo, hermana mia, la infausta noticia de la pérdida de nuestro buen hermano, que como funesta habia llegado muy acelerada. La Providencia parece quiere probarnos: no hay sino humillar la cabeza y bendecir su poderosa mano. No son acasos tan nuevos en el mundo que no sucedan en cada familia muy á menudo. Esta pérdida, sensible para nosotras, el género humano si la mira, es con una indiferencia cual si no pasára. Dices que habia salido de casa con objeto de recorrer los paises meridionales de esta bella parte del globo, y visitar en ellos á las hermanas que tanto amaba, [illegible]

se multiplican interminablemente; pero ni se ejecutan, ni se respetan, ni aun se aprecian. Ya te dije que segun lo que aquí se advierte en muchas cosas mas parece que el pueblo ha estado en costumbre de vivir sin leyes que en la opresion. Los funcionarios tienen á cada paso que transigir con la resistencia de los gobernados, y casi no hay determinacion que se lleve á efecto en su totalidad.

En medio de esto la faccion caida gana terreno, se engruesa y refuerza con los desertores y descontentos de la dominante, que quiso ejercer sobre ella una tiranía superior á la que sufrió, se hizo enfadosa, y casi perdió su fuerza moral y física: confia aquella en la discordia de sus adversarios; pero ambas estan tan faltas de recursos y cabe-

zas, y de opinion, que aunque puedan destruirse, no pueden crear ningun órden de cosas estable ni halagüeño. El pueblo sumido en la miseria y la desesperacion acecha el momento de entregarse al pillage y saqueo universal, envolviendo en la tormenta á caidos y levantados. Cuál será el resultado yo no puedo adivinarlo: selamente veo ante mis ojos un abismo que casi no me dejaría vislumbrar un rayo de esperanza tranquilizadora, si no confiase por una parte en la índole magnánima y generosa de los habitadores de este hermoso clima, y por otra principalmente en la clemencia del Todopoderoso; á la que se acogerá en todas las situaciones de su vida tu desventurada hermana

Vitania.

se multiplican interminablemente; pero ni se ejecutan, ni se respetan, ni aun se aprecian. Ya te dije que segun lo que aquí se advierte en muchas cosas mas parece que el pueblo ha estado en costumbre de vivir sin leyes que en la opresion. Los funcionarios tienen á cada paso que transigir con la resistencia de los gobernados, y casi no hay determinacion que se lleve á efecto en su totalidad.

En medio de esto la faccion caida gana terreno, se engruesa y refuerza con los desertores y descontentos de la dominante, que quiso ejercer sobre ella una tiranía superior á la que sufrió, se hizo enfadosa, y casi perdió su fuerza moral y física: confia aquella en la discordia de sus adversarios; pero ambas estan tan faltas de recursos y cabe-

zas, y de opinion, que aunque puedan destruirse, no pueden crear ningun órden de cosas estable ni halagüeño. El pueblo sumido en la miseria y la desesperacion acecha el momento de entregarse al pillage y saqueo universal, envolviendo en la tormenta á caidos y levantados. Cuál será el resultado yo no puedo adivinarlo: solamente veo ante mis ojos un abismo que casi no me dejaría vislumbrar un rayo de esperanza tranquilizadora, si no confiase por una parte en la índole magnánima y generosa de los habitadores de este hermoso clima, y por otra principalmente en la clemencia del Todopoderoso; á la que se acogerá en todas las situaciones de su vida tu desventurada hermana

Cleonia.

CARTAS

DE

LA REINA WITINIA

Á SU HERMANA

LA PRINCESA FERNANDINA

CARTA CUARTA

MADRID,
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.
1822.

CARTAS

DE LA REINA WITINIA.

CARTA CUARTA.

Amada hermana mia:

Nada basta á satisfacer tu curiosidad: y siempre triunfas de mi cariño. Dices que no habiendo recibido la 4.ª carta es preciso que vuelva á copiártela, pues la idea que posteriormente te dí de ella, no hizo sino avivar tus deseos de tenerla íntegra. ¡Debilidad humana! ¡curiosidad femenil, caminar siempre en pos de lo que no se posee! Ahí la tienes.

Palacio á las márgenes del malogrado rio
12 marzo 1822.

Antes que me la escribieses ya sabia yo, hermana mia, la infausta noticia de la pérdida de nuestro buen hermano, que como funesta habia llegado muy acelerada. La Providencia parece quiere probarnos: no hay sino humillar la cabeza y bendecir su poderosa mano. No son acasos tan nuevos en el mundo que no sucedan en cada familia muy á menudo. Esta pérdida, sensible para nosotras, el género humano si la mira, es con una indiferencia cual si no pasára. Dices que habia salido de casa con objeto de recorrer los paises meridionales de esta bella porcion del globo, y visitar en ellos á dos hermanas que tanto amaba, establecidas una

en el mas hermoso recinto del imperio romano, y otra en el que mas fatigó la constancia y el valor de sus célebres guerreros. Vió á la primera; y yo hasta de este consuelo he sido privada: ¡cómo ha de ser! Las pesadumbres me van siendo tan familiares que acaso se convertirán en mi único alimento. No dejarían empero de serme llevaderas las que tocasen solamente á mi persona: con ayuda de la Providencia pensaba ser superior á todas ellas: hubiera desafiado á mi contraria suerte. Mas no puedo ejercer tanto dominio sobre mi corazon ni violentarle tan denodadamente cuando contempla las desgracias agenas; cuando considera las desdichas que amagan á una querida porcion del género humano; porcion apreciabilísima, cuyas aflicciones devoran mis entrañas, y cuyas catástrofes veo acercarse, cual desde un cerro eminente mira el pastor aproximarse la tempestad sobre el rebañuelo que tiene á su cuidado sin esperanza de cercano abrigo. ¡Ay de mí!

me faltan las fuerzas para ver el destrozo de mis semejantes y de la sociedad que me rodea. Empieza mi salud á quebrantarse, aunque procuro sofocar en mi pecho los pesares, que preveo acabarán con la existencia de tu hermana.

Todavía me instas porque te refiera muchos pormenores que han hecho ruido en todos los paises: dices que he pasado los sucesos con tanta rapidez, que no ha quedado satisfecha cumplidamente tu curiosidad, ni la inteligencia de muchas gentes, especialmente de las que, por no tener conocimiento exacto de estos paises y acontecimientos, han oido hablar con importancia de tal ó cual suceso que yo no menciono. Disimula, hermana, que te diga estás algo cansada, y no sé si diga importuna y escasa de penetracion. ¿Quién podría referir uno por uno pormenores que á todos satisfaciesen; ni qué valdría llenar el papel de incidentes, que emanados todos de una causa, no son sino sus conse-

cuencias inmediatas, aisladas muchas de ellas, que terminan, se reproducen, se multiplican, presentan diferentes aspectos, á veces equívocos y contradictorios, pero siempre originados de una misma raiz, que desenvuelta á los ojos de todos, cual la he patentizado á los tuyos, les sirve de guia para raciocinar con exactitud y ver las cosas en su verdadero punto? A los que á esa luz no perciban lo que se les presenta ¿á qué fatigarse en escribir lo que de otro modo tampoco leerán por hacérseles cansado? Ni merecen que se emplée el tiempo en desengañarlos ni en persuadirlos.

Pero tú, cuando me importunas, sabes el ascendiente que ejerces sobre tu pobre Pepita; sí, ella se esforzará para darte gusto, aunque renueve y redoble sus pesares. Nada puedo negarte, Fernandina de mi vida, nada. ¡Ay, si pudiera boca á boca referirte los largos, los amargos dias de nuestra separacion, estrecharte entre mis brazos, reclinar mi cabeza sobre tus hom-

bros, y recibir un momento, siquiera un solo momento de consuelo! ¡qué placer tan imponderable experimentaría mi corazon! graduaríalo como un éxtasis celestial. Pero no; ya no es para mí esa dicha: ¡Hermana! ¡amada hermana mia! yo no puedo conmigo misma!. . . . . Escucha.

Irresoluto y vacilante en todas épocas el gefe del estado, se encontró cuando quiso volver sobre sí de la terrible sorpresa en una posicion muy nueva para él, no poco delicada, y en extremo embarazosa. Si en otra cualquier coyuntura era necesaria gran prudencia y perspicacia en el dificil arte de manejar á los hombres, que no habia tenido ni sabido usar; en esta le era forzoso para andar por tan nuevo camino un fondo de penetracion y de trascendencia suficiente á precaver inconvenientes, prevenir designios y apartar obstáculos de la magestuosa carrera que mal de su grado le hicieran emprender: fondo que yo no esperaba, cuya falta ocasionaba el

aumento progresivo de mis inquietudes, y de que ha provenido la cadena no interrumpida de nuestros compromisos. No obstante, en medio de los defectos que quieran imputarse á su caracter, debe hacérsele la justicia de que todo lo sacrificó siempre al deseo de evitar derramamiento de sangre: se resignó con docilidad poco comun á vencer los ímpetus del orgullo: los resentimientos del amor propio humillado los quebrantó hasta un punto casi desconocido en la historia. Todas sus providencias anteriores fueron calificadas de bárbaras, de necias ó de criminales; y él ratificó con su firma esta calificacion. Las personas del partido que persiguió ocuparon con solo insinuársele á su inmediacion misma los puestos principales del estado: tuvo que privilegiar como beneméritos á los que habia perseguido como criminales; y á los que se habian ajusticiado como traidores tuvo que declararlos héroes y mártires del pundonor nacional. Estas contradicciones que tanto hie-

ren el corazon humano, las superó sin repugnancia, aunque con despecho: mas no se le han agradecido. Unos las han atribuido á cobardía, otros á temor, no pocos á bondad, todos á falta de fortaleza y decision; vista la cual cayó todavía en mas vilipendio su autoridad, dejó de ser saludable, y todos creyeron que podian emprenderlo todo; unos para hacerse participantes de su poder so color de que la voluntad del monarca no fuese un obstáculo á los deseos fervientes que les animaban en favor de la patria cuyos destinos se proponian dirigir á su antojo; otros para conspirar contra el nuevo règimen, haciendo la guerra á los contrarios con objeto de medrar, presumiendo hallar acogida en el mismo monarca, que conceptuaban les sería propicio, siquiera por el deseo de vengar sus personales humillaciones, y de levantarse del abatimiento en que le consideraban. En esta alternativa fluctuaba la nave, sin que el piloto supiese qué rumbo habia

de escoger, ni se resolviese á seguir ninguno decididamente. Paralizada de esa manera, eran consiguientes las consecuencias que te insinué en mis cartas anteriores. El disgusto, la miseria, la inquietud y el agriamiento de todos los ánimos, que preveían una perspectiva desabrida sobremanera, lo ponían todo en dificilísima posicion.

Juntáronse á esto los desaciertos, la ineptitud y la forzosa condescendencia y parcialidad de los nuevos encargados de la direccion nacional; los cuales, por complacer al nuevo partido dominante, cedieron á sus gritos y á sus amenazas, dirigidas á medrar, so pretesto de que el naciente estado necesitaba hombres nuevos, identificados con el régimen, que hubiesen padecido por su causa. Y este primer paso (como hijo de la debilidad y de la ignorancia) debió ser y fué efectivamente funestísimo, no solo al estado, sino á los mismos que lo dieron: porque ¿cómo contentar á todos? ¿cómo acallarlos ya sueltas sus riendas? ¿cómo im-

pedir que todos se abalanzasen á la presa de los empleos y de las mercedes, alegando cada cual mayor mérito que su inmediato? Al contrario, sin contentar á ningunos se disgustó la parte mayor y mas sensata, que hasta allí no habia visto ni oido otra cosa que esperanzas y promesas halagüeñas: empezó á desengañarse de que todos los hombres de todos los partidos aspiraban á un solo objeto, que era el de disputarse los despojos de la patria, la cual entretanto caminaba á donde era consiguiente caminase, á su inquietud y destrozamiento. Una, dos, tres y diez veces, por ceder á esos clamores parciales que cada cual apellidó siempre clamores de la nacion, se ha cambiado de funcionarios, sin otro fruto que el amargo de desengañar á muchos, descontentar á todos, desorganizar y aumentar el gravamen y penurias del erario. Y hoy se maldice y vitupera á los primeros que dieron el ejemplo de ceder á esos gritos: su ignorancia y su debilidad merecen ese

castigo; aunque otro mayor recibirán probablemente por su presuncion y petulancia.

Mas ¿por qué te he de desmenuzar estos pormenores, hijos de un solo principio que te he demostrado hasta la evidencia? casi me avergüenzo de que los exijas y de mencionártelos.

Tan henchidos de amor propio como de necedad aquellos entes ridículos que ni antes ni despues conocieron su patria, á la que quisieron aplicar teorías tontamente copiadas, y calificadas de impracticables por cuantos estudian el mundo, intentaron sobreponerse á todos los obstáculos y acallar el frenesí que ellos mismos habian producido; pero era tarde: debian coger el ágrio fruto de la semilla que habian esparramado. Alternativamente se valieron de la autoridad y nombre del monarca para contener al pueblo; inquietaron á éste para que les ayudase á violentar y humillar al monarca; se aprovecharon de la falta de astucia y decision de éste para hacer

recaer sobre él la odiosidad que producía el mal éxito de los negocios que no sabian dirigir: valiéronse de las desavenencias pasadas y posteriores para ponerse á cubierto de las imputaciones públicas, atribuyéndolas á manejos del partido contrario, reforzado con el que formaba un gran número de expatriados, de quienes te hablé, que por fin regresó á su pais, pero que proscrito por la opinion vulgar, sus ataques parecian honrosos para las almas aparentemente generosas que los sufrían despues de haber mediado en su favor. De este modo, con objeto de poner á cubierto sus teorías, sus desaciertos y sus personas, fomentaron la rivalidad entre los escritores, la parcialidad en las clases, y la discordia en los ánimos; mas ya producido este mal, ellos solo lograron la abominacion y el desprecio de todos los partidos. Pero ¡qué fatalidad! cuando unánimemente se preparaban las gentes á increparlos, á perseguirlos, á aniquilarlos; un paso irreflexivo, intem-

pestivo, mal concebido y peor ejecutado por el monarca viene á salvarlos de la tormenta que ellos mismos habian atraido sobre sí. Ruidoso fué el suceso, y no lo ignoras. Ya te he dicho que he temido siempre la poca prevision y trascendencia polìtica del gefe del estado: que esto ha doblado sus compromisos; ha convertido la triaca en veneno; ha aumentado la insolencia y la fuerza de los que por sí mismos hubieran caminado á su exterminio. Así fué entonces: cambió de repente la perspectiva: los que el dia anterior eran objeto de execracion universal, al siguiente fueron expuestos á la compasion y lástima de sus conciudadanos, y el peso de las inculpaciones recayó sobre quien cediendo incautamente al grito público quiso dar un golpe señalado de indignacion, separando de su lado á los que debia dejar perecer en el puesto, victimas de su fatuidad, entre los escombros del ruinoso edificio que intentáran levantar sin prevision ni discernimiento. He ahí

el resultado de una imprudencia.

Diréte, hermana, algunos de los achaques de que adolecieron aquellos funcionarios; achaques que has de tener por comunes á todos los demas hombres que antes y despues han ocupado iguales puestos en esta monarquía; que son consecuencia de la escasez de conocimientos administrativos de que te hablé, pero que merecen menos disculpa de parte de los petulantes presumidos que vanamente intentaron hacerla descollar.

Es aqui costumbre antigua mandarlo todo en la corte, hasta los últimos pormenores de las provincias y aldeas, y no dejar á los funcionarios locales facultad para dar un paso sin consultarla y esperar su resolucion; consecuencia del gobierno monstruoso bajo que ha estado la nacion por algunos siglos, y de que no saben salir á pesar de tanta charlancia, sino para desentonarse y embrollarse. De esa costumbre tan radicada no supieron tampoco salir los mentecatos que se

preciaban de regeneradores; antes por el contrario querian tener toda la madeja de los negocios en su mano sin dejarse escapar siquiera un hilo: quisieron regularizar á su modo desde la corte todos los pasos que habian de dar cuantos funcionarios principales y subalternos (que son bastantes) hay en este y otro emisferio: quisieron en fin ser árbitros exclusivamente de dirigir la marcha general del estado y la particular de sus individuos; en una palabra, quisieron ejercer la verdadera tiranía: todo lo que era separarse de sus miras lo consideraron aquellos fátuos presumidos como contrariar el régimen social y digno de castigo: creían que á semejanza de sus antecesores no obtenían con decoro su destino si no ataban todos los cabitos. La especie de prestigio con que eran mirados, hijo de las casualidades y de los sucesos, les dió influencia sobre la asociacion magna, que tambien ignorante de lo que es una regularizada administracion aprobó sus desaciertos. De aquí

los reglamentos autorizados para que nadie se moviese á seis mil millas de la capital sin esperar su permiso y beneplácito: de aquí el entorpecimiento y falta de accion de la máquina: de aquí la inactividad y falta de energía de los funcionarios provinciales, la pereza é insubordinacion de sus subalternos, la irresponsabilidad positiva de unos y otros, la apatía, falta de emulacion y celo de todos; la paralisis y desconcierto universal. Tú puedes inferir la ruin pequeñez de tales hombres, que no sabian que el que todo quiere hacerlo no hace nada, y que el que se ocupa en pequeños pormenores á fuer de jornalero jamás alzará su ánimo ni su frente del polvo y la inmundicia.

En medio de esto yo no puedo menos de concederles una justicia que sus enemigos les excusan. Los he creido necios, presumidos, ineptos, pero no malvados: aun haré una confesion en obsequio de su buena fé: juzgo que ingenuamente abjuraron de los errores

y teorías políticas que otro tiempo habían profesado, cuando prácticamente tocaron lo que era su patria y sus conciudadanos, y las barreras que hay que saltar en el mundo, imposibles para los hombres, hasta llegar á ponerle en armonía con lo que han soñado algunos filósofos que estudian su imaginacion, y no los hechos, los errores, la tendencia y las preocupaciones de sus semejantes. Hágoles este favor; pero su desengaño era tardío; el daño estaba hecho, y no para ellos enmendarle: despues de haber ejecutado una mala obra no hay sino sufrir sus consecuencias, porque las cosas no suceden dos veces.

Del mismo achaque de querer mandarlo todo adolecieron y adolecen respectivamente los demas funcionarios de la monarquía: el magnate principal de una provincia cree no ejercer su destino si no dirige por su propia mano los pasos públicos de ella y los particulares de sus subalternos y habitantes; embróllanse de este modo todos los funcionarios, y hacen

inútil é ineficaz su accion y embarazosa á la sociedad. Así fué, así continúa, y no veo probabilidad de que deje de ser.

Y como el achaque es tan radicado y general, participa de él la reunion sublime encargada de formar las leyes. No hay ramo de administracion que en aquel santuario no haya absorvido largas horas y aun dias en tratar de los mas frívolos y triviales negocios, que apenas deberían salir del recinto de una aldea, ni ocupar sino al mas pequeño funcionario; ni ha habido persona que no haya creido deber acudir allí con las reclamaciones mas menudas é impertinentes, á que se ha dado acogida. Para ello se ha traido y llevado á los primeros empleados de la nacion y sus subalternos, muchas veces de una parte á otra, con facilidad que pecó en degradacion, desperdiciando lo mas precioso de la vida que es el tiempo y el trabajo, sin dejarles lugar para ejecutar nada. De ese modo, fatigándose ellos mucho, adelantaron

poquísimo y perjudicaron á la causa pública, obstruyendo la máquina social en vez de aligerarla para que caminase con sencillez y celeridad; y lo peor es que ocupados en esas fútiles pequeñeces, descuidaron ó no tuvieron tiempo de acudir al solo objeto para que eran llamados, al grande y magnífico asunto que exclusivamente reclamaba su atencion, á la ordenada formacion de códigos legales, cuya falta te dije se hacia sentir á cada paso, y por la cual suspiraban y suspiran todos los sensatos que habitan estos vastos y privilegiados territorios.

Si se añade ademas la confusion que introduce la facultad y la práctica de indicar cada uno en aquel santuario ilimitadamente cuanto se le antoje útil, aunque esté en contradiccion con las leyes, costumbres y decisiones anteriores, dejando á su patria la instabilidad é incertidumbre por elemento de sus instituciones, inferirás de ahí otro manantial de inquietudes y peligros que debieron

prever los insensatos antes de su envanecimiento.

Estos desmanes por un lado; por otro las pasiones que fueron tomando incremento á medida que se iban contrariando los intereses, avivaron, como te dije, las rivalidades, los odios, las persecuciones, y atrajeron los reveses, las inquietudes, la desconfianza y la miseria, de donde forzosamente habian de venir los crímenes, los proyectos insanos, la guerra.

El monarca veía nacer los excesos y los ataques, pero ya carecía de actitud y de autoridad para impedirlos: las leyes que había no eran eficaces para conseguirlo, ni se hicieron otras que lo fuesen: su voluntad no era tampoco la mas dispuesta para seguir sin repugnancia los principios adoptados, ni su entendimiento bastante despejado para saberlos y examinar en provecho suyo y pro comun, y sacar partido de todo: en los otros monarcas á quienes participó la precisa mudanza de conducta, halló una contes-

tacion tan tibia que valía tanto como una tácita reprension: esto aumentó su perplejidad. Se cree tambien que no dejase de intervenir directa ó indirectamente, sea por humanidad, por gratitud, por inclinacion, por esperanzas quiméricas ó por otro motivo, en la mitigacion ó evasion de la pena de los que empezaron á tomar su nombre para contrariar ó destruir la nueva marcha. Empezóse á sospechar de su franqueza: como por los sucesos pasados habia perdido la confianza y el prestigio, se le tachó de indeciso y capcioso: su indecision fué criminal para todos: empezaron á demostrar públicamente que ya no se respetaría su persona: esto irritó su ánimo: se le habia prometido seguridad, tranquilidad y veneracion, pero ni eso era de esperar; ni tampoco que faltándole á ello él amase y apreciase instituciones que no le afianzaban uno ni otro: por fin se pusieron el gefe y gran parte de los súbditos en manifiesta contradiccion. Ya no hubo medio de conci-

llarse; cada dia se fueron agriando las cosas mas y mas, y alejándose las esperanzas de llegar á un término racional y conveniente. En reuniones públicas, en privadas, en papeles, y aun en la reunion nacional se atizó la desunion de un modo singular: no hubo persona, corporacion ni clase libre de los ataques. El concepto del monarca ha llegado á términos de que unos le señalen como gefe de todas las conspiraciones, y otros como autor de todas las calamidades. Bajo de esta idea se han sacado á plaza sus faltas personales públicas y privadas, antiguas y modernas, naturales, heredadas y adquiridas: no hay apodo atroz ni ridículo que no se le haya prodigado: ha venido á ser la fábula é irrision de muchos, que en canciones claras unas, y otras rebozadas con un velo de malignidad el mas superficial é infamante, patentizan al mundo entero que la nacion magnánima está muy á punto de perder su dignidad y su decoro, tolerando el vilipendio de su gefe, al cual

valiera mas (cien veces lo repetiré) que le quitasen la vida, que no que le tratasen de un modo tan degradante, capaz de exasperar la bilis del alma mas apática. Y no es, como te dije, el interés suyo ni mio el que me arranca estas expresiones; yo no tengo ninguno, porque pienso que pronto acabará mi existencia: es el de la monarquía entera, es el de todos sus individuos, que no pueden tener seguridad, ni ver su patria considerada y respetada mientras vivan congregados bajo la direccion de un gefe desacatado, envilecido, ultrajado y deshonrado.

La imprenta en vez de instrumento de salvacion se ha convertido en campo de batalla donde cada uno acude á saciar su rabia y á manifestar sus resentimientos: por su medio la difamacion se ha hecho general y pública, y no solo en escritos, corrillos, tertulias y conversaciones particulares, sino en el augusto santuario donde deben ventilarse cosas sublimes, se han pronunciado perso-

malidades indecorosas y vulgarísimas. Uno quiere poner á cubierto su reputacion vulnerando la de su vecino, compañero ó gefe, á quien intenta despojar para medrar: otro dirije sus ataques á una corporacion, sea de la clase que quiera, y mejor cuanto mas reputada haya sido anteriormente: otro calumnia á una clase entera; otro inculpa á toda una poblacion: aquí se desacredita á los primeros funcionarios, allí á los gefes subalternos; allá se acusa á los tribunales de venalidad y parcialidad: acullá se baldona á los sacerdotes: en esta parte se abochorna á un militar; en la otra á un funcionario porque se opuso á los desórdenes de veinte ó treinta insolentes que inquietaban una gran capital ó una provincia. Hoy se sacan á plaza las culpas personales de un ciudadano; mañana las de una familia; esotro las de una clase, y el otro las de un cabildo. Pueblos, distritos, provincias enteras reciben amargas reconvenciones y denuestos: cada dia, en fin, se aumen-

tan estos ataques, que han llegado á no perdonar á nadie sino á los que viven en la obscuridad, la cual ya todos buscan para conservar la existencia y el sosiego, y aun allí no lo encuentran, porque la discordia ha penetrado en todos los rincones y difundídose entre todas las familias. No ha habido dia, desde el memorable que te referí, en que estas armas puestas en manos de quienes no era posible supiesen usarlas, no haya contribuido por una parte al descrédito del nuevo orden de cosas, por otra al disgusto general, y por otra principalmente al aumento de enemigos irreconciliables; á la guerra, por fin, en que se han alistado como contrarios muchos que se pronunciáran de buena fe decididamente por los principios regeneradores.

Hay calumniadores que han tomado ese oficio para ganar de comer; porque como á fuerza de ejercitar semejante recurso ha llegado á extraviarse y pervertirse tanto la opinion, ya

nadie lee escritos para aprender ciencia ni calmar las pasiones: solo tienen acogida y despacho los que embriagan de frenesí á la multitud.

Todos los que discurren se persuaden de que en tal estado no puede permanecer la sociedad; y de que tarde ó temprano ha de variarse de rumbo por precision. Invocan al cielo porque les conceda una mano magnífica, probada y bienhechora que les proporcione los dos primeros bienes precisos: *seguridad, reposo.* Tú sabes que esa nacion que se halló en igual ó mas triste angustia, se arrojó voluntariamente en los brazos del primero que se los aseguró, aclamándole *Bendito, Bienaventurado, Angel del Altísimo.* Pero ¡ay! que aquella dádiva del cielo (cuyo precio solo se conoce tocando estas situaciones y épocas) la concede el Omnipotente solamente las rarísimas veces que quiere consolar á la triste humanidad; no cuando quiere dispertarla de su letargo y adormecimiento azotándola.

Averiguar querrás, hermana, cuál es la causa de que no se ataje ni remedie tamaño desconcierto: y aunque todo debías inferirlo del principio fundamental expuesto en mis cartas anteriores, te diré no obstante lo que comprendo en esta parte.

La eleccion popular sin ningun género de garantía, el descrédito del gobierno anterior, y las circunstancias que concurrieron á su destruccion, llevaron (ya te lo he dicho) el espíritu de parcialidad á las congregaciones municipales, á las provinciales, y á la general: de ellas son hijas las que influyen y vigilan en la propagacion de los escritos: de aquí la causa de que el espíritu de partido predomine obstruyendo la libertad, y sofocando no tan solo á los que abiertamente le contrarían, sino aun á los que intentan oponer un dique racional á la nueva arbitrariedad.

Y aunque haya en esas asociaciones como en todas un pequeño número de individuos virtuosos é ilustra-

dos que conozcan y sientan los riesgos del espíritu de partido, tienen empero que ceder el campo, y dejarse arrastrar del torrente que tomó demasiado ímpetu, ocultando sus sentimientos por no exponerse infructuosamente á sufrir la rechifla y persecucion de los que no teniendo discernimiento ni cosa importante que aventurar, son siempre y en todas partes mas audaces y arrojados.

Se han declarado criminales escritos llenos de sabiduría y sensatez, al paso que las hediondeces mas inmundas, las mas groseras chavacanerías, las calumnias mas declaradas, las injurias mas atroces han sido absueltas y circulado entre todas las gentes, con vergüenza de los que mas trabajaron por dar á su patria estas nuevas instituciones, y descrédito de ellas mismas y de la racionalidad. . . ¿Ni cómo podía ménos de ser así? yo disculpo á las personas: ellas siguen el impulso de sus pasiones irritadas: siempre y en todas par-

tes sucedió lo mismo: el mal está en las cosas; en poner estas armas en sus manos en semejante coyuntura. ¿Quién podía presumirse que ánimos escandalizados é indignados de los desatinos de sus gobiernos anteriores, cuyo rigor sufrieron, no habian de usar de represalias, y ejercer á su vez el mismo ó mayor rigor con un partido caido, odiado y despreciable? El celo debía traspasar la línea; y así ha sucedido.

Yo, hermana, soy triste espectadora de todas estas escenas, y se quebranta mi corazon. ¡Ah, si supieras cuanto él padece! ¡si vieras como estoy! todo lo presencio, todo lo entiendo; y sin embargo me esfuerzo mil veces para aparentar una calma, una serenidad, una indiferencia, una tibieza que no conoce mi pecho: creen muchos que nada penetro, que ignoro lo que pasa; y ¡ojalá que así fuese! ¡yo padecería menos! Si no viviera algun tanto resignada; si los preceptos del evangelio no fuesen mi

leccion contínua; si los ejemplos que veneramos no me iluminaran y confortáran, el esceso de mis pesares nunca aliviados me habría expuesto mas de una vez á hacer á mi Dios aquella impía y temeraria interrogacion ¿*Quién ha pecado, Señor, para que yo padezca tanto*? Pero, ¡triste de mí! qué ideas asaltan á mi imaginacion!

Deja, deja, hermana, que suspenda un momento de hablarte de lo que me fatiga: ten paciencia, para que yo me reponga y tome aliento.

Hace pocos dias que hemos venido á este sitio, cuyos contornos no dejan de ofrecer bastante distraccion. Yo, que gusto del verdor y de la frondosidad, me recreo en la vista de líneas dilatadas de árboles corpulentos, elevados y rectísimos que adornan los paseos formados á la línea de uno de los mayores rios del pais, el cual fertiliza asombrosamente la vega, que por lo general está muy mal cultivada. Hay no obstan-

te jardines espaciosísimos, medianamente cuidados á mucho coste, y por ellos suelo pasear á pie con mi marido, libre de concurrencia ni acompañamiento, caminando siempre por entre calles formadas de árboles y enramadas, casi á la lengua del río, que despues de circular y serpentear por entre los jardines, dejando aislados algunos de ellos, llega á estrellarse y quebrar sus brios en los cimientos de mi habitacion, formando una magestuosa cascada para mudar de rumbo. Algunas veces observo desde mis balcones este espectáculo, que me tiene embebecida largos ratos, y se me antoja que alivia mi melancolía: otras me recuerda el rio que pasaba por delante de las ventanas de la habitacion de nuestra buena tia: asaltan á mi memoria imágenes tan sensibles, que mis ojos involuntariamente se bañan en lágrimas, y mi tristeza se aumenta de un modo que no te puedo ponderar. Vuelvo el pensamiento sobre cuanto me rodéa; fijo

la consideracion en la perspectiva que en el mundo se me presenta, y despues de algunas meditaciones vuelvo á entrar en mí misma; busco á mi corazon; con él hablo á Dios; como que no hay otro recurso para quien no puede encontrar consuelo en la tierra. Cuando nos alejamos á larga distancia por las márgenes del rio no puedo menos de lastimarme y aun de extrañar lo mal aprovechados que se ven los terrenos que están á sus inmediaciones. Espesuras agrestes son las que ocupan tan feracísimos contornos, que pudieran cultivados producir alimento para millones de vivientes, sin los cuales jamás parece animada ni agradable la naturaleza. En la parte que yo he recorrido escasea infinito la poblacion: apenas se encuentra una persona en cuatro ó cinco millas de camino, y se pasan seis y ocho sin encontrar pueblo grande ni pequeño. Y donde se carece de esto ¿cómo ha de haber buen cultivo, ni hermosura, ni riqueza? Tampoco se aprove-

chan las aguas para regadíos ni para navegacion. Los habitantes tienen por cierto segun sus tradiciones, que otro tiempo venian hasta aquí naves desde el mar; mas no sé qué concepto merezcan; porque habiéndome informado de la situacion en que se encuentran todos los terrenos que atraviesa este rio, infiero que ni aquella tradicion puede tener fundamento, ni por las demas partes se saca mas utilidad, ni aun tanta como por aquí, de sus aguas.

Los moradores desean mucho que permanezcamos en su recinto; me dan muestras señaladas del singular aprecio que les merezco. ¡Ah, cuánto sería mi placer en mejorar sus contornos que tan facilmente se prestan á ello! Personas sencillas me han referido algunas anécdotas aquí acaecidas los pasados tiempos. Este parage fue teatro de escenas memorables: aquí algunos de los mejores poetas que dulcificaron el abundante y magestuoso idioma del pais, cantaron en

versos armoniosos la hermosura de la naturaleza, describiendo sus encantos y embelesos: aquí una reyna aficionada á la música hizo venir muchas veces á los más afamados profesores de su siglo á demostrar su habilidad en suntuosísimas orquestas: aquí un rey fugitivo de la capital tumultuada recobró nuevo vigor para volver á ella con doble energía y autoridad á ostentar su dominacion: aquí vivió largas temporadas una reyna de renombradísima memoria por sus gracias y atractivos: estas calles, paseos, jardines deliciosos, y rústicas y artificiales emboscadas corrió atrayéndose las miradas y arrebatando la atencion de sus admiradores con su andar brioso, lindos ademanes y agraciados atavíos. Aquí recibió un tiempo testimonios reiterados de cariño y de veneracion; y aquí tambien llegó á verse desacatada y aburrida de sí misma, hasta desear la emigracion y buscarla. No lejos de aquí, y en esta misma ribera se encuentra una capital céle-

modas con que los partidos se recriminan. El dominante las usa en público y abiertamente dándoles cierto aire de insulto: el abatido las sufre con despecho, y no tiene mas recurso que apelar á la resistencia que busca en secreto para prepararse á la venganza. ¿Qué esperas que de aquí provenga? Síntomas de indignacion se advierten por todas partes, y el furor se asoma á los semblantes: se acechan, se espían, y en silencio parece que se juran irreconciliacion y exterminio. ¡Triste de mí! ¡Qué fruto tan amargo cogerán los insensatos que de una manera tan deshonesta y reprobada han inquietado los ánimos, para que se insulten por los mismos medios que todas las criaturas han establecido para demostrar el contento y el placer de la vida!

El recelo, la inquietud los hace á todos cavilosos hasta la necedad. Sueñan conjuraciones de sus adversarios: al mas pequeño incidente dan una importancia gigantesca, y le hacen de-

pender de conspiraciones y tramas ramificadas y trascendentales: ni duermen, ni descansan, ni sosiegan por buscar, indagar, averiguar, descubrir gigantes donde no hay sino sombras fantásticas. De este modo manifiestan una especie de temor y agitacion que dá ánimo á sus contrarios creyéndolos poco fuertes ó demasiadamente tímidos. En cada rincon se cree que existe una reunion de conjurados; y en cada casa de las sospechosas un tesoro inagotable para armar y pagar ejércitos enemigos. La ceguedad del espíritu de partido los alucina hasta desconocer que en el estado de escasez metálica de su patria nadie tiene fondos sino para guardarlos, ni ánimo para desprenderse de ellos con ningun objeto; y que el descontento general producido por tantas causas naturales y tan continuados desatinos es bastante para ocasionar por sí solo una sedicion universal que todo lo derribe, como te predije, sin que ningun partido salga mejorado en último resultado. Las

distintas clases de gente armada se acechan y espían unas á otras. Lo mismo hacen uno con otro los cuerpos de cada clase: igual recelo y desconfianza se manifiesta entre las fracciones de un mismo cuerpo, y hasta entre los individuos que viven y duermen juntos se introduce la sospecha y la inquietud. Todavía suelen emplearse de cuando en cuando medios artificiales, pero efímeros, para restablecer la fraternidad y la concordia entre esos contrarios elementos. Pero ni las fiestas públicas, ni las reuniones cívicas, ni los convites, ni ninguno de estos medios exteriores alcanzan á una reconciliacion que desechan los corazones resentidos por causas siempre radicales y permanentes. Mútua y alternativamente se han quitado los gefes de los diferentes partidos la fuerza moral que pudiera hacerlos respetables á los ojos de la mayoría.

Los del partido caido atizan sordamente el fuego de la guerra y de la sedicion: ¡Ah! ellos serán

tambien víctimas, yo lo preveo, de los brazos que arman contra sus contrarios para vengarse...! y al cabo, la delincuente satisfaccion que buscan se les convertirá en amargo tósigo; porque no pueden tener otro resultado tan criminales pensamientos. Arman á la hez del pueblo, ¿y para qué? ¿para restablecer lo que ese mismo pueblo no conoció ni amó nunca? ¿para establecer leyes que le sujeten? ¡qué necedad!

¡Qué de artes y ficciones no se emplean por unos y otros bandos para zaherirse, denigrarse y fascinar á la multitud! La religion ¡ah! la santa religion que todos profanan anda en sus bocas, alejándose de sus corazones: yo pienso al ver semejantes desacatos que nunca ellos la conocieron ni practicaron. ¿Quien hallará en la doctrina del evangelio el apoyo de intenciones y proyectos tan horrorosos? ¡Qué desatino!

Quieres igualmente que te manifieste si son ciertas las especies que has-

ta por ahí han cundido sobre las asociaciones ya secretas, ya públicas, y concurrencias populares que tienen por objeto ventilar asuntos políticos, y dar distinta direccion á la máquina social. Efectivamente han dado mucho que hablar y algo que hacer, porque se les ha dado por esos mismos recelos y suspicacias mas importancia de la que en mi juicio merecían ni debió dárseles. Y como tambien ha habido escritores de otra faccion, de que ya te hablé, que han declamado frenéticamente (me persuado que con miras interesadas para ponerse en medio de los partidos que los despreciaban y medrar) en el concepto de que existían positivamente esas reuniones con proyectos y planes de mudanzas, han infundido sospechas y cuidados á que muchos dieron importancia: han dado realidad á sombras imaginarias; y yo considero todo eso como efecto de la ilusion y frenesí de que todos los partidos estan tocados. Se han pregonado y difundido especies y doctrinas buenas, necias y crimina-

les ciertamente; pero nunca las he mirado sino como consecuencias de la amplitud de las leyes en esta parte, y como excesos meramente individuales, sin plan ni objeto combinado y extendido.

Me empeñas hasta para darte conocimiento exacto del mérito de los hombres que dieron el impulso coronado de buen éxîto para la mudanza política de su patria. Me dices que por esos paises se habla de ellos con tanta variedad, que unos los motejan de súbditos insubordinados, rebeldes y traîdores; otros los aplaùden como campeones impertérritos que todo lo aventuraron por la redencion y gloria de su patria, presentándolos como modelos dignos de imitacion. Ya sabes que es muy comun calificar las cosas por sus resultados. Mientras prevalece el éxîto de una empresa no falta la razon al que la acometió; pero si la fortuna llega á serle adversa, la razon inmediatamente desaparece y deja abandonado el campo. Lo que ayer era perjurio

hoy se gradúa de santidad: mañana, si el éxito le es propicio se graduará de héroe al que hoy se persigue como rebelde y traidor. Así acostumbra juzgar la debilidad humana. He visto de cerca esas personas: la que mas ruido ha hecho y cuyo nombre dices que lo presentan en esos paises como nombre cuyos aplausos provocan la sedicion y la inquietud, es acaso en mi juicio la que menos debía alterar á nadie: su aspecto, su tendencia y su porte son los de un hombre franco, sin doblez, y que á primera vista se despliega y manifiesta: la sinceridad y buena fé parece se insinúan desde luego en todo su exterior y ademanes. Yo nunca he creido que pudiese tener miras trascendentales, ni abrigar grandes proyectos políticos ni criminales: no descubro allí rasgos de tanto artificio como se le ha querido suponer: es de aquellos que á primer golpe descubren lo que son y lo que de ellos se puede esperar: hágole esta justicia. Pero esto visto ya y conocido de todos,

pienso que ha concluido su carrera y su influencia en el orden político. Hizo una obra que le agradecerán; pero creo no le fiarán otra. No es de los hombres que han de figurar en las revoluciones: otros se aprovechan de su docilidad y toman su nombre con menos honrados designios, causándole gran descrédito: diríase que se habian propuesto hacerle objeto de la irrision pública. Los demas no han llamado tanto la atencion, y conocidos de cerca se vé en ellos unos hombres cualesquiera y nada mas. Cuando ellos adquirieron fama, la masa estaba dispuesta para dársela. Habia trabajado en ello un gobierno lleno de necedad, y casi nada les dejó que hacer sino coger el fruto sin grave riesgo. Ya te lo he dicho antes. ¿Por qué me obligas á descender á estos pormenores?

Réstame ahora contestarte á tu última insinuacion, y no te ocultaré que me ha incomodado excesivamente, porque no esperaba cupiese en tu imaginacion un pensamiento tan repugnan-

te á nuestros principios, y tan poco conforme á mi tranquilidad.

En todas partes dices que tienen fija la atencion sobre este pais; que por donde quiera se habla de lo que aquí pasa, habiendo ésta llegado á ser casi la conversacion exclusiva, alternada con la de los sucesos de la patria de Arístides y Temístocles. Añades que no estrañarás ver tomar parte en los asuntos de acá á algunos gefes de estados poderosos, y que tal vez así podrían conciliarse intereses tan opuestos y calmarse pasiones exasperadas que de otro modo caminarán á la destruccion. ¡Ay, hermana mia, cuán equivocada vives, y cuánto me agravias si piensas que por ese camino puede venir el bien, ni que puedes darme de esa manera un resquicio de consuelo ni de la mas remota esperanza! Yo ignoro lo que intentarán, ni hasta qué punto los sucesos de mi nueva patria estarán en armonía ó en contradiccion con sus miras é intereses, único objeto á que atenderán, y no al provecho

ageno, en lo cual no puedo ser engañada: bien sabes adonde llega la justificacion y la magnanimidad de esos presumidos reguladores de los destinos: de cerca los hemos conocido: en nuestra casa pueden darse testimonios fe-hacientes del precio á que suelen dispensar su proteccion y sus beneficios. La probidad y la buena fé ha sido para ellos un crímen merecedor de ejemplar castigo: ¿qué puedes esperar de su intervencion? Si tal sucediera yo preferiría morir anticipadamente. ¡Pues qué! prescindiendo de lo equivocados que saldrían sus cálculos y sus planes, que ya por experiencias repetidas pudieran prever, ¿podría yo sobrevivir un solo momento, ni tolerar una sola mirada de estos queridos habitantes, despues que una nueva desolacion les hubiese sobrevenido, y la creyesen llegada por causa nuestra? ¡Ah! no, no: yo creo criminales esos deseos, y no puedo menos de condenarlos. ¿Puede realizarse por ese camino nada que no venga acompañado de guerras, catástrofes y

calamidades sin cuento, á que habria de seguirse la maldicion y las abominaciones que la edad presente y las venideras derramáran sobre mí? Vuelve, vuelve la vista ácia otro lado, y considera las ventajas y la tranquilidad que ha adquirido el que adoptó ese camino. Considéralo, compadécelo, y estremécete de haber hablado de eso á tu

Vitnia.

P. D.

Ya está en tu poder todo lo que me pedías:
Lo demas te lo he dicho tambien.

Pero tú, como si nada fuese suficiente para enterarte de lo que aquí pasa, y te hubieras propuesto apurar mi paciencia, y aprender á costa mia, quieres todavía mas explicaciones: dices que no concibes como (segun observas por los escritos que llegan á tus manos) ponderan aquí tanto las ventajas y libertades de otras naciones, que sabes distan tanto de las que aquí se intentan establecer y de las que te he pintado disfrutan al hablarte de las costumbres de este pais; y cómo al mismo tiempo se desecha toda idea de adoptar ninguna cosa que diga semejanza con aquello que se alaba. Deseas saber el origen de estas contradicciones, y que te desentrañe otros principios y sucesos históricos que ya tú sabes, pero que no puedes combinar con

calamidades sin cuento, [illegible] de seguirse la maldicion [illegible] fuesen naciones que la edad [illegible] como se venideras derramára [illegible] por lo ve, vuelve la vist[illegible] lejos de es- considera las ve[illegible]. Siempre suce- dad que ha[illegible] amantes del brillo y ese camino. [illegible]aron de llenar sus dis- lo, y estre[illegible]gorías y comparaciones eso á tu [illegible] menos indicasen su ameni- [illegible]erudicion.

Mas no es lo mismo eso que pro- lo que vagamente se pondera; y no de ser extraño que los mas pre- ciados de sí mismos quieran hallar en las instituciones antiguas de otros pue- blos, en las del suyo mismo, y en al- gunas modernas, una analogía é identi- dad de razones y circunstancias con las que ahora intentan establecer, que les haga estribar en ellas el apoyo de su confianza para prometerse que po- drán consolidarlas, cuando en verdad tales comparaciones y los ejemplos que acotan no pueden servirles sino de un es- teril lucimiento en la tribuna, con que

deslumbra mas que se enseña á los
adores, sin afianzar lo que es ina-
, y lo que (como te he dicho)
a parte llegó jamas á conso-
si en ninguna se proyectó, ó
funestísimo resultado. Si dable
fuera examinar aquí detenidamen-
te esos puntos ¿cuán facil sería demos-
trarte sus equivocaciones y la facilidad
con que se preocupan y alucinan dan-
do asenso á soñadas ventajas, que tal
vez no tuvieron mas de realidad que
la que les han suministrado la elo-
cuencia, la poesía, el pincel y las
otras artes que engalanan la naturale-
za, y que solamente se cultivan y
prosperan donde ella es perpetuamente
deliciosa y agradable?

A tí, que has recibido en la edu-
cacion que nos fue comun luces sufi-
cientes para conocer y pesar el justo
valor de las cosas, bástate una ligerísi-
ma indicacion de lo que ha sucedido
en los tiempos pasados y sucede en el
actual, para que deduzcas la equivoca-
cion de los tales peroradores, y el fin

á que puede ir encaminada.

Prescindiendo de las diferencias esencialísimas de tiempo, clima, localidad, costumbres, ritos, preocupaciones y estado coetaneamente comparativo de los paises comarcanos; ¿quién hallará términos de comparacion entre estados pequeñísimos, compuestos de ocho, diez, treinta ó cien mil personas, establecidas en un círculo ó distrito de pocas millas, y una monarquía que encierra dos ó trescientas porciones como aquellas? Allí cualquiera cosa era posible y acaso buena; pero no en las demas partes. ¿Cuántas y cuán diferentes instituciones gobernaban una infinidad de comarcas que todas juntas no ocupaban tanta extension como la mitad de esta monarquía? Estados en contacto unos con otros se gobernaban por principios esencialmente diversos y aun diametralmente opuestos; y todos ciertamente ofrecen en sus anales rasgos magníficos, recuerdos gratos y sublimes, monumentos de gloria y prosperidad respectiva. Porque es indudable

que la sociedad dividida en pequeñas porciones gobernadas cada una por sí propia, con gefes siempre á la vista que atiendan continua y exclusivamente á su direccion, sin extender demasiado el círculo de sus atenciones para que no se debilite y para que sea mas activa y vigorosa, lleva muchas ventajas en punto de prosperidad y adelantamiento sobre las vastas extensiones. Este es un principio en la política que debe canonizarse como axioma, segun sabes se han canonizado otros de la misma índole en la economía. Pero aquel conjunto de estados pequeños entre quienes las rivalidades y los ataques fueron contínuos, y cuya prosperidad no deja de ser tambien exagerada, desaparecieron todos al primer envion de los Filipos y Alejandros, como desaparecieron siempre los demas ante las falanges de un vecino diestro, audaz y emprendedor, y desaparecerán igualmente en lo sucesivo los que se hallen en climas codiciados por su temperatura y feracidad, al impulso irresistible de los ataques y aco-

metidas que experimenten de parte de los que habitan escabrosas é ingratas tierras. Ten presente otra verdad, y es que nunca los habitadores de llanos y riberas invadieron las ásperas montañas, sino que siempre fue al contrario, como era regular: los que allí se criaron mas vigorosos y robustos descendieron á hacer irrupciones en las fértiles vegas, valles y campiñas deliciosas para establecer allí su morada: por esta razon son mas duraderas las instituciones en los paises ingratos que en los benignos.

Si las comparaciones y ejemplos de los pequeños estados de la culta Grecia en los preciosos y celebrados siglos de su gloriosa edad no pueden ser aplicables ni tener semejanza con ninguno de nuestros dias, ¿cuánto menos los de la orgullosa, la insolente Roma? ¿Qué ofrece su historia mas que una serie de atentados, de tropelías, de violaciones de todos los derechos sociales internos y exteriores? ¿Qué persona que ame la justicia y tenga de ella nociones exactas acotará para

modelo ninguna época ni de la monstruosa república, ni del corrompido imperio? Algun hecho aislado, algun rasgo particular, cuyos pormenores aun nos son desconocidos, y que acaso deben atribuirse mas al caracter é índole peculiar de las personas que á la estabilidad de las instituciones ¿ pueden justificar la bárbara organizacion, la atroz conducta que en todas sus épocas y páginas presenta á la faz del filósofo aquella nacion que con las demas ejerció siempre la mas descarada é insufrible tiranía? Y aquel pueblo, cuya aristocracia popular tan ominosa é intolerable para los no contados entre sus ciudadanos no ofrece sino ejemplos de execracion para todas las criaturas ¿puede haber fátuo que lo recomiende, y mucho menos á los corrompidos déspotas que en seguida lo sojuzgaron y envilecieron, sacrificando igualmente y sin pudor á los demas estados? ¿Y se conoció allí jamás libertad civil? ¡Qué demencia!

A épocas posteriores acuden otros á buscar lo que no todos encuentran en

esas heróicas. ¡Ah, triste humanidad! por mas que el curioso estudie tus fastos, no halla otra cosa por do quiera que las huellas de tu debilidad, de tus errores y desventuras! Consuélate ahora en medio de tus males, que nunca presentaste un espectáculo mas lisonjero. En los gobiernos formados sobre las ruinas y con los escombros del imperio romano se afanan por buscar y encontrar los cimientos de la felicidad, la cuna de la libertad, el modelo de la soberanía popular. Imposible era esto de creer si no se viera y oyera hasta el fastidio. ¿Es dable que tiempos tan desoladores y tumultuarios se recuerden sin horror é indignacion? ¿Y qué habian de ser los que inmediatamente les sucediesen? Los que fueron é inevitablemente debian ser; gobiernos no menos monstruosos y abominables que los actuales de Argel, Tanger y Trípoli: gobiernos cimentados en una aristocrácia militar y religiosa, en que todo lo eran cincuenta ó sesenta soldados que se disputaban el trono siem-

pre vacilante y mudado de asesino en asesino, y otros tantos obispos y abades que todas las atrocidades confirmaban. El pueblo, espectador, cómplice y víctima á un mismo tiempo, no merecia por lo regular ni una mirada de consideracion de parte de aquellos facinerosos, entre quienes es necesario y se ha hecho costumbre graduar de héroe al menos criminal. ¡Mira tú ahora qué tiempos afortunados para la humanidad se buscan para patron de un gobierno! Los oriundos del pais, los legítimos dueños eran siervos de los invasores: el romano, el godo eran los únicos que se consideraban hombres: á los demas mirábanlos como á bestias. ¿Quién presumiera que el desacuerdo habia de llegar hasta el esceso de que se recomendasen tiempos tan desgraciados, instituciones tan desconcertadas?

No conformes todos en que aquellas épocas presenten la idea de la prosperidad y de la soberanía popular, que á porfía los hechos todos y las noticias históricas desmienten y contrarian, des-

cienden para encontrarla á tiempos mas recientes, cuando despues de una célebre invasion se formaron una porcion de pequeños estados mas ó menos estables, constituyéndose cada cual á su modo segun reclamaban su situacion, sus necesidades, sus hábitos y el capricho de sus caudillos ú hombres de fortuna, ó á las veces el de los conjurados para destruirle; y modificándose mas ó menos, siempre por efecto de la casualidad, y nunca de sabios y acordados planes ni principios, casi del todo desconocidos; y que han seguido hasta nuestros dias á la par de los progresos de la civilizacion.

Otros acuden por el modelo de la bondad, de la justicia, de la libertad y de la felicidad á paises extraños: traen ejemplos y comparaciones en su favor, que acaso bien deslindadas probarian lo contrario de lo que se proponen.

Prescindo de indicarte una por una todas las pequeñas repúblicas que ó han sido despreciadas por su pobreza, pequeñez y mala situacion, como te dije, ó

destruidas al menor ataque de un vecino ambicioso.

¿Podrá la Helvecia servir de comparacion para quien intente organizar una vasta, poderosa y concertada monarquía? ¿ofrecen sus instituciones el menor punto de comparacion con las que ha ideado el espíritu del siglo que acaba de pasar y el en que vivimos? La aristocracia, las distinciones hereditarias ¿se ha imaginado que pueden desterrarse de allí? A nadie ha debido pasarle por el pensamiento ni aun siquiera su posibilidad. ¿Por qué pues subsisten y se multiplican en aquellos estados los moradores? Por lo que te he dicho repetidas veces: porque su pais ofrece poco cebo á la codicia de los demas.

El pais de los Belgas, esas provincias envueltas en las aguas, pueblos famosos desde que adquirieron la independencia que aquí se llamó rebelion, ¿se dirá que deben al presente su casual reposo y riqueza á instituciones de este cuño? ¿No subsisten allí un millon de fórmulas y de artículos de los que aquí

se condenan como esencialmente destructores y contrarios á los *derechos imprescriptibles* y *sagrados* del hombre?

Pero no me detengo mas en él. Quiero pasar á las famosas Islas Británicas, porque ellas son el almacen de los oradores superficiales: ahí encuentran ejemplos y modelos modernos para rellenar sus discursos y deslumbrar á la muchedumbre. Sabiduría, poder, riqueza, multiplicacion de habitantes, historia fecunda en sucesos ruidosos, todo lo encuentran á la mano para sacar partido á la vista de los ignorantes, que ni saben cómo aquella nacion ha prosperado, ni cómo está organizada, ni cuáles son los elementos de sus instituciones, ni qué grado de libertad disfrutan sus pueblos, ni tampoco estan en estado de averiguar ninguno de esos pormenores.

Bien sabes que á esas Islas con respecto á sí mismas les ha acontecido lo que á los demas estados: esto es, que estando divididas en gobiernos diversos, cada cual constituido á su modo, los

celos, las rivalidades, los ataques contínuos y los lances de la suerte vinieron á reunirlas en un todo único, que no deja sin embargo de resentirse ni de participar de las incoherencias comunes á los grandes estados de que ya te hablé. Con respecto á las demas naciones tienen la ventaja de no estar en contacto terrestre con ninguna, en lo cual ha consistido su estabilidad: de lo contrario habrian experimentado la misma suerte y vaivenes que todas: porque (es un principio indudable), ante el hombre que tú conociste, ante el que hizo postrar á su presencia á cuantos dominaban la tierra; ante los hombres de su temple, las instituciones todas desaparecen, todas las formas se alteran, no hay ningunas que pongan á cubierto de su influencia ningun páis inmediato, todo cambia de aspecto.

Pero examinando las formas y bases elementales de la organizacion de ese poderoso estado ¿encontrará nadie la menor semejanza entre ellas y las que quieren difundirse en los demas

con arreglo á los principios filosóficos? El gefe allí es absoluto para el bien, impotente para el mal: su poder para este caso está de mil maneras refrenado; y el fundamento de este freno está afianzado en las distinciones y prerogativas de la nobleza (es preciso decirlo) que se quieren hacer desaparecer. Y estas distinciones (que al hablar de la libertad inglesa todos pasan en silencio) son mas estremadas que en ninguna otra de las partes conocidas. El pueblo llano, el comun de los habitantes vive á mil leguas de distancia, sin ningun punto de contacto con la nobleza: el derecho de representar á la nacion está vinculado á determinadas familias ó á cantidades inmensas, y lo mismo los altos destinos de la sociedad, á los cuales es poco menos que imposible llegar al simple ciudadano. Y el llegar á entroncarse con esta nobleza es lo que á ninguno se le permite, ni el monarca puede concederlo, aunque pueda todo lo demas que se le antoje. Asi, no envilecida ni degradada

la clase, forma siempre una barrera indestructible: pero su orgullo seria insufrible, intolerable para las demas naciones, donde los monarcas árbitros de multiplicar y extender las distinciones, categorías y prerogativas, las aumentaron, dividieren, subdividieron y clasificaron de mil maneras, prodigándolas hasta el exceso de reducirlas á la nulidad y al vilipendio á que siempre se reduce el excesivo número de individuos y clases en todos ramos, y que haciéndose la guerra unas á otras se desacreditan y neutralizan su propia fuerza: los pueblos, habituados á verlas sumidas en el oprobio y la bajeza, á alternar y mezclarse en sus reuniones, á estar en roce continuo y muy inmediato contacto, han llegado á asociarse, á familiarizarse con ellas hasta el punto de despreciarlas altamente; y ha faltado esta áncora de estabilidad á sus instituciones. No condenaré yo este desprecio, ni aplaudiré aquella separacion: solamente digo lo que pasa en el pais que los oradores su-

perficiales presentan como modelo y asiento de la libertad. Tampoco desconozco (bien lo sabes) los principios filosóficos de la igualdad individual, emanados de la naturaleza, y que nos demuestra la misma economía animal. Esencialmente el hijo del hombre es tan igual en derechos y deberes con su semejante, como lo es el modo, materia y alimento con que se forma, crece, se multiplica y deja de existir: estas son verdades tan al alcance de todos, que peca en ridícula necedad el inculcarlas. Pero esa teoría aplicada á la vida social recibe tantas modificaciones, que hasta hoy está en cuestion cuál es el mejor modo de que todos se conserven y sean felices, y no ha existido, como te dije, sociedad gobernada absolutamente por ese principio de igualdad: si podrá existir, es necesario todavía que la experiencia lo acredite y lo pruebe. Mas esta prueba puede ser peligrosa á la nacion que la emprenda.

El primer sabio de esta monarquía que ya te cité en mis cartas 1.ª y 2.ª

dice en el mas clásico de sus escritos:

"Es una verdad innegable, que la virtud y los talentos no están vinculados al nacimiento ni á las clases, y que por lo mismo fuera una grave injusticia cerrar á algunas el paso á los servicios y á los premios. Sin embargo, es tan dificil esperar el valor, la integridad, la elevacion de ánimo, y las demas grandes calidades que piden los grandes empleos, de una educacion obscura y pobre, ó de unos ministerios cuyo continuo ejercicio encoge el espíritu, no presentándole otro estímulo que la necesidad, ni otro término que el interés; cuanto es facil hallarlas en medio de la abundancia, del esplendor, y aun de las preocupaciones de aquellas familias que están acostumbradas á preferir el honor á la conveniencia, y á no buscar la fortuna sino en la reputacion y en la gloria. Confundir estas ideas, confirmadas por la historia de la naturaleza y de la sociedad, sería lo mismo que negar el influjo de la opinion en la conducta de los hombres."

Si esta doctrina es ó no cierta y saludable, es fuera de mi objeto: en esta nacion ha sido siempre canonizada, y nunca combatida con otra mejor, ni por pluma de igual crédito. Pero que la libertad inglesa en nada se parece á la filosófica yo te lo aseguro, y lo aseguro á todos los pueblos y naciones de la tierra.

No es solo eso: debo hacerte otra observacion: tú no ignoras que para formar juicio exacto de las cosas es necesario estar á los hechos, porque las sociedades humanas se gobiernan de hecho, y entonces todas las teorías callan. La libertad que actualmente disfruta el comun de los habitantes en Inglaterra, positivamente se graduaría aquí de la mas necia y abominable esclavitud. Si un hombre cualquiera de los reputados por vulgares en aquel pais llamado de la libertad se presentase con la cabeza erguida á mirar frente á frente con ánimo sereno y continente denodado á uno de los próceres de aquella nacion, lo graduaría co-

mo un insulto que acaso pagaría con una estocada. ¿Qué dices? compara eso con lo que te dije en mi primera carta que aquí sucede. ¿Se atrevería un hombre, no digo mediano pero ni aun decente de Londres, á detener en la calle á un lord con aire familiar y resuelto para encender el cigarro en su chicote como aquí sucede? cara le costaría la temeridad. Si descendiese á otros pormenores aun te asombrarías mas, porque las desigualdades entre el trabajo y la retribucion en todas las clases, sin esceptuar el clero, superan allí á todo lo que se mira como desatinado en las otras naciones. ¿Quién ha de tolerar que mil necios traigan aquí ejemplos de la libertad inglesa para compararla con la que quieren establecer?

De sus antiguas y famosas revueltas y contiendas intestinas nada se puede acotar para los casos en cuestion, porque habiendo sido sobre derechos y mutaciones de dinastías, y no sobre variar el orden constitutivo de la marcha social, no tienen aplicacion

cuando únicamente se trata de esto. Solo sí se advierte que todas las tentativas populares de los últimos tiempos para poner aquellas instituciones al nivel de las teorías modernas, se han estrellado en el muro de bronce que han encontrado en aquella aristocracia política, eclesiástica, militar y pecuniaria.

Contraríanse esos mismos oradores á cada paso entre sus deseos y sus doctrinas como siempre sucede á los que giran sobre equivocados principios; pues si unas veces alaban la libertad y prosperidad inglesa, y otras la buena policía civil que ha llevado la nacion francesa á un grado de riqueza, seguridad é ilustracion envidiable; nunca empero dejan de irritarse cuando se vierten especies ó rumores de organizar su patria segun se hallan cualquiera de aquellas dos; ó cuando su misma oscilacion les hace temer que puede llegar ese caso. Algunos escritores que suelen insinuarse á menudo sobre este asunto, presentan á los hombres que apoyan tales doctrinas como á unos asesinos de

su patria, afirmando con cierto aire estúpido de seguridad, que la division de la representacion nacional en dos ó mas cámaras ó estamentos es tan contraria al bien y á la libertad civil, que sería peor para su patria que la opresion antigua. ¿Se podrá imaginar una contradiccion mas rídicula, una ignorancia mas bárbara y brutal? ¿Y con qué raciocinios sólidos sostienen eso? Con ninguno: con un furor iracundo, sin examinar ni aun prestar oidos al fondo de la cuestion, ni permitir que nadie la analice y controvierta. ¿No habia de ser bueno en esta parte para ellos lo que confiesan haber sido excelente para los otros? ¿Y quieren ensayar una cosa nueva, absolutamente nueva en el mundo?

Paso, pues, al último recurso de los propaladores, que ansiosos de acotar ejemplos y rebosar pedantesca erudicion, acuden para ello ó á tiempos remotos ó á paises lejanos. Cuando otro asidero no les queda ahí está ese pais nuevo donde parece haberse ensayado

lo mas precioso de los pensamientos filosóficos: ahí está puesta en actual ejercicio la quinta esencia de las instituciones populares: toda la parte buena de los progenitores ingleses, y separada la mala. Veámosla, para deducir si de allí pueden sacarse ejemplos aplicables á los demas paises.

Ya sabes que las circunstancias que han concurrido á formar aquella nacion y los elementos de que está compuesta son mas favorables que los de ninguna otra. Los pobladores originarios desaparecieron á la vista de los nuevos, como han desapareçido en todos los paises de aquel continente donde estos fijaron su asiento; salidos pues estos nuevos 140 años despues de difundida la luz de la imprenta de un pais por necesidad industrioso y comerciante, llevaron allí su actividad y su cultura; y como esta clase de ejercicios contribuye tanto á despejar el ánimo de preocupaciones, y hacer sociables é indulgentes á las criaturas, puede afirmarse que se establecieron allí las mas selectas y á pro-

pósito para atraer y reunir todas las ventajas sociales. Las distinciones casi no fueron necesarias; la tolerancia religiosa llevada hasta el punto de no autorizar sus instituciones ningun culto, ni pagar su erario á ningun sacerdote, libra al gobierno de mil embarazos y penurias; y su posicion, eximiéndole de la terrible necesidad de mantener ejércitos que pongan á cubierto de invasiones inesperadas aquellos territorios, le hacen singular por ahora, y fuera de toda similitud con este ni con ninguno de los paises antiguos. He aqui su artículo sobre religion: »*Art.* 3. El congreso no formará ley alguna para establecer ó prohibir el libre ejercicio de ninguna religion."

Bien ves qué distancia tan inmensa de comparacion con los demas en esta parte.

No obstante todas esas prerogativas, todavía dista mucho de estar en el pleno goce de la libertad decantada; y la soberanía popular es allí una sombra imaginaria que nadie dirá que posee aquel pueblo. Tiene sí toda cuanta

lo mas precioso de los p[illegible] ene la
filosóficos: ahí está puest[illegible] inviolable
jercicio la quinta esenci[illegible] su querida
ciones populares: tod[illegible] es violado
de los progenitore[illegible] pretesto: eso le
da la mala. Veár[illegible] ue dice: "*El de-*
de allí pueden [illegible] *e tener su persona,*
cables á los d[illegible] *efectos libre de inda-*

Ya sab[illegible] *presas, no podrá ser vio-*
han conc[illegible]
cion y [illegible] en medio de eso ¿vive con-
puest[illegible] ¿no aspira á otra mejoría? ¿no
nin[illegible] á los otros pueblos? ¿sus insti-
ri[illegible] dejan de resentirse de mil
contradicciones y absurdos que escan-
dalizarían á los que sin saberlo las aplau-
den? Ningun monarca de los cono-
cidos ejerce una autoridad mas ilimita-
da que su presidente, el cual cubierto
con fórmulas especiosas é insignifican-
tes hace siempre cuanto cumple á su
voluntad: existen las categorías y dis-
tinciones si no en el derecho en la rea-
lidad: hay aristocracia que pugna con
la democracia, y que no ha triunfado
por no tener vecinos poderosos ó atre-

n quienes aliarse: en el momen-
haya, desaparecerá de allí
el régimen dominante
an como régimen de una
ual hacen una guerra sor-
uí no se conoce ni se ponde-
ero que no es menor que la que
vora otros paises. Su estado se con-
vertirá en monarquía cuando tenga que
armar ejércitos para conservarse, y
tal vez en monarquía despótica. Todos
los altos funcionarios, despues de serlo,
ya no quieren volver á la popularidad,
se apartan de ella, buscan la alianza
de la aristocracia vieja, alejándose del
pueblo mas que en otras partes. He
ahí (ya te lo insinué) la tendencia
humana; he ahí como la opinion pue-
de mas que las leyes; y llega esto á
tanto, que ni aun se repiten allí los
ejemplos que á cada paso se ofrecen en
este y otros paises: la mezcla, la union
en matrimonio de personas nobles con
plebeyas es allí, en la misma Inglaterra,
y en los otros paises que tenemos por
muy libres casi desconocida, ó mira-

da de parte de las primeras como un borron irreparable; al paso que aquí á fuerza de repetida ha llegado á no ser mirada de nadie. Parece que la propension innata de violar las leyes y traspasar los preceptos conduce á esto: establécese como ley la mezcla y la igualdad, las familias buscan la separacion, el aislamiento, las prerogativas: hállanse estas generalizadas y permitidas, los hombres las desestiman, y van á confundirse con la multitud.

En ese pais, como te digo, pugna la aristocracia con la popularidad de un modo increible; y si ahora no triunfa la aristocracia de la sangre, triunfa por lo menos la pecuniaria; nada es allí el que no tiene posesiones territoriales ó gruesas sumas, á nada puede aspirar, con nadie puede reunirse aunque halle hospitalidad en todo el mundo; ningun derecho ejerce aunque todos respetan su casa y su persona. ¿Es esto comparable con lo que quiere afianzarse en otros paises, donde el que nada tiene puede aspirar á todo?

Ni deja esa Union de Estados de resentirse de mil incoherencias y absurdos chocantes; cada uno tiene su organizacion peculiar tan diferente del otro que parecen naciones distintas y aun contrarias: se miran en contacto distritos gobernados por una popularidad extravagante donde la esclavitud forma el elemento de las riquezas y el poder de los ciudadanos; con otros gobernados por una aristocracia rigurosa, donde la libertad parece estar mas arraigada y ser mas protectora y benéfica. Sin embargo el tedio de la vida produce allí mas suicidios, asesinatos, desafios, pendencias y pleitos que en todas las naciones juntas. Los embrollos de la legislacion y la falta de administracion de justicia hace que los habitantes remitan frecuentemente sus querellas, la vindicacion de sus agravios y el reparo de sus perjuicios á la punta de la espada ó á la boca de fuego.

Te insinué que las nuevas teorías hablan puesto en manos de la multitud armas de que nunca usa con mo-

deracion. Efectivamente el axioma inconcuso de la *soberanía nacional* difundido por escritores inexpertos y poco entendidos, se ha interpretado por *soberanía popular*, sin advertir la inmensa distancia que separa estas dos cosas, y lo peligroso del cambio de una palabra que hace variar esencialmente la naturaleza de la idea; porque las personas de todas clases admiten lo favorable y lisonjero, y desechan lo adverso. Tú sabes que un pueblo sin organizar no tiene soberanía; está reducido á sola la esfera de individuos, y no puede tener otra consideracion: la soberanía no existe sino en la organizacion, sea del modo que se quiera, y por virtud de ella en la sociedad organizada, la cual se llama *nacion* y no *pueblo*. El cambio de las voces suele cambiar la idea; y tal vez de ahí acontece que una pequeña fraccion, un grupo de personas tumultuadas ó agavilladas por un diestro atrevido, se persuade que tiene compendiada en sí mismo toda la soberanía entera y absoluta, que diez millones de

habitantes no tienen sino legalmente constituidos y organizados. Ni te presumas que esta soberanía la quiere ni la vocifera para sujetarse á las leyes, para vivir conforme á ellas, ni para respetar los derechos de los demás; quiérela frecuentemente para ejercerla de pleno derecho sobre los otros. Y como, segun te dije, al comun de las gentes no les enfrenan los respetos y miramientos que á las familias habituadas á ellos y alimentadas en la moderacion, sucede tambien que estos reciben entuerto y no pequeño disgusto, viéndose en mil ocasiones precisados á ceder el puesto que ocupáran convenientemente. Hay ciertas verdades y ventajas que la muchedumbre debe disfrutar sin ponderársele demasiado, porque es la mas propensa á abusar de todo. Tales son entre otras la *libertad* y la *igualdad*; y no debes olvidar lo que te dije en mi 1.ª carta sobre la que aquí parecia haberse disfrutado siempre, á mi juicio mayor que la que disfruta ningun pueblo de la tierra.

Te dije que aquí no se tenian ideas exactas de la verdadera libertad; y para que conozcas cuán cierto es esto, has de saber que los mas acérrimos proclamadores de ella resistieron abiertamente pensamientos saludables propuestos por hombres sensatos, especialmente en la organizacion de la fuerza armada, hasta provocar á la multitud á que quemase en estatua á sus autores; al paso que las medidas que destruyen hasta el menor vestigio de libertad individual y de tranquilidad doméstica las han otorgado y solemnizado, poniéndolas á discrecion de personas que no ofrecian bajo ningun aspecto mas garantías que las anteriores: así son los hombres que se gobiernan por parcialidades y acepcion de personas: á ese extremo llega su obcecacion: acaso ellos serán las primeras víctimas de su imprudencia, como siempre aconteció.

Efectos son todos estos del fanatismo, del ciego, del insensato, del furioso fanatismo; pero fanatismo de otra

condicion que el que comunmente se condena y recrimina; porque no existe solamente el fanatismo religioso: existe en realidad fanatismo político, y hay tambien fanatismo filosófico: el vulgo de todas las sectas y doctrinas no es profundo pensador, es siempre superficial y pronto á dejarse arrastrar de las primeras impresiones: por tanto no hay faccion ni pueblo que no esté impregnado de su fanatismo: si se le saca de uno, se mete inmediatamente en otro, porque no conoce un medio (que seria el enfrenar las pasiones, medio para él incómodo y violento); y entre tantos estravíos, entre tantas especies de fanatismos, no me atreveré yo á asegurar cuál sea el menos temible y funesto para la especie humana. Si aceleradamente quiere sacársela del fanatismo religioso, es muy de temer que pase al ateístico y al anárquico que tengo por mas destructores.

¡Arbol benéfico del hombre justo, cuánta dicha es para la mísera

humanidad cobijarse bajo tus refrigerantes ramas!

Tú, amada hermana, tú acostumbrada á vivir bajo la sombra venerable y consoladora de un hombre de bien (¡nunca la suerte te prive de ella!) no sabes lo que vale porque no has probado las adversidades de las borrascas. Sábete que un hombre de bien á la cabeza de un pueblo vale mas que muchas leyes buenas, las cuales son siempre ineficaces para reprimir al astuto malvado que estudia el modo y la coyuntura de violarlas impunementes. Pero un hombre de bien en el trono (me dirás como dicen muchos) es mas raro que el ave fenix: es dádiva que el cielo no suele conceder. Y yo te replicaré tambien que no es menos raro entre los filósofos: ya sabes la historia, á pesar de que con los últimos ha sido mas indulgente que con los primeros: no te digo mas. Por esa rareza se hacen las leyes para todos; y los mas las quebrantan.

Basta, Fernandina; ya no mas.

CARTAS

DE

LA REINA WITINIA

Á SU HERMANA

LA PRINCESA FERNANDINA

CARTA QUINTA

MADRID,
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.
1822.

ADVERTENCIA.

El espíritu de parcialidad, la ignorancia de los principios liberales, la intolerancia civil, el fanatismo liberal, que igual al religioso, aunque por estremo contrario, condena lo que no es conforme á sus errores, al paso que solemniza todo cuanto le lisonjea, por mas desatinado que se mire; han en alguna manera entorpecido la publicacion de las dos últimas cartas de esta novelilla. La Inquisicion religiosa impedía *la publicacion de lo que le disgustaba: ahora la animosidad del espíritu de partido* castiga *lo que no le complace: ¿qué diferencia entre uno y otro extravío? El servilismo de los liberales es tal que les hace desconocer á ellos mismos los límites de la libertad, confundiendo las ideas acerca de ella, y privándose inconsideradamente del mas apreciable de sus beneficios: porque ¿cómo entenderán la libertad de imprenta, ó para qué la considerarán útil los que la juzgan como instrumento para lisonjear al poder existente ó á la opinion dominante, ó para maldecir y blasfemar de lo que ya pasó, y por consiguiente no nos perjudica? Eso permi-*

tialo la Inquisicion; todos los gobiernos y gobernantes cuyos nombres nos dejaron tan desabridos recuerdos lo permitieron. ¿Ni qué otro fruto debe producir la libertad de este don precioso que el de difundir ideas que puedan aplicar en tiempo oportuno alguna medicina á la enfermedad que apresuradamente puede conducirnos á la sepultura? Pero nosotros no parece sino que en esta linea como en otras muchas nos hemos propuesto presentar ejemplos que desacrediten la santa causa de la razon, pues que en saliendo del miserable circulo que nos han trazado el insulto, la bajeza, la desvergonzada chocarreria á que ya nuestros oidos están tan avezados, hacemos incompatible la libertad para todo lo demas, y caminamos á convertir en crimen el raciocinio. ¡Legisladores! no habeis impedido el mal, y habeis puesto obstáculos al bien. Cuidad, ántes de dictar leyes, de investigar la índole, época y circunstancias del pueblo á que habeis de aplicarlas. Acaso los que formásteis la ley de imprenta os habreis arrepentido: pero ya no basta eso: la 4.ª carta dice que "despues de consumada una mala obra no hay sino sufrir sus consecuencias, porque las cosas no suceden dos veces."

Palacio de las Vicisitudes 15 julio de 1822.

Todavía no desconfiaba de recobrar la salud y el sosiego; ya sí: mis fuerzas van muy á menos: se han ejercitado mucho: mi corazon está llagado en términos que no hay incidente por pequeño que sea que no le altere y trastorne. Esto es hecho, Fernandina: creo que vá á cumplirse mi destino, y acaso será esta carta el último esfuerzo de mi aliento y de mi vida.

La mortífera discordia, esa planta venenosa con tanto esmero cultivadá ha traido á su tiempo sazonado y abundoso fruto. Te dije que veía ante mis ojos un abismo: ya lo he sen-

tido bajo mis plantas: el volcán ha rompido la superficie, ha abierto su horrible boca al rededor de mí, y empezado á vomitar su lava abrasadora: mis pies han sentido su hervor, y quedado tan trémulos que apenas pueden fijarse en tierra.

Ya no te contestaré acerca de los pasos consecutivos por donde han venido las cosas á este término; sobradamente te los he señalado. Solo te hablaré de lo que mis mismos ojos han presenciado, de lo que mi corazon padece: te contaré los dias lastimosos que por mí han pasado; las lágrimas que he vertido; las quejas y súplicas que he dirigido al cielo; las reconvenciones que he hecho á la suerte; las desdichas que se han albergado bajo las techumbres que me cubren. No es ya tiempo de otra cosa: enco-

miéndame á Dios; y sea su voluntad.

Era cumplido el término para cerrar por cuarta vez la mansion de donde tantas cosas ya bien ya mal miradas han salido. Concurrí á esta ceremonia que nada ofreció digno de mencionarse. Mas al entrar de regreso en esta para mí morada de sentimientos, una especie de conmocion en la concurrencia pública, la reseña de los instrumentos militares, algunas voces de tumulto, la repentina mutacion y palidez de los semblantes de cuantos me rodeaban, me hicieron creer la gradual aproximacion de la trágica lucha que los ánimos discordes y enfurecidos buscaban tiempo hacía, y cuyo anhelo ya no podian disimular ni refrenar. Todo se puso en agitacion y movimiento. El tropel y la confusion vagaban por

los ámbitos del grandioso edificio, y en sus recintos exteriores no era menor el desconcierto: corrieron los hombres á ponerse en actitud de combate. Yo ¡cuitada! perdí el tino, y no sabía ni dar consejo ni aun atenderme á mí misma.

La agitacion se difundió por la capital: los individuos de los diferentes partidos se pusieron en espectacion ó en actitud de combate, cada cual segun su espíritu, edad, temple y catadura. El furor parecia correr de unos bandos á otros á dar calor y meter espuela en lós pechos que ardían en deseo de venganza y encarnizamiento. Pasadas pocas horas se dió ¡ay de mí! casi en mi presencia la horrenda señal. Unos tiros mezclados de algazara, confusa gritería y voces espantosas, y seguidos de alaridos lastimeros,

traspasaron mis oidos y mi corazon. Todo acabó para mí en aquel momento: allí se agolparon delante de mi imaginacion y fantasía, como si presentes los tuviera, todos los horrores que temía, los que despues he presenciado, y los que inevitablemente deben sobrevenir. Fué profanado aquel asilo: aquel santuario que tódos los pueblos del mundo miraron siempre como el mas venerable, porque es el baluarte de su conservacion, fué ¡ay de mí! salpicado de sangre... ¡y yo la he visto!... ¡Y para esto he nacido, desdichada!... ¿Y qué, Fernandina, no podría yo decir ahora con tanta razon como aquel Paciente: Perezca el dia en que nací, y la aurora de maldicion que me sacó del vientre de mi madre: oscurézcase el sol primero que me alum-

bró para padecer las tristezas y males en que me veo? ¿Por qué, por qué no morí en el seno maternal, ó por qué no perecí en la hora misma de mi nacimiento? ¿Por qué me arrimaron el pecho para que mamase? Estaría ahora durmiendo en el silencio de la muerte, y allí reposaría: no sintiera mi alma el tédio de la vida, que hace que me cueste pena y suspiros el amargo bocado que tomo por la dura necesidad de conservar una existencia tan llena de gemidos y de lágrimas. No, no fueron vanos mis temores. Llegó sobre mí el torbellino de males y calamidades que temía. Ah! ¡y yo deseé un dia reynar! ¡y yo me envanecí al anunciarme que se habian concertado mis bodas! ¡Dios mio, Dios justo, Padre santo! todas las cosas te son

conocidas: tú sabes cuán contados y breves fueron los dias de mi estéril complacencia, y que pronto sobrevinieron los prolongados y duros del arrepentimiento, del amargo y doloroso arrepentimiento. Perdon! perdon! misericordia de esta infeliz que te ofendió, pero que no permaneció muchos dias en su orgullo! perdon! perdon! ¡misericordia! y séante aceptas estas lágrimas, cuya amargura conoces, en holocausto para la redencion de este pueblo que quiere devorarse!

La sangre ya vertida en los átrios del régio alcazar pedia otra sangre; y sangre, y sangre, y mas sangre demandaban todos para saciar sus rencores implacables. Aparéjanse los bandos y las familias á la contienda. La indisciplina y la insubordinacion introducida en las fi-

las de los guerreros demuestra que han dejado de ser fuertes y temibles despues de consumado el desacato delincuente que á ellos mismos les avergonzaba: huyen de la capital unos desconcertadamente, y con ánimos hostiles se sitúan no lejos medio acampados: otros rodean el recinto de mis habitaciones, y atraen hácia él el furor y las atenciones de la gran poblacion y del estado entero. Entretanto estas mansiones se convertían en mansiones de quebranto. Te dije en mi cuarta carta que el monarca fué irresoluto y vacilante en todas épocas: en esta lo confirmó mas que nunca. Ni sabía qué hacer, ni acertaba á tomar consejo: multiplicábanse estos de mil maneras contradictorias. Aquí, aquí se veían como en un foco de atraccion la discordancia de los parece-

res y la imposibilidad de reunirlos todos en uno. Cada bando formaba sus planes, y creía llegado el momento de ponerlos en ejecucion á su modo apoderándose de la voluntad del gefe: no hubo parecer ni dictámen bueno, mediano, perverso ni extravagante que dejára de exponerse. Pero el objeto de los aconsejadores era siempre encaminado ó á su interés ó á sus ideas equivocadas; mas el bien de la patria siempre por sobrescrito de unos y otros. Díjete tambien en mi cuarta carta que los que trabajaron otro tiempo en la regeneracion de su patria me parecía habian abjurado sus errores cuando la conocieron de hecho, y pensaron en corregir sus equivocaciones, aunque ya era tarde. Efectivamente se notaba ahora que tambien entraban en juego es-

tas peligrosas y ya tardías tentativas. En fin los dictámenes se multiplicaban, la inquietud y el desorden crecía, los dias pasaban, los males se aumentaban, la paciencia se apuraba, la irresolucion del gefe cansaba á unos y otros: los partidarios de los diferentes proyectos se acusaban mútuamente; su desacuerdo se hizo público; muchos desconfiaron de todo y abandonaron su intervencion: el gefe se acordaba de las ollas corrompidas, y parecía propenso, como te dije de otro tiempo, á abrazar el peor de los consejos, porque era el que mas le lisonjeaba; y los campeones que tal no querian le volvieron como entonces la espalda, abandonándole á su solo consejo. Seis dias estuve presenciando estas contradicciones, y estudiando en ellas á los hombres, y

vaticinando desdichas interminables: seis dias de ansiedad pasaron los secuaces de todas las facciones: seis dias la incertidumbre del resultado paralizando toda la marcha de la nacion aumentaba la penuria de las clases menesterosas. Y yo, sin ser parte en ninguna de semejantes angustias, era el centro de todas las pesadumbres. En estos dias, hermana, en estos dias para siempre señalados en mi carrera, y que han marcado sobre mí el sello de la muerte, puedes decir á nuestra buena tia que sus consejos y sus preceptos me pusieron dia y noche á los pies del Unico que en tan deshecha tormenta podía salvarme, ya que era imposible que yo me tranquilizára. Estos puedes asegurarle que fueron dias de prueba, de tribulacion (y ojalá lo sean de

merecimiento) para su sobrina. Dile..... pero no: ¿á qué afligirla, si al cabo no ha de poder consolarme? Consuélala tú, visítala; fortalece sus años; y unidas, ya que no podais otra cosa, rogad al cielo por mí.

¿Querrás todavía que acabe? Voy á hacerlo: no has de quedar quejosa de tu hermana. Por la narracion conocerás el tamaño y el valor del último sacrificio que te hace tu Pepita.

La noche del sexto dia era mas de mediada, cuando yo, cumpliendo los mandamientos de nuestra tia, é imitando sus ejemplos, velaba sola en oracion llorosa y angustiada. Iba á entregarme mas al descanso que al sueño, el cual hacía dias estába huido de mis humedecidos ojos, cuando el estruendo de las armas,

el sonido funesto de los instrumentos bélicos, el estampido del cañon me anunciaron nuevos y mayores peligros. Mi máquina se sobresaltó en términos que quedó desconcertada para siempre: mis miembros quedaron helados; no fuí dueña de mí: advirtiendo crecer el estruendo y la confusion quedé privada de sentido largo rato, al cabo del cual volví, y sin haberme todavía serenado hirió mis oidos nuevo y mas terrible cañoneo, ya mas cercano, mezclado de confusa gritería y tristes alaridos. Era ya amanecido el dia séptimo: quisieron retirarme á lo mas apartado de mis habitaciones, y al transitar por las galerías interiores tendí la vista hácia el gran patio que tienen en su centro..... ¡ay! y le ví convertido en un hospital de sangre y desola-

cion, donde los alaridos de los moribundos, los gritos é imprecaciones horrorosas de los que tenian sus miembros quebrantados, la confusion de fugitivos aterrados que allí se agolpáran desconcertadas las criminales tentativas, y el aturdimiento y el terror parecian haber concentrado todos sus horrores y desdichas. Mil blasfemias y maldiciones traspasaron tambien mis oidos. Entráronme en un apartado gabinete.... ¡Ay, qué horas y qué dia para mí! Un silencio profundo sucedió á la gritería espantosa: en medio de él solía oirse de cuando en cuando algun triste quejido que llenaba mi alma de pavór. Retirada en mi soledad, llena de zozobra ni aun acertaba como otras veces á pedir auxilio al Todopoderoso, ni me atrevía á pre-

guntar lo que por fuera pasaba, ni podia sosegarme ignorándolo. Duró esta pasion y espantoso silencio algunas horas, al cabo de la cuales un nuevo tirotéo vino á romperle. ¿Y estrañarás que yo maldiga el dia de mi nacimiento? ¿y te habrás escandalizado al leer en mi cuarta carta que en algunas ocasiones, si no tuviese por leccion continua el evangelio, ni me alentasen los ejemplos que veneramos, habria hecho á Dios la impía y temeraria interrogacion *¿quién ha pecado, Señor, para que yo padezca tanto?* ¿Pues qué, Fernandina, soy yo de otra naturaleza que los demas vivientes? ¿Te parece que estos momentos casi de desesperacion, tan repetidos y frecuentes, son para soportados mucho tiempo por una criatura cual tú debes considerar á tu hermana?

Desde el retirado gabinete donde me habian conducido estaba sintiendo el reproducido estruendo, y al tender la vista por los balcones que registran una dilatada campiña, veo una nube de fugitivos y perseguidores que van sembrando los despojos y la muerte por los campos, cuya escena no cesó hasta entrada la noche de tan tormentoso dia. Ponte en mi situacion, contémplala, estremécete, y escucha todavía.

Sabia yo (y esto subia muy de punto mis pesares) como ya te he dicho, que gran parte de la muchedumbre solo esperaba que la lucha fuese sangrienta y dudosa para aprovechar la coyuntura de saciar sus deseos de venganza y de pillage. En medio de tantos males tengo el consuelo de que la Providencia ordenó las cosas de modo que en este

dia no se verificase: la victoria no vaciló; los derrotados llevaron el escarmiento que siempre acompañó y es inseparable del desorden. Debes de saber tambien (preciso es confesártelo, para que todavía admires y engrandezcas las prendas magnánimas de estos habitantes, que ya te pinté) que en el mismo momento que los de un lado cantaban la victoria, en aquella lisonjera actitud que tanto envanece y deslumbra á los hombres, á pesar de los recelos sobre la conducta del monarca, y de haber sido el edificio de su residencia profanado por los contrarios derramando sangre que apreciaban, al llegar á darle vista embotaron sus armas, poniéndose en actitud protectora. ¡Pechos nobles y generosos! yo os aplaudo, os amaré mientras me dure la vida, y deseo que ten-

gais concordia y guardeis vuestros esfuerzos para que unidos los opongais solamente á los extraños que intenten ofenderos.

Mas ¡ay! hermana, que esta concordia que yo les deseo, conozco que está muy distante de sus corazones; y he ahí la causa mayor de mi desconsuelo y desconfianza. Sí, debes estar persuadida de que ni unos ni otros bandos han mitigado su fiereza por esas escenas: la sangre ya vertida, lejos de aplacar los ánimos, ha puesto un muro de bronce entre unos y otros; y si antes era dificil la reconciliacion, ahora la miro poco menos que imposible: la fuerza y la devastacion contemplo ya que únicamente serán capaces de terminar este intrincado negocio. Te he dicho en la cuarta carta que la discordia habiendo penetrado en

todos los ángulos, rincones, y hasta en las últimas familias, parece haber jurado por do quier irreconciliacion y exterminio; no solo entre los varones, cuyos pechos y robustos miembros mas propensos á la ferocidad tienen que violentarse para resistirla en semejantes ocasiones, sino ¡ay de mí! entre las delicadas madres, hijas y esposas, entre las débiles personas de nuestro sexo, nacidas para mitigar, para amansar, para debilitar el furor varonil, apagar sus fuegos, dulcificarle y reducirle á la vida social: entre estas mismas cuya principal dote consiste en la modesta y compasiva timidez, se ha encendido la hoguera abrasadora del espíritu de faccion que incita en vez de apagar el rencor en los varoniles pechos. ¿Y no tendré razon para desesperar? ¿Qué dirás aun, Fernandina,

cuando te refiera una verdad que está encerrada en mi pecho, y que me cuesta trabajo descubrírtela? No pocos de los sacerdotes ¡ay! los ministros de aquel Cordero sin mancilla atizan en secreto (y en público tambien algunos) ¡no puedo referírtelo sin estremecerme!..... los que todos los dias toman aquella Víctima de mansedumbre y reconciliacion.... los que dedican gran parte de su vida á la recitacion de aquellos cánticos saludables..... esos tambien, yo te lo aseguro, atizan el fuego de las pasiones en vez de aplicarles aquel único calmante suficiente á reprimirlas. Yo lo sé: la sed de sangre inquieta á los ministros que siguen unos y otros bandos, como á los demas habitantes. Tal vez los hay que diariamente sacrifican la Víctima de paz y la levantan en sus

manos, y desean que llegue el dia de las venganzas para bañarlas en sangre de sus consacerdotes, ¡ay! y se lisonjean de que con ellas manchadas volverían á tomar la Hostia santa para ofrecer al Padre Eterno la sangre de sus enemigos, creyendo hacer un obsequio al omnipotente Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, á Jesus hijo de David. Temerarios! impíos! inmundos! hijos de Belial! ¿y habeis leido el evangelio? ¿y osais tomarle en vuestra boca? Esto ha llegado á mis oidos. ¿Y podré yo, hermana mia, podré respirar cercada de semejantes monstruos? Quita! quita! no es posible. Yo me arrebato y me pierdo, desdichada de mí. Perdona Fernandina, perdóname mi estremado descarrío: no sé lo que me pasa: la muerte es mas apetecible.

Te dije en mi primera carta que enmedio de tantos y tan encontrados pareceres no se prestaba oidos á ninguno razonable, ni se daba acogida á ningun pensamiento de salud. Este desconcierto ha crecido, como te he dicho en la 4.ª: lo que no dé pábulo y enardecimiento á las pasiones furibundas es desdeñado; ningun calmante se admite; el frenesí ha embriagado los ánimos de modo que ninguno dá partido á su contrario, ni se acomoda á suspender un ápice su carrera. La medianía es para todos un crímen: la moderacion un apodo denigrativo. ¡Desdichada humanidad, en qué has venido á parar!

Si tales y tan desconcertados no mirase los ánimos; si aun viese yo una reliquia de esperanza; si no estuviera convencida de la inutilidad

de los esfuerzos que se empleen en la salvacion de una sociedad llegada á tan lamentable situacion; si no viviera en la segura creencia de que ya solo el cúmulo de desgracias que repetida y alternativamente sobrevengan á todas las facciones, las puede curar de su rabioso frenesí, para que se convenzan de que la indulgencia es la primera de las necesidades, y la suprema de las virtudes que las criaturas han menester para vivir en union con sus semejantes; todavía te afirmo que en medio de mi inutilidad, antes de respirar el último aliento, me alzaría sobre mi esfera, á semejanza de aquella muger célebre en los libros augustos, y me consolaría dirigiéndoles mi trémula voz para decirles:

"Pueblos de occidente, porcion »de mil maneras privilegiada, y en-

»trañablemente querida de vuestra
»desafortunada princesa, de esta
»flor humilde marchitada sin haber
»ros dado sazonado fruto; no desde-
»ñeis á lo menos sus últimos votos;
»sus mas ardientes deseos, sus mas
»tímidos consejos consignados en los
»libros de la sabiduría eterna, y que
»forman los mas alambicados quila-
»tes de la filosofía humana. Perdo-
»naos, amaos, abrazaos, respetaos,
»auxiliaos mútuamente, en vez de ha-
»ceros una guerra tan amarga y de-
»sastrosa para todos. Ninguno tiene
»razon para perseguir individual-
»mente á otro. Vuestra patria, vues-
»tro bien mismo reclaman el sacrifi
»cio espontáneo y universal de una
»parte de vuestros intereses, de vues-
»tros deseos y de vuestras pasiones:
»lo reclama tambien vuestra religion,
»esa religion augusta de que tanto

»blasonais, y que unos por costum-
»bre, otros por interés, por especu-
»lacion é hipocresía muchos, no po-
»cos por instrumento para alucinar,
»la tomais todos de continuo en vues-
»tra boca casi siempre para profa-
»narla: haced de ella siquiera una
»sola vez el uso saludable que mas
»conviene á vuestra propia conser-
»vacion, entendiéndola en espíritu
»y en verdad que es su esencia. Em-
»pleadla para sacrificar en sus aras
»venerables el fuego de vuestras pa-
»siones destructoras. Y los que no
»estimais esa doctrina sino como
»instrumento útil para entretener
»y enfrenar á la multitud; los que
»sois indiferentes á todos los cultos
»y á todas las doctrinas, dad á la
»moral sublime del evangelio si ya
»no una importancia mas magnífi-
»ca y duradera, á lo menos toda

»la que necesita la conservacion »temporal de la especie humana, á »la cual os llama en todas sus pá»ginas y periodos. Tributadle el aca»tamiento que le tributó el padre »de los filósofos meditabundos que »venerais; el profundo investigador »que despues de contradecirla la »contemplaba absorto, y la creía »necesaria para todas las criaturas, »y emanacion de un orden supe»rior á la inteligencia y posibilidad »humana. Haced que una cordial »reconciliacion traiga sobre vosotros »la fraternidad y la concordia, y »vivireis, os conservareis y multi»plicareis en paz y alegría.

»Habitadores de unas regiones »que parece destinó el Omnipoten»te para morada de venturas y de»licias, ¿por qué quereis inutilizar »este beneficio que tan largamente

»os donó la Providencia? ¿Por qué »quereis convertirlo en vuestro da»ño?

»Derramais sangre que os ha»ce falta para convertir en jardi»nes vuestros desiertos campos; que»reis sangre, sangre compatricia »pedís á todas horas unos y otros: »¿qué, no os aplaca la sangre salu»dable del Cordero inocente y sin »mancilla, que con tanta frecuen»cia vais á ofrecer al Padre, sacrifi»cado en las aras sacrosantas? ¿Sa»beis, os enseñan lo que allí pro»meteis? ¿O vuestra material con»currencia es allí insignificante, es »perjura, blasfema, profanadora? »¿O sois tan materiales que quereis »ver la sangre que enrojezca y man»che vuestras manos y las vestiduras »de vuestros inocentes hijos? Pues »bien: si tal quereis, si no os sa-

»tisface la Víctima propiciatoria que »solo veis con los ojos de la fé; si »con los ojos carnales quereis ver »corriendo derramada por el sue»lo la sangre de la víctima para que »os salpique, básteos una sola que »pague por todos, y sea de sangre »inocente. ¡Gran Dios! merecería »tu sierva este galardon! Yo á los »ojos de este pueblo no debo de ser »culpable de ninguna de sus inquie»tudes ni miserias. ¡Pueblos! ve»nid, venid todos y saciaos; y pues »ya pienso que no puedo daros otro »fruto de esperanza ni consuelo que »os sirva de símbolo de union, su»pla mi sangre y baste á saciar vues»tros rencores. Mas no descienda yo »á la tumba con el sentimiento de »dejaros sin ingénua y positiva re»conciliacion. No sea en vano el sa»crificio, no le consumáis sin jurar

»á los pies mismos de la víctima ter-
»minar allí vuestras discordias, sin
»apagar vuestros rencores y vues-
»tra saña; sin enfrenar allí vues-
»tras pasiones, sin renunciar á
»vuestros deseos desordenados y
»á vuestras criminales tentativas.
»Venid, pues, la víctima está pronta.
»Pero si esto no os fuese esti-
»mado ni suficiente; si vuestro pro-
»pio interes; si la salud de las pren-
»das queridas que os rodean; si la
»religion de que con tanta demasía
»blasonais; si cuanto hay de respe-
»table y precioso para vosotros en
»la tierra y en el santo paraiso; si
»la súplica mas encarecida de esta
»jóven que tan entrañablemente os
»ama, de esta criatura malhadada
»que no es culpable (os lo repito,
»y bien lo sabeis) de ninguno de
»vuestros infortunios, y que es el

»centro de todas las aflicciones; si »todo esto no ablandase vuestra »dureza ¡oh almas generosas, pe- »chos nobles y bizarros, que tan- »tos testimonios me teneis dados de »magnanimidad y de compasion! »si vuestro furor, si vuestras pa- »siones enardecidas os ciegan has- »ta el punto de desechar toda me- »dida salvadora; si es llegada la ra- »bia hasta ese extremo; aparejaos, »infelices de todos los partidos y »opiniones, aparejaos á presenciar »y sentir los horrores que vosotros »mismos habeis de cometer, sin que »ninguno de vosotros logre ver cum- »plidos sus delincuentes deseos, ni »coronada su criminal empresa. »Una, dos, tres, cien veces pelea- »reis y volvereis á pelear, perdien- »do y ganando alternativamente la »victoria; ¿y esperais que alguno

»de vosotros cogerá el galardon?
»¡Ah, necios, insensatos! no, no lo
»penseis: peleais todos los de una pa-
»tria, y tan tenaces unos como otros,
»y tan esforzados, no os aquietareis
»ningunos hasta que las desgracias
»os opriman, ó la astucia de un
»malvado sepa aprovecharse caute-
»losamente de vuestras disensiones y
»de vuestras rivalidades para suje-
»taros á unos y otros con vuestros
»mismos esfuerzos y cooperacion. No
»será este el primer ejemplo que pre-
»senteis; que ya vuestra historia
»ofrece muchos. Y ahora, sabiendo
»que el último resultado fué siempre
»acabar vosotros mismos con la in-
»dependencia y la libertad que bus-
»cábais, echándoos las cadenas, ¿que-
»reis reproducirlo? Miráos bien, os
»repito, en el espejo de vuestra his-
»toria, y escarmentando en aquellas

»tristes lecciones, y aprovechando
»las luces que entonces no habia,
»precaveos oportunamente, salvaos,
»(yo os lo ruego una y mil veces)
»salvaos, y vivid en paz, para lo
»cual yo no veo otro camino que el
»de refrenar cada uno sus pasiones,
»y disminuir sus deseos.

»¡Dios mio! vos que no necesi-
»tais consejo ni ausilio para hacer
»cuanto cumple á vuestra volun-
»tad siempre buena y misericor-
»diosa: vos que veis los conflictos
»de los tristes moradores de este
»pequeño mundo: que los disipais
»con una sola mirada de clemen-
»cia, dándoles consuelo y salva-
»cion cuando mas lejana la consi-
»deran: que dejais de cuando en
»cuando á estas pequeñuelas cria-
»turas abandonadas á sus errores
»y extravios, para que sintiendo

»los males que ellos les ocasionan »se vean precisadas á acudir su»misas á la fuente de salud y de »vida: apiadaos, Señor, de las aflic»ciones que fatigan á este pue»blo. Y si mis súplicas no merecie»sen llegar derechamente hasta el »asiento de vuestra eternidad, os »las haré por conducto del *Ben»dito* que vos mismo glorificásteis: »él, que fue nuestro Consolador, »nos dijo que en cualquier tiem»po que acudiésemos á pediros en »su nombre, seríamos socorridos »aunque hubiera que vencer im»posibles: á mí me parece el mayor »de todos el de reconciliar ánimos »tan encontrados y discordes por »los medios humanos, y que és»ta solamente puede ser obra (y »la mas digna) de vuestra Omni»potencia: nunca mas que ahora

»fue urgente vuestra compasion.
»En cuanto á esta pobrecita sier-
»va vuestra, Señor, ¿que podré
»deciros, cómo os hablaré digna-
»mente? Habeis formado mi cora-
»zon, le habeis visto, y está como
»todos descubierto ante vuestro
»acatamiento: prodigásteis en él
»vuestra ternura, para que las pe-
»sadumbres le hiciesen mas vehe-
»mente sensacion y le causasen
»mayores estragos. Solo vos po-
»deis saber esta verdad; y solo vos
»podeis, volviendo una mirada be-
»néfica sobre esta apreciable por-
»cion de criaturas, introducir en
»sus corazones la indulgencia que
»desconocen, la caridad que no
»ejercitan, y dar alivio al llagado
»pecho de esta triste, que no de-
»jará hasta el último momento de
»su vida de imploraros por la

»suerte bienaventurada de los que »ama tan entrañablemente. ¡Dios »padre! ¡Jesucristo consolador! no »negueis esta súplica á vuestra »sierva. Véala ella cumplida: vea »establecida la paz y la concordia »y morirá tranquila, confiada en »que vuestra clemencia se apiada»rá tambien de la infeliz á quien »ya solo le queda la esperanza de »un porvenir mas duradero y sa»tisfactorio á que aspira delante de »vuestra eternal misericordia.

»Acudid ¡oh pueblos! acudid »humillados y contritos ante el »que muchas veces buscais ilusos »y mal avenidos: no le lleveis ofren»da de sangre, que es ofrenda de »maldicion: ofrecedle en holocaus»to el sacrificio de las pasiones, »que no hay otro aceptable y ta»ledero ante el Dios de Israel.

»Practicad su doctrina, que es doc-
»trina de salvacion, y vivireis."

Pero no, hermana, no; mi deseo me engaña y alucina: este esfuerzo seria inútil é ineficaz, porque mi voz no se hace sentir fuera del recinto de mi gabinete: los escritos no se leen sino en pequeñísimo número en la capital principal, y alguno que otro en capitales subalternas; la mayoría de estas y la totalidad de los pueblos ni quiere ni sabe leer, como te dije en mi primera carta; y en la cuarta te he dicho que si algo leen, despues de extraviada la opinion, no es para aprender ciencia ni calmar las pasiones, sino para mas acalorarlas y enardecerlas, y que solo tienen acogida y despacho los escritos que embriagan de frenesí á la multitud. Por consiguiente no creo fuesen útiles

mis reflexiones para nada: acaso mas bien servirían á la risa y pasatiempo de la mordacidad, que nada perdona, nada respeta, como te dije. Tal vez, tal vez no faltarian escritores que considerasen culpables estas cartas que te he escrito, si llegáran á sus manos, y que aun las calificasen de perniciosas é incendiarias; ni acaso tampoco faltarían jueces que las condenasen como tales: á ese grado de obcecacion lleva á las gentes la falta de instruccion y el espíritu de partido! Yo presumo que cuando hayan adquirido mas ilustracion, ó estén animados de pasiones menos furibundas, juzgarán probablemente de otra manera: entretanto es necesario disculparlos y compadecerlos, y tambien á la triste patria que los mire como á órganos regu-

ladores de la opinion pública.

¿Pues quiénes serian las personas sensatas é imparciales que encontrasen el menor asomo de culpabilidad en los principios que he sentado, ni que los creyeran capaces no digo de pervertir á ningun pueblo, de provocarle á la sedicion, de subvertirle contra el órden establecido, pero ni de inducirle siquiera en lo mas mínimo á la falta de obediencia á los pactos y leyes sociales, ni de respeto á los miramientos que las criaturas deben guardarse entre sí? solo careciendo de sentido comun podrian verse ideas perniciosas en las que te he escrito, que son las esencialmente constitutivas del bien público y de la armonía social, como que no tienen otro objeto. Y solo los que no hayan tenido ojos para ver ha-

llarán falsedad en los hechos que te he contado.

Mas conviene tambien que sepas para que no te dejes deslumbrar con ningun papel que llegue á tus manos, que los mas de los folletistas y periodistas cuando tratan de combatir un escrito, á falta de razones y doctrinas, luego suelen acudir á vagas imputaciones, á impertinentes declamaciones, á injuriosos dicterios, á personalidades indecentes, ó á inquirir con ansia para sacar á plaza los pasos antiguos ó los hechos privados de la persona que lo dió á luz, con ánimo de desconceptuarla, á ver si de ese modo debilitan la fuerza de sus raciocinios; como si tuviese que ver uno con otro, ó fuera ese el arte de convencer al entendimiento. Y si bien tan pobres é indecorosos recursos no

persuaden á ninguna persona sensata, no empero los emplean en valde, porque con ellos embaucan á la ignorante multitud, á la cual se proponen lisonjear, como que ha llegado á ser el ídolo dominante de quien todo se teme y espera.

En tal estado no me queda otro arbitrio que resignarme á sobrellevar mi suerte lo que me dure la vida, entregándome en brazos de la Providencia, á la cual te repito encomiendes incesantemente á tu

Divinia.

He concluido: sabes con certidumbre cuanto me sucedió en mi venida; te he instruido de

las particularidades mas notables del caracter de estos habitantes, y del de mi familia adoptiva (*carta* 1.ª). — Te he descrito algunos primores de los sitios donde he residido (*cartas* 1.ª 2.ª 3.ª y 4.ª). — Estás enterada del encadenamiento y serie de sucesos por donde han llegado las cosas al estado ruidoso que te asustaba, (2.ª 3.ª 4.ª y 5.ª): — La verdad, la mas severa imparcialidad, los principios mas sólidos, las máximas mas saludables del bien público, sancionadas entre los mas insignes y clásicos pensadores que el mundo celebra, han sido mi guia como fueron nuestra escuela: he violentado hasta mis sentimientos y mis personales intereses á efecto de presentarte las cosas con la exactitud que me pedías. Están cumplidos tus deseos hasta donde yo he alcanzado; no esperes mas de mí.

P. D.

Acabada esta recibo otra tuya en que te quejas de no haber llegado á tus manos la cuarta carta que te dirigí con fecha 12 marzo 1822. Tal vez habrá caido en poder de enemigos que no hagan de ella buen uso; ó acaso te llegará mas tarde por la interceptacion de los caminos. En tanto que la recibes conténtate con saber que en ella á todas tus preguntas anteriores daba puntual contestacion, la cual te epilogaré, porque ya no estoy para copiártela de nuevo ni para escribir mas.

Te participaba mis muchas pesadumbres, y que mi salud iba quebrantándose; que veía aproximar-

se sin remedio á esta querida patria los horrores de una desastrosa guerra intestina. Descendia contra mi voluntad á referirte varios pormenores que decías han hecho ruido por ahí, y que yo habia pasado por alto; los cuales yo hubiera excusado contarte, por no ser sino consecuencias de las causas radicales que te habia demostrado: que irresoluto y vacilante en todas épocas el gefe del estado, se encontró, adoptada la nueva carrera, en una posicion muy crítica, en la cual era muy difícil supiera conducirse con el tino y maestría necesaria que antes tampoco habia tenido: que no obstante, en medio de los defectos que quieran atribuírsele (que yo no te he disimulado) se le debe hacer la justicia de que todo lo sacrificó al deseo de evitar derramamiento de sangre:

que se resignó con docilidad poco comun á vencer los ímpetus del orgullo: que quebrantó asombrosamente los resentimientos del amor propio humillado, pues todas sus providencias anteriores calificadas de barbáras, de necias ó de criminales, fueron declaradas como tales por él mismo: que las personas del partido que persiguió ocuparon á su inmediacion misma con solo insinuársele los puestos principales del estado: que privilegió como beneméritos á los que habia perseguido como criminales, y declaró por héroes y mártires del pundonor nacional á los que habian sido ajusticiados como traidores: que estas contradicciones que tanto hieren el corazon humano, las superó y no se le han agradecido; antes por el contrario se convirtieron en su daño,

pues juzgándole débil y aun cobarde, creyeron todos que á todo podian atreverse.

Te pintaba la insensatez y la ignorancia de los primeros funcionarios de la nueva carrera, que careciendo de nociones administrativas nada supieron organizar, á pesar de su presuncion: su debilidad, su tardío arrepentimiento; el furor con que los apóstoles de las novedades se abalanzaron á la presa de los destinos lucrosos; el desengaño y el disgusto de las personas sensatas; el aumento progresivo de la miseria pública y de las penurias del erario, manantial perene de las disensiones domésticas. La mutacion continua y sin fruto de funcionarios, por ceder á clamores parciales que cada cual apellidó siempre clamores de la nacion. La fal-

ta de prevision del gefe, que con un paso inoportuno salvó de la persecucion general á los que debió dejar perecer en el puesto, y se atrajo háeia sí la sospecha y la odiosidad producida por el mal éxito de los negocios que aquellos presumidos no habian sabido manejar: el orgullo, la fatuidad de aquellos mismos que queriendo dirigir los negocios en grande y todas las minuciosidades, se embrollaron en el laberinto de sus ideas y principios vagos é inaplicables: el ascendiente pernicioso que ejercieron por circunstancias casuales sobre la grande asociacion: el tiempo que ésta gastó en bagatelas trivialísimas cuando su patria carecía de leyes regularizadas, obstruyendo la máquina social en vez de aligerarla para que caminase con sencillez y celeridad. La

conducta vacilante del gefe del estado, que introduciendo en la nacion sospechas y recelos, aumentó la desconfianza y empezó á atraerse la falta de consideracion: su incomodidad por esta causa; la contradiccion que de allí provino: la pérdida de su concepto á términos de que unos le señalen como gefe de todas las conspiraciones, otros como autor de todas las calamidades. "Bajo de esta idea (te decia) se han »sacado á plaza sus faltas personales »públicas y privadas, antiguas y mo»dernas, naturales, heredadas y ad»quiridas: no hay apodo atroz ni ri»dículo que no se le haya prodigado: »ha venido á ser la fábula de muchos »que en canciones claras unas, y »otras rebozadas con un velo de ma»lignidad el mas superficial é infa»mante, patentizan al mundo, &c."

Hablábate de lo pernicioso que era esto, no tanto para él como para la monarquía entera, para todos sus individuos, que no pueden tener seguridad ni ver su patria considerada ni respetada mientras vivan congregados bajo la direccion de un gefe desacatado, envilecido, ultrajado y deshonrado.

En seguida te hablaba de que la imprenta, este instrumento de salvacion, se habia convertido en campo de batalla donde cada uno acudia á saciar su rabia y á manifestar sus resentimientos. "Uno quiere (te decia) poner á cubierto su »reputacion vulnerando la de su vecino, compañero ó gefe, á quien »intenta despojar para medrar; otro »dirije sus ataques á una corporacion, sea de la clase que quiera, y »mejor cuanto mas reputada haya

»sido anteriormente: otro calumnia
»á una clase entera: otro inculpa á
»toda una poblacion: aquí se desa-
»credita á los primeros funciona-
»rios; allí á los gefes subalternos:
»allá se acusa á los tribunales de ve-
»nalidad y parcialidad; acullá se bal-
»dona á los sacerdotes: en esta par-
»te se abochorna á un militar; en
»la otra á un funcionario porque
»se opuso á los desórdenes de vein-
»te ó treinta insolentes que inquie-
»taban una gran capital ó una pro-
»vincia. Hoy se sacan á plaza las
»culpas personales de un ciudada-
»no; mañana las de una familia; eso-
»tro las de una clase, y el otro las
»de un cabildo. Pueblos, distritos,
»provincias enteras reciben amargas
»reconvenciones y denuestos; cada
»dia en fin se aumentan estos ata-
»ques, que han llegado á no perdo-

»nar á nadie sino á los que viven »en la obscuridad, que ya todos bus»can para conservar la existencia y »el sosiego, y aun allí no lo encuen»tran, porque la discordia ha pene»trado en todos los rincones y difun»díose entre todas las familias." Te decia la causa radical de que este mal no se atajase: los tristes presentimientos que me afligían. Describíate la hermosura del parage en que habitaba, y te contaba algunas anécdotas históricas que supe por los moradores.

Anunciábate en seguida los altercados y las frecuentes disensiones que empezaban á suscitarse entre las diferentes clases de hombres armados, preludio de ataques mas fuertes que despues han sobrevenido: el efecto que producian ciertas canciones populares: la im-

portancia que unos y otros daban al suceso mas casual, insignificante y aislado, creyéndole ramificado con alguna gran conjuracion: la inquietud y sospecha introducida entre los ciudadanos, y hasta entre los individuos de las familias, que les hacía observarse y recelar mútuamente de su lealtad: los medios efímeros é ineficaces que de cuando en cuando se han empleado para verificar una reconciliacion que desechan los corazones resentidos por causas radicales y permanentes. Pintábate la necedad y los criminales medios que los enemigos del régimen adoptado emplean para dañar á sus contrarios y trastornar el estado. El abuso que hacen de la santa religion, que yo creo ni unos ni otros conocen ni profesan, y que todos ultrajan.

Te hablaba de las reuniones públicas y de las asociaciones secretas, á que muchos han querido dar una importancia y un influjo que no creo hayan tenido, pero que le van tomando; y de la poca razon con que algunos escritores vueltos recientemente á su patria las acusaron de abrigar proyectos combinados para trastornar el estado, proyectos que siempre tuve por inexistentes.

Contestábate tambien á tu pregunta sobre el verdadero mérito de los primeros caudillos militares que restablecieron en su patria la ley fundamental, escribiéndote á este propósito, entre otras cosas, lo siguiente: "Me dices que por esos »paises se habla de ellos con tanta »variedad, que unos los motejan »de súbditos insubordinados, re-

» beldes y traidores; otros los aplau-
» den como campeones impertérri-
» tos que todo lo aventuraron por
» la redencion y gloria de su patria,
» presentándolos como modelos dig-
» nos de imitacion. Ya sabes que es
» muy comun calificar las cosas por
» sus resultados. Mientras prevale-
» ce el éxito de una empresa, no fal-
» ta la razon al que la acometió;
» pero si la fortuna llega á serle
» adversa, la razon inmediatamen-
» te desaparece y deja abandona-
» do el campo. Lo que ayer era
» perjurio hoy se gradúa de san-
» tidad; mañana, si el éxito le es
» propicio, se graduará de héroe
» al que hoy se persigue como re-
» belde y traidor. Así acostumbra
» juzgar la debilidad humana."

Contestaba por último á tu in-
sinuacion sobre el resultado que

podría tener en este pais la intervencion extraña: insinuacion que allí te dije me incomodó, y aquí te lo repito, como contraria á mi tranquilidad y á mis deseos.

Adios.